

S. ALFREDO GALLONE

# Ratas en el subte



LAJOUANE®

**S. ALFREDO GALLONE**

**Ratas  
en el  
subte**

RATAS EN EL SUBTE

**S. ALFREDO GALLONE**

# **Ratas en el subte**

*1ª Edición: Julio de 2015 tl,*

Gallone, S. Alfredo

Ratas en el subte. - 1a ed. - Buenos Aires : Lajouane, 2015. 150 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-9580-02-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título CDD A863

© ®

México 1448, (C1097ABD) Ciudad de Buenos Aires Tel. fax: (54-11) 4373-8793/8968

[www.lajouane.com](http://www.lajouane.com)

E-mail: [info@lajouane.com](mailto:info@lajouane.com)

Hecho el depósito que marca la ley 11.723 Libro de edición argentina.

Cuando Gabriel salió de su departamento se encontró con una mañana teñida de un gris oscuro, desde la madrugada que la lluvia no cesaba. Observó cómo el viento sacudía las ramas de los árboles produciendo un sonido crepitante cuando las hojas chocaban entre sí. Pensó que la tormenta persistiría todo el día. Resignado levantó el cuello de su campera, introdujo las manos en los bolsillos y caminó con brío hacia la avenida.

Era un día muy frío del mes de mayo de 2012 en la ciudad de Buenos Aires, y como casi todos los días se tomó su tiempo para pasar por el tradicional bar de la calle Corrientes, lugar al que concurría con su padre desde su adolescencia. Pero ahora que su padre ya no estaba lo hacía sólo para saludar a Manuel, el viejo policía retirado a quien desde horas muy tempranas se lo podía encontrar tomando un café apenas cortado con un poco de leche, en el fondo del ñejeo y descascarado local. Gabriel sentía que Manuel siempre lo estaba esperando, es por ello que a pesar de estar a menudo apremiado por el tiempo, lo mismo disponía de un momento para pasar a saludarlo, compartir un frugal desayuno y contarle algo sobre su amada policía.

El reloj del joven marcaba las diez y treinta de la mañana justo en el momento en que salía presuroso del bar. Se encorvó, apretó la solapa de su campera contra su pecho y comenzó a caminar contra la pared de los edificios y comercios tratando de protegerse del agresivo temporal de viento y lluvia. Lamentó olvidar su paraguas y el no haberse puesto unas botas. Sus clásicos mocasines marrones al momento de llegar a la entrada del subterráneo estaban completamente empapados.

Gabriel Tomasini tenía veintiséis años. Hacía dos meses que había fallecido su padre, policía Federal retirado, único familiar vivo que le quedaba y hombre al que amaba y admiraba profundamente. Es por ello que al hondo pesar se le sumaba la tremenda soledad. Alto, de porte imponente, sus cabellos largos y ondulados tenían un color dorado tirando a rojizo. Desde su graduación, cinco años atrás, de la academia de policía, estaba asignado a la división homicidios de la superintendencia de investigaciones de la policía Federal Argentina. Por alguna amistad importante que en su momento tuvo su padre dentro de la fuerza, pudo elegir ese destino.

Desde muy chico soñaba con ser un investigador de homicidios, y ahora, con su sueño ya cumplido, sólo restaba perfeccionarse, acumular más conocimientos y experiencias a los ya adquiridos en estos cinco años.

Bajó con cautela las escaleras de la estación Malabia de la línea B del subterráneo. Los escalones con terminación de metal simulaban una cascada de agua turbia que arrastraba consigo las hojas caídas de los árboles y panfletos que generalmente se reparten en la zona y la gente los termina arrojando descuidadamente a la acera. Todo esto era un condimento ideal para resbalar y darse un buen golpe.

Llegó a los molinetes, pasó la tarjeta por la ranura lectora y empujó con sus piernas la barra de metal que giró hacia adelante permitiéndole el acceso a un andén que se encontraba extrañamente desierto. El joven policía sentía algo especial en ese lugar, como cuando era niño y se escondía en algún sitio tratando de que nadie lo encontrara, era como una sensación de aventura que le producía un agradable hormigueo en su estómago... En el subte, esta sensación era inexplicablemente similar a aquella, muy placentera. De alguna manera esto hacía que se olvidara momentáneamente de la incomodidad que le producía el estar empapado hasta los pies. Podía ver el vaho de su aliento delante de su cara mientras pensaba resignado que hasta la noche no regresaría a su departamento.

Micaela Páez tenía veinte años, sus familiares y amigos le decían Micky. Desde los diecisiete vivía en un hospedaje de señoritas en la calle Malabia. Oriunda de la Ciudad bonaerense de Chivilcoy, hija de chacareros en muy buena posición económica. Estudiaba medicina en la UBA. Había sido dotada de un físico privilegiado, de estatura media, cabellos renegridos largos hasta su cintura, su tez daba la impresión de estar permanentemente bronceada, lo que hacía resaltar sus enormes ojos claros, a estos atributos se le sumaban grandes senos difíciles de ocultar.

Compartía su cuarto con otra estudiante, Carina Braco, seis años mayor que ella. Ésta joven carecía completamente de atributos físicos femeninos, sus modales parecían más los de un hombre que los de una mujer, estaba mucho más adelantada que Micaela en la carrera de medicina, reconocida por sus pares y profesores como una alumna brillante, siendo para Micaela una ayuda importante, siempre y cuando no estuviera de mal humor. Carina nunca hablaba de su vida privada, no se sabía si tenía familia ni de dónde provenía, solía cambiar rápidamente de tema cuando se le mencionaba algo al respecto. Trabajaba en una farmacia de una amiga en el centro de la ciudad, acomodando sus horarios a conveniencia. Acostumbraba ser muy amable y servicial en los pocos momentos en que no se encontraba estudiando.

Ese día Micaela tenía que rendir un parcial y quedó en encontrarse en la esquina de Malabia y Corrientes con Roberto, quien cursaba con ella. Ambos oriundos de la misma ciudad, en el caso

de Roberto de un pueblito cercano a Chivilcoy.

Roberto Spada tenía veinticinco años y estaba un poco atrasado en sus estudios. Micaela cumplía un rol fundamental en su vida. Cuando éste se deprimía y quería dejar la facultad, ella le transmitía confianza, dándole la fuerza necesaria para continuar un poco más. Roberto vivía en un caserón alquilado por varios estudiantes en la zona de Chacharita. Trabajaba algunas horas por la tarde en un importante laboratorio en el barrio de Barracas. Era un joven muy extrovertido, simpático, de cara redonda, con una permanente sonrisa como dibujada en su rostro, de mediana estatura, sus cabellos lacios castaños claros le caían permanentemente en su frente estorbándole la visión y en un acto reflejo los acomodaba con su mano hacia atrás. Tenía manos pequeñas y muy bien cuidadas, se preocupaba mucho en mantenerlas así, decía que para ser un buen cirujano sus manos deberían estar siempre impecables. Desde el día en que se conocieron se sintió muy atraído por ella, pero nunca se atrevió a decirle nada. Con el paso del tiempo se fue forjando una sana amistad que él nunca se atrevió a arriesgar; es así que desde entonces, aparentemente resignando, pareciera conformarse con esa relación.

Roberto la estaba aguardando debajo del alero de un banco HSBC que se encontraba justo frente a la bajada del subterráneo de la línea B que recorría de Leandro. N. Alem a la avenida De los Incas.

Cuando la vio venir corriendo con la cabeza gacha en su dirección, se apresuró en ir a su encuentro para protegerla de la copiosa lluvia. Se saludaron con un beso en la mejilla y cruzaron juntos la avenida Corrientes para acceder al subte en dirección al centro.

Arreciaba de tal manera el viento y la lluvia que llegaron mojados al andén. Micaela miró la hora y se tranquilizó, venían bien con el tiempo. Escucharon a lo lejos una formación que se acercaba. Las únicas tres personas que se encontraban en la estación se aproximaron a las vías para ver de qué lado venía el tren. Fue inevitable para el joven policía no prestarle atención a aquella morocha de cabellos largos renegridos y de grandes ojos claros que se encontraba tan sólo a tres o cuatro metros de él, también advirtió que un joven la acompañaba. Como él decía ser un hombre de códigos, jamás podría mirar a una mujer que estuviese acompañada por un hombre... Pero, en este caso en particular le costaba abstraerse, pensaba que no podía dejar de admirar tanta belleza. Es así que en un determinado momento en que muy discretamente la estaba observando de reojo, sus miradas se cruzaron y entonces, algo mágico ocurrió, la joven apartó rápidamente la suya un tanto confundida y ruborizada. En ese preciso momento distrajo su atención un tren que gruñó a la distancia y un olor rancio los asaltó casi de inmediato. Se acercaron a las vías para comprobar que una formación se acercaba rápidamente.

El tren inundó la estación con un chirrido insoportable, era el sonido de hierros rozando entre sí al aplicarse los frenos.

Cuando la formación finalmente se detuvo accedieron, por distintas puertas, los tres al mismo vagón. La mayoría de los asientos se encontraban vacíos. El joven policía aguardó disimuladamente a que la pareja se ubicara, luego lo hizo él de frente a ellos a no más de tres metros y junto a una de las puertas. A Gabriel todo le parecía muy loco, pero necesitaba cruzar de nuevo una mirada con esa joven, aunque sea una vez. Quería corroborar si lo experimentado en el andén se volvía a repetir, —¿o tan sólo se trató de un momento único e irrepetible? —se preguntaba.

Pasaron varias estaciones sin que Micaela prestara atención a otra cosa que no sean los apuntes que tenía entre sus manos. Gabriel se desesperaba tratando de buscar su mirada, debía hacerlo muy discretamente para no llamar la atención y ofender al hombre que la acompañaba. Pero nada ocurrió, la joven seguía inmersa en sus papeles.

Micaela se sobresaltó con el suave codazo de Roberto advirtiéndole que debían bajar en la próxima estación. Cuando el tren se detuvo la joven dobló rápido sus apuntes, los colocó bajo sus axilas, se levantó, tomó la cartera que había dejado en el asiento contiguo y giró para ver dónde estaba Roberto, quien ya se encontraba parado frente a una de las puertas de salida, (casualmente junto a la que estaba sentado Gabriel). Micaela se apresuró y se ubicó detrás de él. Cuando las puertas se abrieron y Roberto dio un paso hacia adelante, Micaela y Gabriel quedaron enfrentados, sus miradas nuevamente se cruzaron, ella tuvo que esforzarse para avanzar, se sintió nuevamente confundida y ruborizada, ninguno de los dos podía dejar de mirarse, esta vez la sensación fue mucho más profunda que la anterior, Gabriel sólo pudo esbozar una tímida sonrisa que Micaela no pudo evitar devolver mientras pasaba lentamente junto a él. Ni bien accedió al andén tropezó de frente con Roberto, quien evidentemente había sido testigo de lo ocurrido. Le costó seguir el ritmo de su compañero, quien contrariado, dio media vuelta y salió como disparado vertiginosamente hacia la salida.

Gabriel descendió en la estación Florida. Entretanto caminaba como un sonámbulo por la estación en busca de la salida, una voz estridente pronunciando su nombre lo hizo salir de su agradable letargo. —¡Gabriel!

Diego Ibarra, un compañero de la academia de policía se le acercaba sonriente. Ibarra tenía casi su misma edad, había nacido en la provincia de Corrientes, vivía solo en una casa en González Catán en la provincia de Buenos Aires; si bien este joven daba la apariencia de ser una persona bien educada, no lo era tanto, pero sí muy perspicaz e intuitivo. Casi tan alto como Gabriel pero un poco excedido de peso, sus cortos cabellos grasos y renegridos daban la apariencia de estar siempre húmedos. En ese momento se encontraba uniformado y de servicio en el subterráneo de Buenos Aires.

Luego de los saludos y las clásicas preguntas de cómo estaban cada uno en sus respectivos destinos, Ibarra le preguntó si se había enterado de la chica que apareció muerta, diez o quince días atrás, sentada en un vagón de en la línea B en la estación Leandro N. Alem.

—No, no me enteré de nada... ¿qué pasó?

—¡No sabés! La piba una muñeca, parecía dormida... Una lástima viejo.

—¿Pero de qué murió?... ¿la mataron?

—No sé... parece que no. Dijeron que tuvo un ataque al corazón... Pero eso no es todo, hace más o menos dos meses apareció otra chica muerta en un vagón de la línea H, también con un aparente ataque al corazón, yo ese día no estaba de guardia, dicen que también estaba bárbara... Una pena che... Pero raro... ¿No?

Se quedaron en silencio, Gabriel aprobaba con su cabeza como coincidiendo con la duda de su compañero. Luego, sin tener nada más que decirse, intercambiaron sus números de teléfonos celulares, se saludaron con un abrazo deseándose suerte y cada uno prosiguió con su rutina. El agente Ibarra se dirigió al andén en busca de detectar y posteriormente desalentar a los pungas y rateros que pululan en las estaciones en busca de inocentes desprevenidos; aunque la justicia en

estos casos no es de mucha ayuda, lo mismo trata de que estos depredadores no se salgan siempre con la suya.

Mientras tanto Gabriel, recuperado ya del imprevisto shock emocional, se alejó de prisa con destino a las escaleras mecánicas que lo depositarían en Corriente y Florida. A pocas cuerdas de allí, en una oficina comercial, debía hacer algunas averiguaciones para un sumario por homicidio que se estaba tramitando en su oficina.

Roberto intencionalmente se retrasaba en una librería con la excusa de tener que hacer alguna fotocopia, en realidad, se estaba tomando algún tiempo para pensar y calmarse, lo ocurrido en el subte lo había perturbado mucho y no quería ser tan evidente. Mientras tanto Micaela subía corriendo las escaleras de la facultad. Cegada por la fría lluvia que castigaba su rostro no vio al profesor de anatomía que venía bajando y chocó de frente con él. Su cara empapada dio contra el pecho del doctor Daniel Sáenz. Micaela lo miró avergonzada.

—¡Perdón doctor no lo vi!

—No es nada chiquita —respondió el presuntuoso facultativo con aires de superado.

El doctor Daniel Sáenz provenía de una familia acomodada de San Isidro. Tendría alrededor de cuarenta y cinco años de edad, era un hombre alto, atractivo y muy requerido por el sexo femenino. Estaba divorciado desde hacía algunos años de la hija de un importante empresario. Extrañamente nunca se le conoció entre sus alumnas, compañeras médicas, profesoras o empleadas administrativas, novias o amantes.

Entretanto la cubría con su paraguas, Sáenz, no dejaba de mirarla a los ojos, mientras con su mano derecha oprimía el brazo de la joven. Luego de un incómodo silencio le preguntó si la podía invitar a tomar un café en el bar frente a la facultad, pero inmediatamente, como intuyendo una respuesta negativa, agregó que si estaba apurada se ofrecía “heroicamente” a acompañarla con su paraguas al interior de la facultad para evitar que se siguiera mojando y salvarla de un posible resfriado que lo privaría de verla por algunos días. Ella amablemente se negó, el profesor insistió. Había algo en él que a ella le molestaba, así que se desprendió de la mano que sujetaba su brazo y tras agradecer la invitación, le dio la espalda e ingresó corriendo a la facultad.

Se le hacía difícil concentrarse en el parcial, estaba perturbada, su corazón latía descontroladamente, se sentía excitada y avergonzada al recordar la mirada del joven en el subterráneo.

Mientras se esforzaba tratando de concentrarse en el complejo examen, escuchó el crujido de la puerta de la sala que se abría a sus espaldas. Instintivamente se dio vuelta para ver quien ingresaba; era Roberto. Cuando éste se dio cuenta de que Micaela lo estaba mirando, le hizo una seña con su mano y luego, agazapado, se ubicó entre quienes se encontraban sentados en mitad del aula.

Luego de dos interminables horas, terminado el examen, Micaela juntó sus elementos y salió al sucio y descuidado pasillo, casualmente (como en otras oportunidades y en otros lugares) estaba el doctor Daniel Sáenz hablando con un alumno. Al verla trató de aproximarsele, ella advirtió la intención e inmediatamente se acercó a Roberto quien se encontraba a pocos metros conversando animadamente con una profesora. Arrimó su boca al oído de su amigo y como suplicando le susurró:

—Vámonos ya de acá.

Roberto interrumpió el diálogo y miró a su compañera, notó que estaba muy angustiada, sin perder tiempo ni preguntarle nada, se disculpó con la profesora, pasó su brazo sobre los hombros de la

muchacha y se encaminaron a la salida. Sáenz se quedó mirándolos, Micaela se dio vuelta, espió por sobre el hombro de Roberto y vio la ira reflejada en los ojos del profesor.

Una vez en la calle Roberto le preguntó qué le había pasado.

—Es el doctor Sáenz... Parece que siempre está donde estoy yo, hoy me invitó a tomar un café acá enfrente... ¡Te juro Roberto que me siento acosada!... No sé, hay algo en él que me atemoriza.

—No seas tonta, deberías sentirte halagada, Sáenz no le da bola a ninguna estudiante, en el bar de enfrente está casi siempre solo... Es obvio que debe de estar embobado con vos para invitarte a ese bar y exponerse a que todos los vean.

—Las actitudes que tiene y la manera como me mira, lejos de halagarme, me asustan.

Se quedaron un rato en silencio, luego bajaron las escaleras y por la calle Junín se dirigieron hacia la avenida Corrientes a tomar el subte. Estaban por cruzar la avenida Córdoba cuando escucharon un silbido a sus espaldas, al darse vuelta vieron a Carina que se les acercaba corriendo con varias carpetas bajo su brazo. Cuando los alcanzó se la veía muy agitada.

—Hola chicos... ¿van a tomar el subte?

—Sí —contestó Roberto de mala gana.

—Voy con ustedes.

A Micaela mucho no le gustaba juntar en un mismo lugar a Roberto con Carina, ella solía provocarlo cuestionándole todo lo que él decía o hacía. Alguna vez Micaela le consultó del por qué lo trataba tan mal a su amigo, y ella le respondió que era una mala persona y pésima influencia para ella. Cuando le preguntó en que se basaba para decir eso, Carina vaciló por un momento para luego argumentar que se trataba de su olfato, que ella nunca se equivocaba cuando rotulaba a una persona.

Este viaje juntos no fue la excepción, Carina se las arregló para hacerlo sentir incómodo durante todo el trayecto, hasta llegar a estación Malabia Roberto no mencionó palabra alguna. Antes de bajar, Micaela lo saludó con un beso, Carina claramente molesta dijo algo que no se entendió antes de salir del vagón, luego se dio vuelta y lo miró con una sonrisa provocadora. Ignorando lo ocurrido, Roberto continuó viajando hacia la próxima estación.

Las dos mujeres pasaron por los molinetes, subieron las escaleras que se encontraban aún mojadas por el temporal de viento y lluvia de la mañana. Cruzaron la calle Malabia y caminaron hasta el hospedaje sin intercambiar palabras. Carina creía que a esas alturas de las circunstancias sus desmedidos ataques de celos podrían haber quedado en evidencia, esto le provocaba una fea sensación de dolor y bronca.

Una vez que ingresaron a la habitación no dijo nada, sabía que se había extralimitado, es por ello que no hubo reproches cuando Micaela se adueñó del control remoto y sintonizó el programa que quiso.

El agente Diego Ibarra pasó su mano por sus grasos cabellos mientras miraba incrédulo el cadáver de la hermosa joven que yacía en el sucio piso del antiguo vagón de madera de la línea A. El médico que la revisaba para constatar su muerte, a simple vista no halló heridas cortantes ni golpes visibles, nada que pudiera hacerlo sospechar de una muerte violenta. Lo mismo opinó posteriormente, en una revisión más exhaustiva el médico legista, todo indicaba, como suelen decir ellos, un paro cardiorrespiratorio no traumático.

El personal policial que intervino en esta muerte, que por el momento se consideraba dudosa, no pudo averiguar nada que pudiera hacer revertir lo que en apariencias era una muerte natural. Entre los pasajeros que viajaban en el vagón al momento de ser descubierto el cadáver, uno dijo haberle parecido ver a la infortunada joven conversando con alguien que durante un trayecto viajó a su

lado, pero no estaba seguro. Otro comentó que cuando subió en la estación Plaza Miserere, la vio sola. Las distintas versiones eran contradictorias y confusas, aunque todos coincidían en que antes de llegar a la estación congreso, el tren hizo un movimiento brusco y la joven se recostó primero hacia su izquierda sobre el viejo asiento de madera, para luego rodar al piso. Algunos pasajeros solidarios fueron a ayudarla creyendo que sólo se trataba de un desmayo, pero para entonces la joven mujer ya estaba muerta.

Ibarra inmediatamente recordó a la muchacha muerta en la línea B, y también lo que le contaron de la que apareció en la línea H, casualmente tenían características físicas similares. Entendió que no se trataba de una casualidad. Apresurado sacó su celular y marcó un número.

—Hola.

—¿Gabriel?

—Sí... ¿Quién habla?

—Yo boludo, Diego... Diego Ibarra.

—¿Que hacés! ¿Todo bien?

—No tanto. Recién apareció otra chica muerta. Ahora en un

vagón de la línea A. Esto ya es más que raro... Una hace como veinte días, la otra más o menos dos meses, y ahora ésta... Y casualmente las tres físicamente muy parecidas... ¡Esto no me gusta!

—¿Dónde estás que voy para allá?

—¡Apurate antes de que venga la morguera! Estoy en la estación Congreso de la línea A, el tren está parado justo en la estación.

—Voy para allá.

Cortó la comunicación y acudió a la oficina de su jefe.

El comisario Jesús García llevaba tres años a cargo de la división homicidios de la Policía Federal Argentina. Era un hombre pragmático de cuarenta y siete años de edad, alto, delgado, de cabellos entrecanos cortos. Estaba en homicidios desde que era un joven oficial inspector, siendo a estas alturas el hombre más reconocido y de mayor experiencia en ese campo. Hacía alrededor de un año que se había separado de su mujer, Mabel Ruiz, una prestigiosa cardiocirujana de cuarenta y cinco años de edad, con quien convivió durante cuatro largos años sin tener hijos. Las tendencias sexuales de ella que jamás él pudo aceptar ni entender, sumado a los injustificados y enfermizos celos por una joven y hermosa oficial ayudante, Paula Rivera de veintitrés años, secretaria de él, terminaron con su desgastado matrimonio.

García le había tomado mucho aprecio a Gabriel, luego de la muerte de su padre se dio cuenta lo solo que había quedado en la vida, notaba lo mucho que le gustaba su trabajo, nunca miraba la hora para retirarse franco y siempre estaba atento para hacer cualquier tipo de trámite, para escuchar a los más experimentados o ayudar a esclarecer cualquier tipo de caso, si era de esos complicados, mucho mejor.

La puerta de la oficina estaba abierta, el comisario firmaba unos papeles cuando el joven se asomó tímidamente; al notar su presencia y sin abandonar su rutinaria sección de firmas le preguntó: —¿Qué querés nene?

—Permiso señor —respondió el joven e ingresó a la oficina sentándose en una silla frente al

escritorio donde permaneció aguardando pacientemente a que su jefe terminara.

Cinco minutos después García se sacó los anteojos, cruzó sus manos sobre el escritorio y un tanto fastidiado le preguntó qué necesitaba. El joven le explicó lo que le había informado el agente Ibarra y lo extraño que les parecían estas muertes. Al finalizar le consultó si podía ir el a ver qué pasaba. García se quedó pensando por unos segundos sin dejar de mirarlo; el joven no sabía qué creer, porque generalmente al comisario le gustaba que a las escenas de un crimen fuera una brigada completa, cuatro ojos ven más que dos, solía decir. Es así que le sorprendió escuchar: — Bueno, sé minucioso en todo, sabés cómo hacerlo, y si encontrás algo llamáme. Decile a mi chofer que te lleve.

Cuando descendió del móvil policial en la Avenida Rivadavia frente al Congreso Nacional, levantó la vista al cielo, su color gris empezaba a oscurecer conforme se acercaba la noche, aspiró el frío aire del atardecer y lo fue soltando lentamente mientras caminaba hacia la entrada al subterráneo.

Tuvo que identificarse como policía para poder acceder al mismo, una cinta plástica y un uniformado junto a ella impedían el paso. Bajó las escaleras, pasó junto a los molinetes e ingresó por la puerta de emergencia que se encontraba abierta, junto a la cual había otro policía uniformado con quien también se identificó.

El viejo tren de madera, guerrero de mil batallas, descansaba agónico en la estación con sus puertas abiertas. Casi al final del andén se apreciaban movimientos de gente. Hasta allá se dirigió caminando junto a la vieja formación. Mientras se iba acercando a los primeros vagones fue distinguiendo a las personas, algunos policías uniformados y empleados del subte, entre quienes se encontraba Ricardo Julio Godoy, sindicalista de subterráneos de Buenos Aires, siempre vestido con uniforme de trabajo con rayas horizontales fosforescentes de color verdoso. Godoy tendría alrededor de 38 años, era un hombre de contextura física grande, sus pequeños ojos parecían estar siempre alertas, de mirada astuta y sonrisa fácil, con los dedos manchados de nicotina. Este hombre tenía mucho peso en la asociación gremial de trabajadores de subte y premetro (AGTSYP), su gremio, además de una excelente relación con gente del otro gremio (UTA).

Cuando Diego Ibarra lo vio venir se le acercó presuroso: —¡Igual que las otras!... ¡Una pena che, esta piba no tiene más de veinte años!... Vení.

Y adelantándose casi al trote ingresó al vagón. Gabriel lo siguió lentamente mirando todo a su alrededor. Se detuvo cuando llegó a la puerta y se quedó mirando a Ibarra que estaba agazapado con una rodilla en el piso junto al cuerpo cubierto de la desafortunada joven, tomó con una mano el negro plástico que cubría el cuerpo y giró para comprobar que su compañero lo estaba observando desde la puerta, entonces corrió el plástico dejando al descubierto el horror de la muerte. Gabriel comenzó a aproximarse lentamente. El cadáver yacía de costado, sus largos y renegridos cabellos le cubrían parte de su rostro, se podía apreciar un cuerpo delicado. Al verla más de cerca Gabriel se detuvo en seco, estaba a no más de tres metros, se sintió ahogado, sus piernas se aflojaron, debió sujetarse de un pasamanos. Ibarra lo miró preocupado.

—¿Te sentís bien che?... No sabía que a los hombres de homicidios le impresionaran los muertos.  
—No, no es eso... Creo que conozco a esta chica.

Respondió el joven policía recomponiéndose del impacto inicial. Es la misma que varios días atrás había visto en el subte, recordaba su mirada, la que aún no podía olvidar. Con esfuerzo se acercó al cadáver, puso una rodilla en el piso y con suavidad corrió los cabellos que cubrían parte del pálido rostro, su corazón no cesaba de golpear iracundo contra su pecho, dudó por unos instantes, esta joven tenía hermosas facciones y como dijo Ibarra no más de veinte años, pero no era la misma que él recordaba. Paseó una rápida e incómoda mirada por el cuerpo de la joven, le resultó extraño cuán delgada se veía. Se sorprendió por la angustia que sintió segundos antes cuando creyó que se trataba de aquella muchacha, luego, el alivio experimentado al ver que no era la misma mujer que días atrás lo había deslumbrado con una simple mirada.

Observaba abstraído el bello rostro sin vida, pensaba en sus seres queridos que todavía no sabían nada, el tremendo dolor que experimentarían al enterarse. Estaba angustiado imaginando tanto dolor cuando atinadamente Ibarra lo sacó del amargo trance.

—¿Y?... ¿Es la piba que vos conocés?

—No... no, es muy parecida, pero no es... ¿Sabés qué efectos personales tenía?

—Sí, billetera con plata, teléfono celular, documentos. Todo está secuestrado en la división subterráneos.

—¿Y el legista qué dijo?

—Como con las otras, no encontró nada raro, aparentemente es una muerte natural, pero dijo que no era definitivo, que habría que ver si se encuentra algo en la autopsia.

Gabriel se incorporó y se sentó en los lustrosos y viejos bancos de madera, se sentía extenuado, a su lado se acomodó su compañero. Permanecieron unos cuantos minutos en silencio, luego Ibarra preguntó: —¿Y qué te parece, raro no?

—Sí, muy raro. Habría que hacerle una autopsia responsable, no como la que suelen hacer acá, y ver qué se hizo con las otras muertes. Seguro nada si los familiares no lo exigieron.

Gabriel se puso en cuclillas y cuando tímidamente levantó el fino tapado fue invadido por un agradable aroma a perfume. No quiso que eso lo perturbara, pero a pesar de la frialdad que transmitía su rostro, mientras revisaba los bolsillos, se sentía algo perturbado. Éstos estaban vacíos, pero al sacar la mano de uno de ellos le llamó la atención una pequeña mancha de no más de dos centímetros de diámetro, ubicada un poco más arriba del bolsillo, a la altura del lado izquierdo de la cintura. Cuando pasó su dedo índice por la mancha se dio cuenta de que la zona aún permanecía húmeda, como aceitosa, una gota de líquido sobre estas telas las oscurecen dándole la apariencia de una mancha. Revisó el pullover que tenía debajo y con mucho cuidado comparó la altura y el lugar donde estaba la zona mojada en el tapado confrontándolo con el pullover, como éste era de un marrón bastante oscuro no vio mancha alguna, pero al pasar su dedo por el sector, notó que también estaba húmedo y aceitoso. Alarmado le pidió a Ibarra, quien lo miraba intrigado, que lo ayudase.

—¡Vamos a poner de costado el cuerpo, quiero ver algo!

—¿Qué querés hacer?

—Creo que encontré algo. —Inmediatamente se dio vuelta para mirar a Ibarra.

—¡Vení, dame una mano!

Entre ambos dieron vuelta con mucho cuidado el cadáver que ya presentaba una importante rigidez. Lo pusieron de tal forma que se pudiera observar su lateral izquierdo. Gabriel corrió el tapado, levantó el pullover y de muy cerca comenzó a escrudiñar la zona de la cintura, luego de unos segundos lanzó una exclamación.

—¡Acá está!

—¿Qué?... Yo no veo nada.

—Mirá acá. —Lo tomó de la nuca y le acercó la cara a la cintura del cadáver.

—¿Ves? ¡Es un pequeño punto rojo casi imperceptible, como un pinchazo!

—Sí loco, lo veo... ¡Esta piba se inyectó algo! —Miró a su compañero como buscando su aprobación, pero éste se sonreía irónicamente por la compulsiva consideración. Entonces volvió a observar el punto rojo en la cintura de la occisa e inmediatamente repuso: —¡¡¡Claro... sí, alguien seguro le inyectó algo loco!!!

—¡Baja la voz!

—¿Ahora qué hacemos?

Gabriel paseó una mirada profesional en derredor descubriendo una lógica y usual contaminación del lugar del crimen, creyó que sería prácticamente imposible encontrar algo que les pudiera ser útil. Luego miró a Ibarra y respondió su pregunta.

—Ahora llamo a mi Comisario y vemos cómo seguimos.

El comisario García presidía una reunión de oficiales cuando comenzó a sonar su teléfono celular. En un primer momento no le hizo caso, pero ya molesto ante tanta insistencia lo sacó de su estuche e hizo el amague de apagarlo, pero cuando vio de dónde provenía el llamado se disculpó con sus subalternos y salió al pasillo para atender.

—¿Qué pasó nene?

—¿Jefe? No lo va a poder creer.

Luego de explicarle los pormenores de su hallazgo, García lo felicitó y le pidió que nadie tocara nada, que esperasen a que él llegara.

El chofer de una de las brigadas, que en ese momento se encontraba trabajando en la división, lo acercó al Congreso Nacional.

Lo primero que al comisario le llamó la atención fue el alto grado de delgadez que presentaba el cuerpo de la joven, se le ocurrió que bien podría tratarse de un problema de anorexia. Su apariencia y prendas de vestir relativamente caras hacían suponer que se trataba de una joven de clase social media o media alta.

Mientras el comisario observaba la mancha sobre el bolsillo del tapado, Gabriel le señalaba el punto rojo que presentaba la desafortunada muchacha en la cintura, el comisario lo observó detenidamente y sin mencionar palabra alguna inició una revisión exhaustiva del cuerpo, primero los brazos, las manos, debajo de las uñas, las axilas, luego el cuello, detrás de las orejas, las entrepiernas, detrás de las rodillas. Cuando llegó a sus pies se detuvo a observar detenidamente entre sus dedos, luego de asentir con su cabeza como si hubiera encontrado lo que buscaba, levantó su mirada y le hizo una seña a Gabriel.

—Vení nene... Mirá esto.

El muchacho se acercó intrigado y se ubicó en cuclillas junto a su jefe para examinar lo que éste le quería mostrar. Cuando vio los puntos morados, casi negros, similares a pinchazos entre los dedos de los pies de la malograda joven, creyó que se derrumbaba su hipótesis inicial.

García lo miró interrogante, como obligándolo a arriesgar una conjetura.

—¿Es una drogadicta? —Consultó decepcionado.

Solía ser usual que García en el lugar del crimen, luego de inspeccionar el cadáver y dar una ojeada a la escena, comenzara a acariciar su barbilla y, como pensando en voz alta, describiera lo que para él era evidente, tangible, tratando de armar alguna posible presunción básica.

—El pinchazo de la cintura es claramente reciente... La mancha aceitosa en la ropa también reciente y obviamente provocado por el líquido que se le inyectó en su cintura, que muy probablemente haya sido lo que le causara la muerte... ¿Quién querría matar de esta sutil manera a una pobre y desnutrida drogadicta?... Entrando en el terreno de las suposiciones, supongamos que se inyectara ella misma... ¿Me pregunto por qué lo haría en el subte frente a tanta gente... por qué en su cintura y no en su brazo?... ¿Y dónde está la jeringa?... No, esta chica no es una drogadicta, ni una suicida, pero, tal vez alguien quiere que nosotros lo creamos... ese, seguramente, podría ser el punto— Se puso de pie observado todo a su alrededor, como buscando algo al tiempo que consultaba.

—¿Me hablaste de otros casos similares?

—Sí señor —repuso aliviado Gabriel al saber que no se había equivocado—. El primero fue hace más de veinte días en la línea H, el otro hace más de dos meses en la línea B, éste sería el tercero. Todas tenían más o menos el mismo perfil, jóvenes y hermosas... Podría ser uno de esos psicópatas seriales... ¿No?

El comisario ignoró la aventurada pero probable conjetura del joven y tomando su teléfono celular salió del vagón para comunicarse con la fiscalía de turno.

Permaneció hablando durante varios minutos mientras se paseaba por el andén. Una vez finalizada la comunicación ingresó nuevamente al vagón y se acercó al Agente Ibarra.

—Avísele a la los de la morguera que van a tener que esperar, están viniendo para acá el fiscal y su secretario. —Mientras Ibarra salía diligentemente del vagón para cumplir la orden, García se dirigió a Gabriel.

—Ahora necesitamos saber en qué condiciones estaban las otras víctimas al momento de ser halladas, si se usó el mismo modus operandi, interiorizarnos todo cuanto podamos de sus vidas, sus costumbres, adónde vivían, a qué se dedicaban, lugares que frecuentaban, ver si además de lo físico hay otras coincidencias entre ellas... ¿Te podés encargar de eso?

—Sí señor.

—Bien, por mi parte voy a hablar con la unidad criminalística móvil para ver qué tienen ellos. Reflexionó un momento para luego añadir: —También tenemos que revisar los objetos personales, teléfonos celulares, agendas, documentos, tarjetas... Todo lo que la chica llevaba consigo. Chequear y fotografiar absolutamente todo. Rogar que el personal que intervino en primera instancia tenga los datos de algunos de los posibles testigos que viajaban en el tren en ese momento. ...Pero ahora lo más importante, inspeccionar concienzudamente este lugar, no olvidemos que nos encontramos en la escena de un crimen; aunque ya pasó mucha gente por acá y el lugar está claramente contaminado, algo podría haber quedado y si es así no se nos puede escapar.

Fue más de media hora de meticulosa exploración en la zona. Pero nada se encontró, tan sólo envoltorios de golosinas, tarjetas viejas del subterráneo, pedazos de diarios pisoteados y dos pares de guantes descartables, seguramente del médico del SAME y del legista.

Cuando el fiscal con su secretario llegaron a la estación, a Gabriel no le llamó la atención el apretón de mano que se dieron con el sindicalista Godoy. A pesar de las diferencias ideológicas y socioculturales que pudiera existir entre ellos, solía ser común que los políticos, los sindicalistas y algunos hombres de la justicia estuvieran relacionados de alguna manera.

El joven policía tenía por delante una muy importante responsabilidad, la de tratar de atar cabos entre las víctimas, verificar si de alguna manera estaban relacionadas entre sí.

Con el resultado del laboratorio pericial de la morgue se empezó a aclarar lo que los investigadores suponían. En las partes húmedas del tapado y del pullover encontraron una poderosa droga llamada Succinilcolina, esta sustancia paraliza a la víctima y la mata por asfixia. También hallaron restos de Escopolamina, vulgarmente conocida como burundanga, esta tiene la particularidad de adormecer a las víctimas quitándole toda voluntad, y administrada en altas dosis podría desencadenar arritmia cardíaca, insuficiencia respiratoria, colapso vascular y muerte.

En la autopsia, el cuerpo presentaba un avanzado estado de desnutrición y evidentes signos de violación. Los pinchazos entre los dedos de los pies eran progresivos, es decir, como si le hubieran inyectado todos los días durante dos o tres semanas hasta estos últimos días. El deceso, según se informó, se produjo por asfixia. En los estudios posteriores de los fluidos corporales también se hallaron restos de las drogas antes mencionadas, no hallándose vestigios de estupefacientes de esos que son consumidos socialmente.

Quien utilizara estas drogas tendría conocimiento en medicina, farmacia o química; no es sencillo acceder a ellas ni tampoco es sencillo saber combinarlas para lograr el efecto deseado, le habría explicado el médico forense al comisario García.

En cuanto a la tarea encomendada a Gabriel, en pocos días pudo averiguar que la primera víctima era estudiante de Ciencias Económicas, se llamaba Cecilia Pardo, de veintiún años y oriunda de la ciudad de Tandil. Sus padres habían trasladado sus restos a esa ciudad donde lamentablemente fueron cremados. El informe de la autopsia, sin demasiados detalles, decía que había fallecido por asfixia. Como ella estaba tomando un medicamento fuerte por una afección bronquial crónica que padecía desde niña, supusieron que fue eso lo que habría desencadenado su muerte. Vivía sola en un departamento alquilado por su padre en la zona de Almagro.

Cuando la policía logró comunicarse con un familiar en Tandil, lo hizo con su hermana, sus padres no habían querido hablar con ellos. Ana, la hermana mayor de Cecilia, comentó que durante un largo tiempo estuvieron muy preocupados porque no se podían comunicar con ella, que hablaron con una compañera de la facultad quien les había dicho que hacía bastante tiempo que Cecilia no concurría. Esto había aumentado la preocupación de sus padres quienes, en su momento, decidieron viajar inmediatamente a Buenos Aires. Pero, casualmente ese mismo día por la tarde Cecilia había llamado a su casa de Tandil. Como en ese momento ningún familiar se encontraba en la vivienda, la llamada fue atendida por la empleada doméstica a quien la joven le manifestó que se encontraba bien, pidiéndole que les dijera a sus padres que no se preocuparan. Cuando la empleada les informó de la llamada, también agregó que la notó rara, que hablaba muy lento como si estuviera medio dormida. Esto no los terminó de tranquilizar y decidieron viajar, ahora sin tanto apuro. Sus padres eran personas muy estructuradas, es así que durante todo un día estuvieron resolviendo algunos asuntos laborales para dejar todo ordenado. Unas horas antes de emprender su viaje a Buenos Aires recibieron la fatídica noticia.

Con respecto a la otra víctima, las cosas fueron diferentes, algunos de sus amigos habían denunciado su desaparición promoviendo una solicitud de paradero. Gabriela Cervantes tenía 23 años y estudiaba nutrición en la UBA. Estuvo desaparecida dieciocho días. Como la anterior, también había llamado días antes de aparecer muerta a una amiga, diciendo que se encontraba muy bien, que no se preocuparan. Gabriela era de Balcarce, toda su familia estaba radicada en esa ciudad del interior bonaerense. Había venido sola a estudiar a Buenos Aires alquilando un

departamento entre varios estudiantes en el barrio de Villa Crespo.

Sus padres, separados y en excelente posición económica sólo se preocupaban de sus nuevas vidas; a Gabriela la llamaban muy de vez en cuando para saber si necesitaba dinero.

El resultado de la autopsia, extrañamente incompleto como en el caso anterior, decía muerte por asfixia.

El cadáver de Gabriela fue llevado a la Ciudad de Balcarce y depositado en una bóveda familiar.

Ni bien terminó de leer el informe de Gabriel, no muy conforme, acotó: —Bien, pareciera un poco incompleto. Necesitamos, como ya te dije, algo más que las vincule... no sé, quizá un amigo, un lugar, un trabajo, el gimnasio... algo. ¿Entendés?

—Sí señor.

—Ahora voy a hacer una nota para solicitar la exhumación del cadáver de esta chica para una nueva autopsia... Veremos qué resulta. —Tomó varias carpetas que tenía sobre su escritorio y se las alcanzó al joven—. Acá tenés declaraciones de algunos familiares de mujeres que fueron secuestradas y posteriormente liberadas, léelas tranquilo... Fijáte si con lo que ya escuchaste podés encontrar algo.

Habían pasado algunas semanas de los sucesos en el subterráneo cuando la joven estudiante de medicina, Micaela Páez, salió apurada de la facultad y corriendo se dirigió a la avenida Corrientes, bajó de a dos los escalones del subterráneo de la línea B en la estación Pasteur. Se encontraba sola y muy preocupada, hacía menos de diez minutos que la habían llamado a su celular de la comisaría 27ª informándole de un hecho de robo con violencia ocurrido en esa jurisdicción a una señorita que manifestó trabajosamente ser su amiga y quien les aportó su número de teléfono para que la llamasen. El funcionario policial agregó inmediatamente que en ese momento la mujer estaba siendo atendida en el interior de la comisaria por médicos del same y seguramente la derivarían a un hospital, es por ello que requerían, de ser posible, su pronta comparecía en dicha comisaría, dependencia que se encuentra en la calle Camargo en el barrio de Villa Crespo (casualmente a la vuelta de su domicilio), finalmente el oficial le sugirió que viniera tranquila y que en la guardia preguntara por el oficial inspector Romiglio.

Ingresó corriendo al andén y se acercó a las vías para ver si venía el tren, luego empezó a caminar nerviosamente de un lado a otro esperando su arribo. Aunque no tardó demasiado en llegar, a Micaela le pareció una eternidad. Muy poca gente venía viajando, seguramente por el horario. Se abrieron las puertas y alguien la empujó de atrás haciéndola ingresar al vagón casi trastabillando, giró para ver quién era el maleducado y una mujer de contextura robusta, con unos enormes anteojos oscuros, quien prácticamente seguía pegada detrás suyo, le sonrió y le pidió disculpas. Pese a que la mayoría de los asientos se encontraban desocupados, la extraña mujer se sentó junto a ella, un hombre corpulento, casi obeso, también con anteojos oscuros se ubicó de frente a ellas. Ni bien arrancó el tren, la mujer sacó de su bolso un frasco que parecía ser de perfume y dirigiéndose a Micaela, con un agradable y simpático acento centroamericano le preguntó: —¿Te gustan los perfumes linda?

Gabriel salió de la morgue judicial y se detuvo por un momento en la vereda, notaba un sabor acre en la boca y sentía ganas de escupir, le costaba acostumbrarse a los olores de ese lugar. Miró cómo el cielo se estaba cubriendo de oscuras nubes que provenían del oeste, inspiró una bocanada

de aire fresco y caminó a paso regular por la calle Pasteur hacia la avenida Corrientes; iba a tomar el subte que lo dejaría a pocas cuadras de su departamento. Saliendo temprano, apurado, había olvidado de llevar consigo unos documentos.

Mientras bajaba las escaleras en la estación Pasteur vio que la formación estaba detenida, corrió hasta los molinetes, pasó su tarjeta, accedió al andén y al momento de entrar corriendo al vagón, le pareció ver que al de al lado ingresaba la chica de sus sueños, la que tanto lo perturbaba, pero las puertas se cerraron y nada pudo hacer.

Cuando el tren se detuvo en la estación Pueyrredón el joven policía salió al andén e ingresó presuroso al coche contiguo. Ni bien traspuso la puerta percibió un fuerte olor a algún tipo de sustancia química, pero no se detuvo a pensar demasiado en ello puesto que a pocos metros observó cómo una robusta mujer, junto a un hombre corpulento sujetaban de los brazos a una muchacha que se encontraba sentada en el piso, aparentemente desmayada, con su cabeza hacia un costado. La fornida mujer parecía muy preocupada y mientras sacudía de un brazo a la joven como para hacerla reaccionar, a los gritos le demandaba al hombre que estaba a su lado: —¡Se descompuso, ayúdeme a bajarla por favor!

Al ver a la joven desvanecida Gabriel la reconoció inmediatamente e impulsivamente gritó: —¡Yo conozco a esta chica, déjenme a mí!

Se arrodilló frente a la muchacha y todo pareció desaparecer a su alrededor, sólo estaba ella. Tuvo que tomarla rápidamente del brazo para que no se cayera hacia un costado cuando quienes la estaban sosteniendo se alejaron al escuchar sus gritos; con la mano libre tomó su mentón levantándolo con mucha delicadeza para mirar su pálido rostro. No podía creer tanta belleza. Con suavidad la sacudió de un lado a otro hablándole para que reaccionara. A todo esto, las puertas se habían cerrado y el tren emprendía su carrera hacia la otra estación. Es en ese preciso momento el joven reaccionó, se dio cuenta lo que había ocurrido. Aunque sabía que ya no estaban, observó desesperado a su alrededor buscando a las personas que, minutos antes, simulaban asistir a la joven. Habían bajado juntos y muy rápido en la estación anterior, según comentó uno de los pasajeros cuando advirtió lo que el policía buscaba. Sin dejar de sujetar los brazos de la muchacha mordió sus labios y mirando el techo del viejo vagón lanzó en voz baja un insulto cargado de bronca e impotencia por el imperdonable error que acababa de cometer.

Micaela abrió los ojos en una sala del hospital Durand, se sentía confundida, no entendía qué le había pasado. Cuando giró su cabeza hacia un lado buscando la luz que provenía de una ventana, sus grandes ojos azules se encontraron con los verdes de Gabriel. Se miraron por un largo rato sin decirse nada, como si se conocieran de toda la vida. El primero en romper el silencio con la voz atragantada por la emoción y los nervios fue Gabriel: —Hola, mi nombre es Gabriel, soy policía de homicidios... ¿Sabés lo que te pasó?

La muchacha seguía desorientada, es por eso que dejó transcurrir el tiempo y recién cuando se sintió un poco más segura contestó.

—Me llamo Micaela... Y no... no sé qué me pasó... ¡Me duele mucho la cabeza!

Se quedó en silencio observando sus manos mientras se las refregaba nerviosamente. Hasta que finalmente los recuerdos comenzaron a fluir, entonces, preocupada, preguntó: —¿Me dijiste que

sos policía, no?... ¿Qué pasó? —Gabriel no contestó, tan sólo se limitó a mirarla como pidiéndole a ella una explicación de lo ocurrido. La muchacha leyó bien esa mirada y prosiguió. —¡Me llamaron de la comisaria veintisiete porque a una amiga le había ocurrido algo! Me dijeron que fuera antes de que la ambulancia la trasladara a un hospital.

—¿Con quién hablaste?

—Con un oficial... No me acuerdo el nombre, pero lo tengo anotado en una tarjeta en mi cartera. Cuando se dio vuelta en la cama para tratar de alcanzar su cartera lanzó un gemido de dolor y se tomó con ambas manos su cabeza. Inmediatamente Gabriel se acercó a la silla donde estaba apoyada la cartera, la levantó y se la alcanzó. Luego de agradecerle comenzó a revisar entre una infinidad de cosas que había en su interior, después de varios segundos de nerviosa requisa, extrajo un trozo arrugado de papel, lo leyó para corroborar que era lo que estaba buscando y luego se lo alcanzó al joven. Éste le hechó una rápida ojeada, lo introdujo en un bolsillo de su campera y salió de la habitación.

Pasaron más de diez minutos hasta que Gabriel entrara de nuevo. Micaela lo observaba preocupada, el policía se acercó y se sentó en los pies de la cama.

—Como suponía, en la veintisiete no hay ningún inspector de apellido Romiglio, ni tampoco le ocurrió nada a nadie... al menos por ahora.

—¿Entonces? —preguntó ella sorprendida.

—Primero contáme todo lo que recuerdes.

Se esforzó tratando de hacer memoria.

—Estaba por subir al subte cuando me empujaron de atrás... me di vuelta y vi que detrás mío había una mujer grandota que tenía puesto unos anteojos oscuros, me pareció rara... el vagón estaba casi vacío, se podía elegir adonde sentarse... pero la mujer se sentó a mi lado y enseguida me preguntó si me gustaban los perfumes, tenía un acento... no sé, podría ser colombiano, cubano o dominicano... De esa zona calculo. Seguidamente y sin que yo se lo permitiera me roció perfume en el brazo y en el hombro... ¡una maleducada!

Se quedó pensando, tratando de recordar algo más, pero fue en vano. Sólo estaba el presente, la desagradable sorpresa de despertar en la cama de un hospital. Miró a Gabriel como esperando una respuesta a sus interrogantes, una explicación a lo que le había ocurrido. Cuando el policía se disponía a aclararle un poco sus dudas, golpearon a la puerta y seguidamente ésta comenzó a abrirse lentamente. La cara del comisario García se asomó tímidamente. Luego de constatar que no había sido inoportuno, ingresó a la habitación, caminó lentamente hasta la cama de Micaela y con una sonrisa se presentó. Le preguntó cómo se sentía, esperó la respuesta para después informarle que ya se le había avisado a su familia en Chivilcoy, sus padres en ese momento se encontraban viajando hacia esta capital sabiendo que su hija estaba internada pero bien. Luego tomó del brazo a Gabriel —Vení, vamos afuera que quiero comentarte algo.

Salieron al pasillo, el Comisario se acercó a un ventanal que daba a un verde parque.

—Ayer estuve en una cena con varios compañeros de promoción. Cuando comenté lo que estaba ocurriendo con estos homicidios, algunos jefes de comisarías me dijeron que en este último año en particular, recibieron muchas denuncias de chicas jóvenes desaparecidas, pero todas aparecían generalmente en un par de semanas. A pesar de que los padres se negaban a seguir con el proceso, para preservar a sus hijas de los posibles manoseos de la justicia, en algunos casos gracias a la colaboración de abogados de las familias, nos enteramos que la mayoría aparecieron con signos de haber sido drogadas, algunas con pinchazos de hipodérmicas entre los dedos de los pies. Ninguna recordaba algo con claridad, pero sí todas coincidían en que al momento de perder el conocimiento estaban en el subte, en la vía pública, o en un colectivo, luego sólo escuchaban

voces extrañas con acento muy raro o en idiomas inentendibles. Una de ellas dijo recordar a la mujer que le ofreció perfume en el subterráneo. También hablaron de una habitación suntuosa donde fueron violadas.

Se quedaron en silencio mirando sin ver los añejos árboles que poblaban el parque del hospital. Mientras pasaba una mano por su nuca, Gabriel dijo a modo de pregunta: —¿Trata de blanca?

—Es lo que parece.

—¿Por qué cree que a algunas las matan?

—No sé... es lo que tenemos que averiguar, supongo que deberían haber tenido una razón poderosa para hacerlo, matar a sus víctimas los expone demasiado y perjudica su negocio... Veremos hasta dónde podemos llegar... Ah, me olvidaba, ya se le hizo la autopsia a Gabriela, la chica de Balcarce. El forense me dijo que por el tiempo transcurrido, la descomposición del cadáver y no sé qué más, era imposible poder detectar alguna sustancia que en su momento le pudieran haber inyectado, pero, hallaron los pinchazos entre los dedos de los pies y el pinchazo en la cintura del lado izquierdo, mismo *modus operandi*. —Apoyó una mano contra el vidrio del ventanal y por segundos permaneció en silencio, luego miró a su subalterno y repuso—: como ya te dije, tenemos que reunir todos los casos que podamos hallar, de las muertas y de las liberadas, debemos cotejarlos bien, ver las coincidencias que existen entre ellas, además de lo físico. Tomar nota que la mayoría viajaba en el subte y fueron secuestradas justamente ahí.

Estaba García por dar algún tipo de instrucción a Gabriel cuando comenzó a sonar la aguda campañilla de su celular. Al ver quién lo llamaba atendió con desgano.

—¿Qué pasa Mabel?... ¿Qué querés?

Por varios minutos permaneció escuchando a su ex mujer, el gesto de fastidio que en un primer momento se vio reflejado en su rostro se fue transformando, ahora notoriamente interesado en lo que la mujer le había dicho, respondió:

—Por favor Mabel, no te vayas que ya te mando a alguien para ahí. —Y cortó la comunicación.

—Nene, andá al Hospital Británico y preguntá por la doctora Mabel Ruiz, es mi ex. Parece que tiene internada a una chica que apareció deambulando por esa zona después de varias semanas de estar desaparecida. Salí ya, sabés lo que tenés que hacer.

La doctora Mabel Ruiz era una mujer interesante, de estatura media, cabellos castaños claros a la altura de los hombros, tenía una nariz respingada y una sonrisa tan blanca como la nieve, sus modales eran refinados, su andar elegante y muy sensual. A todo esto se le sumaba una gran capacidad como médica cardiocirujana, siendo muy reconocida entre sus pares.

Mientras la médica le explicaba a Gabriel cómo había sido encontrada la joven y los pormenores de sus dolencias, éste no podía dejar de mirarla, pensaba cómo el comisario García podía haber dejado escapar a esta interesante mujer. Cuando advirtió que no había prestado la menor atención a lo que la profesional le estaba exponiendo, la interrumpió.

—Perdón doctora, pero no entendí bien todo lo que me estaba diciendo... Por favor ¿Me lo puede repetir?

La mujer lo miró malhumorada.

—Gabriel es su nombre ¿No?

—Sí doctora, perdón, agente Gabriel Tomasini.

—Bueno, agente Gabriel, ¡por favor, preste atención porque no tengo todo el día!

Le explicó del estado de salud de la paciente, entre otras cosas, mal alimentada, deshidratada y con la apariencia de encontrarse bajo los efectos de alguna droga. Gabriel le preguntó si había

observado si entre los dedos de los pies tenía pinchazos como de jeringas hipodérmicas y por su apariencia fisonómica, a lo que ella respondió.

—Venga conmigo, veremos juntos lo de los pies y también podrá apreciar su fisonomía.

Transitaron por los fríos pasillos del hospital hasta llegar a una puerta en cuyo centro se podía leer la frase, “Sala de mujeres”. Ingresaron. El calor en su interior era sofocante, la doctora Ruiz tomó rápidamente la delantera caminando entre los cubículos de la sala. Se detuvo frente a uno que se encontraba justo en mitad del pasillo, haciéndole una seña al policía e indicándole el lugar.

La joven se hallaba boca arriba tapada hasta el cuello sólo con una sábana blanca, al parecer dormía, mientras el policía sigilosamente, por temor a despertarla, se acercó a la cabecera de la cama para observar su rostro, la doctora Ruiz permaneció en los pies.

Esta chica no tenía más de diecisiete años de edad, sus cabellos castaños claros a la altura de sus hombros descansaban sobre la almohada. A través de la delgada sábana se podía apreciar un cuerpo pequeño al igual que sus senos. —Nada que ver sus características físicas a la de las otras víctimas —pensaba; cuando del otro lado de la cama la médica emitía un sonido como para llamar su atención, levantó su mirada. La doctora Ruiz se encontraba visiblemente sorprendida, con la sábana apenas levantada, observando los pies de la joven al tiempo que decía: —¡Usted tenía razón... venga, mire!

Rodeó la cama mientras ella mantenía la sábana levantada aguardándolo. Se colocó a su lado y observó asombrado los delgados y blancos pies de la joven. Entonces volvió a su memoria la imagen de los pies de la chica muerta en el subte, los pinchazos entre los dedos de esta adolescente eran un calco a los de ese cadáver. Se quedó pensando por un tiempo prolongado mientras acariciaba el frío metal de la estructura de la cama. Con un suave codazo la doctora lo sacó de su concentración, indicándole la salida.

El cambio de temperatura en el pasillo se hizo notar. Mabel Ruiz tomó la iniciativa.

—¿Por lo visto hay casos similares a éste?... ¿Esta criatura sufrió todo tipo de vejaciones, violaciones por donde se le ocurra!... ¿Qué tienen hasta ahora?

El joven evaluó rápidamente si correspondía o no darle algún tipo de información. Y prefirió ser cauto.

—Tenemos muy poco, doctora,... casi nada. Va a ser mejor que hable con mi comisario, tal vez él le pueda dar algún detalle que yo no sepa.

A la mujer no le agradó la respuesta, pese a ello trató de no demostrar su contrariedad y permaneció en silencio mientras el joven hablaba.

—Con respecto a esta chica necesitamos saber todo lo que se pueda, adónde vive y con quién, si se acuerda algo de lo que le pasó, de dónde la secuestraron, o por lo menos lo último que se acuerda antes de perder el conocimiento, si es que fue así. Qué tipo de drogas tenía en el cuerpo, si estudiaba o trabaja, si viajaba a diario y en qué transporte lo hacía, además de sus datos filiatorios. Todo lo que nos pudiese ayudar...

— ¿Algo más... agente Gabriel?

—Disculpe doctora, pero entiendo que en estas condiciones sería mucho más lógico y menos traumático que confiar en ustedes y no en nosotros... Siempre que usted quiera colaborar...

—Por eso los llamé... Pero bueno, déjeme ver qué puedo hacer cuando esta chica despierte, también quiero hablar con sus padres. Además, en un par de horas tendremos los resultados del laboratorio.

Cuando Gabriel le extendió su mano para despedirse, ella se la retuvo.

—Por favor, déjeme su número de celular, así cuando tenga alguna información me comunico directamente con usted, hablar con mi ex esposo es realmente un incordio.

Se intercambiaron sus números de teléfono y se despidieron.

Salió presuroso a la calle, quería llegar lo antes posible al hospital Durand, necesitaba ver a Micaela, saber cómo estaba. Mientras caminaba por la vereda en dirección al móvil policial llamó al comisario para comentarle los pormenores de lo ocurrido en el Hospital Británico.

Luego de escucharlo atentamente, García sólo respondió:

—Vení directamente a mi oficina. —Y cortó la comunicación. Como él no discutía las órdenes, sino, las cumplía, masticando bronca le pidió al chofer del comisario que lo llevara a la división.

Cuando ingresó al despacho del comisario, éste se encontraba de pie frente a su escritorio con los nudillos apoyados sobre el mismo observando y clasificando algunos papeles que tenía frente a sí. Echó un rápido vistazo al joven que estaba de pie junto a la puerta y le señaló la silla frente a su escritorio.

—Sentáte. Tengo el relato detallado del padre de una chica que apareció con vida. —Permaneció por un momento en silencio como considerando y entendiendo la actitud valiente del sufrido padre. Pero esto no duró demasiado, casi de inmediato volvió a la fría postura que lo caracterizaba, comenzó a manipular los papeles tratando de ubicarlos en un orden determinado, entonces prosiguió.

—El hombre se prestó a hacer esta declaración, seguramente muy difícil para él, para que otra piba no pase lo que pasó su hija... y nosotros somos los encargados de evitar que eso vuelva a ocurrir. —Miró a Gabriel moviendo su cabeza con gesto de preocupación.

El joven policía visiblemente intrigado se sentó en la silla. García resopló fastidiado, como si le molestara el relato que a continuación debería hacer.

Una piba de veinte años, estudiante de odontología, que estuvo desaparecida durante una semana y apareció deambulando por Parque Lezama, le relató a su padre todo lo que recordaba.

Se encontraba sentada en el primer vagón viajando hacia el centro en la línea B del subte cuando antes de llegar a la estación Pueyrredón se le acercó una corpulenta mujer ofreciéndole probar una fragancia. Antes de negarse, la mujer descuidadamente roció spray en su hombro. A partir de ese momento se sintió desmayar, veía todo borroso, no tenía voluntad pero se encontraba relativamente consciente, escuchaba gritos preocupados a su alrededor. Ni bien el tren se detuvo la bajaron y la recostaron en el piso de la estación. Cuando el ruido del tren comenzó a alejarse, como en un sueño sintió que la acostaban sobre lo que parecía ser una camilla, su cabeza se volteó a un lado y le pareció ver que caminaban junto a las vías, cree que no fue muy largo el trayecto hasta ingresar a una pequeña habitación con muy poca luz. Ahí se desmayó y no recuerda nada más.

Cuando comenzó a recuperar nuevamente la conciencia le pareció ver difusamente a una persona

junto a ella con guardapolvo blanco. Sintió un pinchazo entre los dedos de sus pies y todo se volvió a tornar más borroso.

Lo que más claro quedó registrado en su memoria fue una habitación lujosa que siempre estaba en penumbras, un hombre de contextura física grande, de barba tupida prácticamente blanca que cada vez que despertaba la violaba, nunca le hablaba, no contestaba a sus preguntas ni respondía a sus súplicas. Esta basura le indicaba con gestos cuando quería que le practicara sexo oral, si ella se resistía la golpeaba. Cuando esta bestia se retiraba, alguien apagaba la tenue luz de la habitación quedando todo completamente a oscuras, inmediatamente ingresaban algunas personas que la asían de los brazos y la recostaban en la cama para inyectarle de nuevo algo entre los dedos de los pies... a partir de ahí todo se tornaba mucho más borroso hasta que perdía el conocimiento.

Cuando comenzaba nuevamente a recuperarlo se repetía lo del hombre grandote y barbudo... sólo en una oportunidad, cree que la última, ingresó a la habitación otra persona, recuerda que tenía la barba renegrida y que era mucho más delgado y joven que el anterior. Éste también la violó, pero fue mucho menos violento. También mencionó haber escuchado, en varias ocasiones y fuera de la habitación, hablar en un idioma inentendible para ella— Apoyó sus codos en el escritorio, su mentón en los nudillos y se quedó mirando a su subalterno.

—A Micaela la querían bajar justo en la estación Pueyrredón, pareciera que ahí tienen algo — calculó el joven, para luego proseguir con alguna teoría.

—Las que la pueden contar aparecen en cualquier parte de la Ciudad, drogadas. El padre de la chica que usted mencionó, dice que ella tiene recuerdos borrosos de cuando la llevaban por un túnel, cruzando por unas vías a una habitación. Obviamente está hablando del túnel del subterráneo. Habla también de médicos, enfermeros o algo así. De habitaciones de lujo, tal vez un hotel importante, donde seguramente le tuvieron que disminuir la cantidad de drogas con el fin de que permaneciera relativamente consciente para que el violador pudiera hacer lo suyo. También escuchó hablar en un idioma inentendible.

Tras una breve pausa aseveró:

—Es una organización de trata de blanca, probablemente internacional. Los violadores no hablan porque no entienden el idioma o porque no quieren que se sepa que son extranjeros. Tampoco eyaculan en ellas para evitar dejar rastros... son muy cuidadosos. No obstante me sigo preguntando... ¿Por qué a algunas las matan?

—Coincido... seguramente alguien se ocupa de encontrar a la persona indicada y de hacer el trabajo de inteligencia, en estos últimos casos, quizá, las víctimas deberían tener características físicas similares. Creo que buscan a aquellas que estén solas en Buenos Aires. Es por eso que generalmente apuntan a estudiantes que vienen del interior... todas seguramente para un cliente en particular. Después viene la parte operativa, el secuestro propiamente dicho. Los encargados, entre otros, podrían ser una pareja de extranjeros, dominicanos o colombianos, me inclino más por los dominicanos. Alguien en el subterráneo, obviamente argentino, colabora con ellos para facilitarle un lugar adonde llevarlas en una primera instancia, un depósito o habitación en el interior del túnel cerca de las estaciones Pueyrredón o Miserere, que son las más concurridas. A partir de ahí se hacen cargo profesionales de la salud, también seguramente argentinos, cuya función sería mantenerlas dopadas y también la de preparar los cócteles para eliminarlas, de ser necesario.

Interrumpió por un momento su exposición, se levantó del sillón y caminó lentamente hasta el gran ventanal que daba al playón de estacionamiento, entrelazó sus manos tras su espalda y mirando la gran cantidad de vehículos estacionados frente a su ventana se encogió de hombros y continuó elaborando su teoría.

—Luego, tal vez... de esto no estoy muy seguro, otro contacto argentino en un hotel internacional. Muy probable que sea en el centro de Buenos Aires. Y por último, el o los cabecillas. Estos son quienes poseen los contactos de clientes adinerados en cualquier parte del mundo, ¡ricachones que gozan violando, degenerados y pedófilos hijos de p... ! —Al advertirse irritado permaneció en silencio para tratar de recuperar la compostura. No demoró demasiado en hacerlo y volver a su habitual frialdad. Entonces prosiguió.

—Con respecto al por qué a algunas las matan... Supongo que será porque se les va la mano con la falopa y tienen que hacerlas aparecer de alguna manera, tratando de simular una muerte natural... o se quedan cortos con el dopaje y las pobres pibas escuchan o ven a quien no deberían haber visto ni escuchado jamás.

Permaneció por algún momento tratando de razonar si lo que había dicho tenía lógica. Entonces se dio vuelta y se dirigió nuevamente a su asiento. Apoyó ambas manos en el escritorio y mirando a su joven camarada prosiguió.

—Con el tema de los extranjeros se nos va a hacer difícil, este país da muchas posibilidades, pueden entrar y salir como se les antoje. Entonces, considero que debemos focalizar nuestros esfuerzos en el posible contacto en el subte y también los posibles profesionales de la salud. La punta del oவில் está en el subte, ahí debemos comenzar a buscar —García hablaba como pensando en voz alta.

—Le pedí al fiscal autorización para colocar, si es que encontramos el lugar apropiado, una camarita en el túnel. Creo que mucho no le gustó la idea pero accedió. Andá y metete en el túnel de la estación Pueyrredón del lado que va para Pasteur y buscá una puerta o portón cerca del andén, si encontras algo así, ocupáte de encontrar un buen sitio donde instalar la cámara, fijate que se pueda tener un panorama lo más amplio posible y que se vea el andén... creo que no es necesario decirte que trates de eludir las cámaras que están ahí. El momento ideal, supongo, debería ser cuando hubiera mucha gente, no sé, estudiálo, tené en cuenta que no sabemos quién o quiénes están metidos en esto, no podemos confiar en nadie que tenga que ver o trabaje en el subte. Y no vayas solo, que te acompañe mi chofer, más gente podría llamar la atención. No le podían dar mejor tarea para hacer a Gabriel, el subte y sus túneles lo tenían fascinado.

El día se presentaba destemplado y frío cuando Gabriel le pidió a Miranda, chofer del comisario, que pasara por el bar de la calle Corrientes, hacía varios días que no iba por allí y necesitaba hablar con Manuel.

Lo encontró como siempre, sentado en la misma mesa en el fondo del viejo local. Cuando el veterano lo vio venir pareció recobrar su ánimo, se levantó de un salto y fue a su encuentro para darle un fuerte y prolongado abrazo. Esta actitud conmovió al joven y lo motivó aún más para la charla.

Antes de sentarse Manuel le hizo una seña al mozo para que le trajera dos cafés (como siempre cortados con leche). Sabía que el joven tenía algo para contarle y no quería perder tiempo. Apoyó una mano sobre la otra en el borde de la mesa, se recostó hacia atrás en la silla y permaneció en silencio mirando interrogante al muchacho.

Éste se dio cuenta de la ansiedad del veterano y no se demoró en hacer una descripción impecable, sin omitir detalle alguno de lo ocurrido en el subte con las mujeres muertas, incluso habló de lo que le sucedía con Micaela.

Manuel lo escuchó atentamente poniendo especial atención a cada palabra, cortando el relato en ocasiones para hacerle alguna pregunta u observación, que en algunos casos descolocaban al muchacho.

Cuando creyó no tener más que contar se quedó en silencio. El veterano miró la taza que tenía frente a sí, con apatía la asió de la orejilla y mientras se la llevaba a la boca mencionó: —se me ocurre que tu homicida es una mujer y además es zurda. —Seguidamente sorbió un poco de café, apoyó la taza sobre la mesa y se quedó mirando a Gabriel, quien en un primer momento se mostró sorprendido, luego trató de imaginar cómo el anciano dedujo eso, pero al no hallar una rápida respuesta le preguntó.

—¿Por qué cree eso?

—¿Prestaste atención al *modus operandi*?... las dos víctimas, seguramente la tercera también, tenían un pinchazo en la parte izquierda de su cintura, obviamente la homicida, como creo yo, viajaba junto a ellas y lo hacía del lado izquierdo... tal vez con un bolso o cartera grande en su falda para ocultar su maniobra asesina y también para guardar la jeringa. En esa posición se le dificultaría manejar su mano derecha ya que su brazo estaría prácticamente apoyado al cuerpo de las víctimas, no nos olvidemos que las desdichadas viajaban bajo los efectos de alguna droga y seguramente habría que estar sosteniéndolas. La homicida en todos los casos buscó su posición más cómoda... la izquierda, sin dudas.

—¡Buena deducción maestro!

—Aunque me hubiera gustado estar en la escena... a lo mejor en la próxima —sugirió el veterano, si bien no estuvo en el lugar, pudo imaginárselo a través del minucioso relato de Gabriel.

—En los negocios de cierta relevancia que tengan que ver con drogas, armas y prostitución, siempre hay gente importante involucrada.

—Puede ser, pero hasta ahora contamos con muy poca información.

—¡Puede ser, no!... ¡Seguro que es así!... ¡Este es un dato no menor que hay que tener en cuenta!

—corrigió enfáticamente Manuel, agregando:

—Pero no te acobardes, la información llegará a su tiempo, sólo tenés que tener paciencia y ser buen observador... Decime, ¿tienen algún contacto en el subte?

—No... al menos nadie en quien confiar... por ahora vamos a colocar una cámara cerca del andén.

—Mmm... Una cámara es mucho riesgo, la podrían ver. Seguramente algún empleado de Metrovías está metido en esto, por lo tanto no sabemos cuántos más podrían estarlo, quizá hasta algún policía también... si descubren la cámara ustedes perderían un importante hilo de donde poder tirar... por lo tanto sería muy posible que estos homicidios quedaran impunes, como la mayoría en estos tiempos. Por otro lado, en cada punta del andén tenés cámaras que graban las veinticuatro horas y son monitoreadas, aunque no siempre, por empleados de Metrovías... ¿Cómo pensás hacer para evitarlas? —La respuesta fue inmediata porque ya estaba estudiada.

—Espero a que haya mucha gente en el andén para pasar lo más desapercibido posible. Con la cobertura de un compañero bajo a las vías y exploro la zona sin alejarme demasiado. Si encuentro algún tipo de cuarto u oficina, busco un lugar apropiado para instalarla y lo dejo marcado... una macana, pero lo de la cámara ya está decidido. Habrá que ocultarla lo mejor posible y confiar en

la suerte.

—Bien, sin embargo yo hubiera esperado a obtener un poco más de información para hacer esa movida.

Seguidamente se quedó cavilando, como dudando si sería conveniente aportar lo que tenía en mente. Finalmente se decidió.

—Hay que ser rápido de reflejos y asumir riesgos en casos de crímenes, antes de que el tiempo borre los hechos y las pruebas —dijo a modo de prólogo—. En el subte está trabajando desde hace varios años una compañera nuestra, ya retirada, se llama Susana Robito, durante la mañana la podés encontrar en la estación Miserere de la línea A. En otros tiempos trabajé mucho con ella, es corajuda y fue en su momento de mucha confianza... Si te parece andá a verla de mi parte. Gabriel tomó nota y se levantó, también lo hizo el veterano. Mientras se abrazaban a modo de despedida, Manuel le pidió que lo mantuviera informado:

—Así lo haré —respondió el muchacho.

Susana Robito era una mujer de baja estatura, de alrededor de cincuenta y cinco años, delgada, de piel arrugada y amarillenta, seguramente por la cantidad de cigarrillos que fumaba a diario.

Cuando Gabriel se presentó en su oficina mencionando de parte de quién venía, los ojos de la mujer parecieron iluminarse, esbozó una sincera sonrisa y haciéndose la distraída preguntó: —¿qué es de la vida de Manuel?... Por lo visto todavía se acuerda de mí... ¡pero nunca viene a visitarme!

—Él está muy bien, nos encontramos siempre en un bar de Villa Crespo.

La mujer fue inmediatamente al grano.

—Decime en qué te puedo ayudar.

Detalladamente, tratando de no olvidar nada y ante la mirada sorprendida de la veterana policía, el joven dilucidó los hechos, las sospechas y posibles hipótesis.

La mujer, visiblemente turbada parecía no creer lo que estaba escuchando, pasó la palma de su mano por su frente como limpiándose una traspiración que no existía, miró a Gabriel un tanto desconcertada, lanzó una tosecita nerviosa y preguntó: —¿Ustedes pretenden que haga algún tipo de inteligencia?

—Algo así... obviamente si usted quiere y puede... de ninguna manera queremos comprometerla.

—Se hizo un prolongado silencio hasta que la mujer policía pareció tomar una decisión.

—Acá los sindicalistas y sus hombres son como un fantasma, aparecen por todos lados... ¡si se llegan a dar cuenta que estoy investigando algo a sus espaldas estaré en graves problemas! —Repuso notoriamente preocupada. Sin embargo, pese a sus preocupaciones decidió colaborar.

—Bueno, creo que vale la pena —dijo.

—Bárbaro... gracias. ¿En qué podemos ayudar nosotros?

—Fácil... no se acerquen por este lugar hasta que yo pueda tener algo en claro, como dije antes, los hombres de los gremios y su gente saben todo lo que ocurre acá abajo.

A pesar del riesgo al que se exponía, a la ex mujer policía le gustó la idea de sentirse útil nuevamente, seguramente por ello y por las desdichadas jóvenes es que aceptó la nada sencilla tarea.

Después de intercambiar sus respectivos números de teléfonos Susana Robito señaló:

—Ni bien tenga alguna novedad te llamo.

Vestido con ropas harapientas impregnadas en alcohol y con su barba sin afeitarse en varios días, Gabriel tenía la apariencia de un indigente. De esta manera, acompañado a corta distancia por el chofer del comisario y contrariando la recomendación de Susana Robito, bajaron en la estación Pueyrredón de la línea B del subterráneo de la ciudad de Buenos Aires. Lo hicieron del lado que

se dirige a la avenida De Los Incas, la misma estación donde días atrás intentaron secuestrar a Micaela.

Pasaron los molinetes e ingresaron a un andén atestado de gente, normal por el horario elegido. Mientras Miranda simulaba estar leyendo las portadas de diarios y revistas en un quiosco del lugar, Gabriel caminó lentamente entre la muchedumbre hasta llegar al final del andén. Se detuvo frente al largo túnel a menos de dos metros de los escalones que descienden a las vías. Como el tren se demoraba, comenzó a revolver sus bolsillos y a caminar en círculos mirando al gentío, simulando estar desquiciado; de esta manera ahuyentaba a las personas y evitaba ser molestado. Ni bien se empezó a escuchar el sonido de un tren acercándose, le hizo una seña a Miranda para que se aproximara, éste lo hizo rápidamente y se ubicó a su lado. El joven ataviado de indigente giró quedando su espalda apoyada a la de su compañero y de frente al largo y oscuro túnel, volteó apenas su cabeza para que lo escuchara mejor:

—Fernando, quedáte así, ni bien llegue el tren y la gente se empiece a movilizar, me agacho detrás tuyo y bajo rápido... si ves que algún empleado del subte se acerca a esta zona, me mandás enseguida un radio así me das tiempo para ver adónde me puedo esconder. Cuando termine voy a esperar a que el andén esté repleto de gente, ahí te llamo por radio para que me confirmes que puedo subir... ¿Ok?

—Ok.

Cuando la muchedumbre apurada comenzó a ascender y descender del tren, Gabriel se escabulló detrás de su compañero y bajó velozmente los escalones que separaban el andén de las vías. Se quedó quieto por unos segundos, pensaba en lo que el veterano Manuel le había dicho, esto era una mala idea, se exponían demasiado, pero, había que seguir adelante.

Estaba de pie sobre una vereda de cemento de no más de ochenta centímetros de ancho, a su derecha las vías descansaban sobre una considerable cantidad de piedras sucias, un fuerte olor a grasa y polvo lo invadió. El frío y la humedad se hacían notar mucho más en ese lugar, pero nada de eso le impidió disfrutar por un momento del hormigueo placentero en su estómago. De arriba provenían los sonidos de las rejas metálicas cuando algún vehículo circulaba por la avenida y pasaba por sobre ellas.

Vio una puerta a no más de diez pasos de donde se encontraba, cruzó las vías para poder observarla mejor, fue entonces cuando vino a su mente el relato que le hiciera la joven víctima a su padre sobre lo que recordaba del túnel, las vías... y una puerta como la que él ahora tenía enfrente, de metal color gris, con dos importantes cerraduras, pero carecía de picaporte. Lentamente se fue adentrando en el interior del túnel tratando de no perderse ningún detalle, escudriñaba todo a su alrededor buscando algo que estuviera fuera de lugar. Descubrió tramos de vías que se dirigían por túneles diferentes, depósitos con viejos vagones en reparación. Se encontraba fascinado mirando ese mundo subterráneo en penumbras cuando se dio cuenta que había ingresado demasiado, entonces se detuvo y consideró que no sería necesario adentrarse más, seguramente el lugar elegido debería estar cerca del andén pensó, y volvió sobre sus pasos. Se paró frente a la puerta gris y le costó ver el diminuto botón negro que se encontraba muy disimulado embutido en la pared a la altura de su cabeza junto a la puerta. Se aproximó para confirmar que se trataba de un pequeño timbre. Luego se dio vuelta, necesitaba observar bien desde ese lugar lo que tenía enfrente. Una pared sucia y carente de revoque se alzaba hasta el techo abovedado, gruesos cables de color verde colocados de manera horizontal y sujetos con abrazaderas se perdían en el interior del túnel al igual que la estantería metálica ubicada sobre estos por la que seguramente serían transportados los cables chicos de una o varias instalaciones eléctricas. Imaginó que entre la estantería y los cables, en medio de las telas de araña y del polvo,

sería un buen sitio para ocultar una pequeña cámara, instalarla en diagonal, mirando de adentro hacia afuera, de esta manera se podría ver perfectamente la puerta gris, el final del andén y los escalones para bajar a las vías.

Estaba pensando en ello cuando vibró su radio, era Miranda: —¡¡¡Ojo que están yendo para ahí dos operarios!!! —Miranda no había terminado la frase cuando Gabriel se dio vuelta al escuchar una conversación detrás de él, un frío corrió por su espalda cuando vio a los hombres sobre la vereda de cemento caminando en su dirección. No había muchos lugares donde poder ocultarse ni tiempo para hacerlo, es así que arriesgando ser visto, cruzó las vías de un salto y se arrojó detrás de unas maderas dejando parte de su cuerpo descubierto, pensó que lo favorecía la oscuridad del lugar y teniendo en cuenta que vendrían algo encandilados por las luces del andén, seguramente no lo verían. Oyó a los hombres haciendo bromas groseras al momento de pasar a muy pocos metros de donde se hallaba oculto, pero a poco de andar uno de los trabajadores le tocó el brazo al otro y se quedaron en silencio, aún estaban demasiado cerca. Uno de ellos se dio vuelta, creyó que habían notado su presencia puesto que en la posición en que Gabriel había quedado, entre ellos y la luz del andén, sería muy fácil verlo. Se mantuvo quieto, como petrificado, ni siquiera respiraba. Aunque al policía le pareció una eternidad, no pasó mucho tiempo hasta que escuchara a uno de los hombres preguntarle al otro:

—¿Qué pasa, por qué te parás?

—Nada... nada, me pareció escuchar un ruido. —Se dieron vuelta y continuaron con sus bromas hasta que sus voces y risotadas se fueron perdiendo en el húmedo túnel.

Gabriel subió al andén furioso, sentía que su compañero lo había desprotegido. Fernando Miranda se dio cuenta de su error y trató de justificarse.

—¡Mirá que cuando los vi ir para tu lado te avise enseguida! —Sí... ¡Me avisaste cuando ya habían bajado las escaleras!... Ahora manejá que tenemos que llegar rápido al hospital.

Micaela se movía incómoda en su cama soportando las preguntas de su madre, sentada a su lado, y los reproches de su padre que caminaba nervioso de un lado a otro preguntándole a cuanta persona con guardapolvo se cruzara, si ya había llegado la ambulancia. Era para trasladar a su hija a un sanatorio que correspondía a su obra social en la zona de Barrio Norte. Micaela aliviaba un poco su incomodidad pensando en Gabriel, se preguntaba por qué tardaba tanto en ir a verla. No lo podía creer, recién lo había conocido y ya lo estaba extrañando. Meditaba sobre ello cuando golpearon a la puerta, su padre se apresuró creyendo que eran los camilleros que venían a trasladar a su hija, pero al abrirla se encontró con un joven desconocido, quien luego de saludar y presentarse preguntó.

—¿Puedo pasar?

—¡Sííí, pasá! —gritó Micaela desde su cama.

Casi sin poder disimular su euforia, una vez que el joven ingresó a la habitación, les explicó a sus padres quién era:

—Se llama Gabriel y es policía. Él fue quien me salvó de que me secuestraran en el subterráneo. El corazón parecía salirse del pecho, cuando la imponente figura del policía comenzó a acercarse lentamente. Como temiendo hacer ruido o algún movimiento torpe, dio la vuelta alrededor de la cama, se detuvo junto a ella y le tomó tímidamente la mano. Tuvieron que esforzarse para no descubrir lo que ambos estaban experimentando en ese momento. A pesar de

ello, la madre de la joven percibiendo lo que estaba ocurriendo, se levantó de su silla y le hizo una seña a su marido indicándole la salida, cuando éste quiso decir algo, la mujer lo hizo callar y con su mano le señaló la puerta.

Ni bien se quedaron solos el joven le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Bien...

—No pude venir antes porque estuve trabajando en lo que a vos te pasó.

—¿Y descubriste algo?

—En esto hay que tener paciencia... Pero creo que vamos por buen camino.

—¡Bárbaro!... me querían secuestrar para pedirle rescate a mis padres, ¿no?

Gabriel creyó que no sería conveniente que supiese la verdad, no en ese momento, por eso decidió ocultársela.

—Todavía no lo sabemos, pero podría ser.

—Te gusta mucho lo que hacés ¿no?

—No más de lo que me gustás vos —respondió impulsivamente bajando su mirada un tanto avergonzado por el exabrupto.

Micaela sorprendida por la compulsiva declaración, le oprimió por unos segundos la mano. —¡Va muy rápido señor policía!

—La vida es corta. Cuando me pasa algo como esto no me gusta reprimirlo, tengo que decirlo, así me siento mejor.

—¿Y qué es lo que te pasa?

—Cuando te vi por primera vez en la estación Malabia me ocurrió algo especial... no sé cómo explicarlo. —Y se quedó callado un buen rato hasta que el silencio comenzó a incomodarlo, entonces miró a la muchacha a los ojos y repuso:

—sé que te diste cuenta... La pregunta es si a vos te ocurrió lo mismo que a mí.

De nuevo se quedó callado esperando una respuesta. Micaela sonrojada no contestó, pero con su mano izquierda se cubrió los ojos y con la derecha oprimió con todas sus fuerzas la mano Gabriel. La respuesta había sido dada. La joven corrió la mano que tapaba sus ojos y se tapó la boca, no podía creer lo que estaba viviendo. El policía se inclinó sobre la cama, corrió suavemente la mano de Micaela que tapaba su boca y con mucha suavidad apoyó sus labios en los carnosos y húmedos labios de la joven. Lo que sintieron en ese mágico instante no se podría explicar.

Estaban tomados de la mano mirándose a los ojos como si el tiempo se hubiera detenido, cuando un joven médico ingresó sin aviso previo a la sala rompiendo el encanto:

—¿Cómo está hoy la hermosa jovencita?

—Bien doctor.

Respondió Micaela molesta por la inoportuna interrupción.

Gabriel se reincorporó muy lentamente y miró al médico con cara de pocos amigos.

—Bueno, ya llegó la ambulancia que te va a alejar de nosotros. Una verdadera lástima —comentó sonriente el doctor.

La joven ignoró el comentario y se dirigió a Gabriel.

—Me trasladan al sanatorio Otamendi, no sé por qué, si estoy bien... ¿Vas a ir a verme... sabés adónde queda?

—¡Por supuesto! a la noche me hago una escapada.

—¡Pero no te van a dejar entrar si no es hora de visita!

—No te olvides que soy policía y estoy investigando tu caso.

Le contestó con una sonrisa tranquilizadora y desdeñando la presencia del médico se inclinó

nuevamente sobre la cama y volvió a besarla en los labios a modo de despedida; se incorporó, acarició las blancas mejillas de la hermosa muchacha y se encaminó a la puerta mirando de reojo al facultativo.

En el pasillo los padres de Micaela estaban discutiendo e inmediatamente se callaron cuando lo vieron salir. Gabriel se les acercó:

—Quédense tranquilos que vamos a tratar de custodiarla en todo momento hasta bien tengamos en claro qué fue lo que pasó. —Dicho esto le dio un apretón de manos al padre y un beso a la madre que, encantada, se quedó mirándolo con una sonrisa mientras se alejaba.

El comisario García leía informes y copias sumariales que, compañeros y amigos, jefes de distintas comisarías, le hicieron llegar. Sus dependencias habían tenido intervención en hechos similares a los que se estaban investigando.

Le llamó la atención la gran cantidad de casos. Algunas víctimas fueron secuestradas cuando salían de un colegio secundario, de la facultad, o de su trabajo. Eran introducidas en una camioneta, muchas coinciden que sería de color blanca con las puertas corredizas a los costados. En casi todos los casos hacían mención a que les inyectaban algo con una jeringa hipodérmica o les arrojaban como un perfume al cuerpo e inmediatamente perdían el conocimiento.

García se quedó pensando en las niñas adolescentes de entre doce a diecisiete años, (en algunos casos mucho mayores), del interior de nuestro país, que son engañadas por basuras humanas, quienes se abusan de las necesidades e ignorancia de sus familias, haciéndoles creer que tienen trabajo para ellas en casas de familia en Buenos Aires. Pero cuando logran sacarlas de su provincia, las encierran en prostíbulos (seguramente avalados por “los poderosos” del lugar) en distintos lugares del país. Si su belleza, juventud o condición, no cubrieran los requisitos de estos lugares, las distribuirían en prostíbulos baratos del conurbano bonaerense o de otras provincias como podrían ser Córdoba o Santa Fe. En estos lugares las obligaban a prostituirse, cada tanto hacían que se comunicasen con sus familiares para decirles que se encontraban muy bien y trabajando en Buenos Aires, en algunos casos hasta les enviaban dinero. Generalmente se terminaban convirtiendo en drogadictas y ejerciendo la prostitución de por vida.

A diferencia de estos casos, los que ahora se investigan, captan jovencitas de clase media o media alta en Capital Federal y gran Buenos Aires. Las obligan a ejercer la prostitución durante un tiempo no muy prolongado. Lo hacen con personas importantes que demandan ese tipo de sexo y en esas condiciones, por ello pagan muy bien, exigiendo seguridad, privacidad y anonimato absoluto. Luego las dejan en libertad, saben que serían intensamente buscadas, (no así en los otros casos), y si aparecieran con vida, sus padres por lo general no querrían escarbar demasiado, se negarían a seguir con las causas judiciales para evitarle a sus hijas más trastornos a los ya sufridos... Esto los bastardos lo saben muy bien.

Mientras leía, reflexionaba. Sabía que lo que estaban investigando era otra cosa, mucho más compleja. Saben cómo usar y combinar las drogas, si tienen que matar, matan; extranjeros involucrados y tal vez también profesionales de la salud... Este negocio sí que es importante, pensaba.

*Martes siete de agosto de 2012. Once de la mañana, oficina del comisario Jesús García*

—Jefe, por intermedio de un ex compañero de mi viejo me contacté con una mujer que trabaja en el subte, se llama Susana Robito, es una policía nuestra retirada, se prestó gustosa a ayudarnos en esto y quedó en llamarme ni bien tuviera algo.

—Muy bien, pero ojo, a no confiarse demasiado en la gente de ahí.

—Sí señor, a esta mujer no le dije nada de la cámara... por otro lado creería que con el aporte que nos puede hacer, lo de la cámara está de más, digo, porque los gremialistas andan por todos lados observando todo y si la llegaran a ver...

—Y sí, existe un riesgo, pero creo que es necesario correrlo. Confío en que hayas encontrado el lugar perfecto.

—Eso espero —respondió Gabriel.

—Hoy hablé con la división redes para saber si era viable colocar la cámara en el túnel y poder ver en directo desde acá... me dijeron que sí, todo lo que necesitan está ahí, electricidad y la red de circuito de video I.P de la Ciudad. Mañana viene un especialista de esa división y ni bien cierre el subte va a desactivar las cámaras que están en el andén. Después vos y él se esconden en el túnel y que el especialista haga su trabajo. Mientras tanto vos haces el tuyo, observás y escuchás todo lo que pasa sin descuidarte. Ya les conseguí la ropa de trabajo que visten los empleados de Metrovías... ¿Te parece bien?

—Sí... ¿pero vamos a estar solos?

—Mi chofer se va a quedar en comunicación con ustedes aguardándolos en el auto, y ordené que una brigada permanezca, mientras ustedes estén abajo, recorriendo las inmediaciones, por las dudas que ocurriese algo fuera de lo previsto.

—Bárbaro.

—Ya seleccioné a un par de hombres de confianza para que estén frente al monitor en los distintos horario... Veremos qué pasa.

Los padres de Micaela tuvieron que viajar de urgencia a Chivilcoy para resolver algunos problemas laborales, a sabiendas de que su hija estaba muy bien y con el alta inminente.

Entre tanto Micaela esperaba ansiosa que le dieran el alta, soportaba estoicamente las permanentes e intrascendentes discusiones entre Roberto y Carina, hasta que en un momento determinado la discusión fue subiendo de tono; cuando estaba alcanzando ribetes de agresividad preocupante ingresó a la habitación Gabriel. Su presencia enmudeció a los contrincantes que se quedaron mirándolo con la boca abierta. El policía se paró en el centro de la habitación con el ceño fruncido y cara de pocos amigos, su mirada los taladró como un aguijón venenoso, evidentemente había escuchado el griterío. Luego de un corto silencio retumbó su vozarrón en la habitación. —¿Se pueden retirar por favor?!

—¿Y vos... Quién sos?! —preguntó molesta Carina. —Soy policía y tengo que interrogar a la señorita... Si ustedes son familiares o amigos, creo que sus gritos no le hacen nada bien... ¿No les parece? ¡Retírense!... Por favor.

Carina quiso seguir la discusión, pero la mirada resuelta y segura del policía la desanimó, entonces comenzó a caminar masticando bronca detrás de Roberto, Gabriel fue detrás de ellos y una vez que salieron hechó cerrojo a la puerta.

Micaela lo observaba embelesada, se sentía nuevamente salvada por él, su sola presencia le transmitía seguridad, calma. Su mirada la transportaba a lugares pecaminosos. Ya con la seguridad de que nadie podría entrar, Gabriel se acercó al lecho y comenzó a besarla y a acariciarla apasionadamente, el interior de la joven se inundó haciéndola arder en deseos, a pesar del esfuerzo por evitarlo, como en un placentero sueño, fue abriéndose suavemente para dejarlo entrar en ella, dulce, apasionado.

La luz estaba cortada en esa zona de la capital, Micaela y Gabriel salieron del sanatorio tomados de la mano. A pesar de que el alta estaba programada para el otro día por la mañana, su médico

accedió a dársela esa misma tarde ante tanta insistencia de ella, no sin antes protestar un poco y darle algunas recomendaciones. En la calle todo era frío y oscuridad, sólo iluminaba su camino la luna, enorme candil contra el telón aterciopelado del negro firmamento. Ella se aferró con fuerzas al brazo de su hombre. Caminaban en silencio sin saber que ese día se había sellado una historia nueva, el despertar de algo hermoso y trascendental para sus vidas.

El jefe de la división homicidios se paseaba nervioso en el interior de la oficina desde donde monitoreaban la cámara colocada en el andén. Hacía más de quince días que estaba funcionando y nada importante se había registrado. Los dos hombres experimentados que había designado para que viajaran en el subte en las líneas A, B, y en los alrededores de las estaciones Pueyrredón y Miserere, hasta el momento no habían reportado nada que les pudiera haber llamado la atención, como tampoco detectaron a personas con características similares a las descritas por todas las víctimas. Lo único irregular eran los pungas robando impunemente a los confiados pasajeros y ellos debían observar impotentes. García sabía que no los podía mantener por mucho tiempo viajando de un lado al otro, pese a que todos los días se intercambiaban entre las líneas A y B y que no permanecían demasiado tiempo en las estaciones, alguien los podría detectar o reconocer. No había terminado de ingresar a su despacho cuando el cabo Gustavo Rey (quien se encontraba observando el monitor), lo llamó por el radio:

—Señor, venga a ver esto.

García recorrió los quince metros que separaban su despacho de la oficina donde se encontraba el Cabo Rey prácticamente a la carrera, la puerta estaba abierta, entró y se ubicó a espaldas de su subalterno quien le señaló la pantalla:

—Recién un gordo tocó el timbre en la puerta, alguien le abrió y entró como una flecha.

—A ver... retrocedé la grabación.

El hombre grandote que tocó el timbre y permaneció en todo momento de espaldas al andén, por su contextura física podría tratarse del sindicalista Godoy, pensaba García, mientras miraba atentamente el monitor. Cuando la puerta se abrió tan sólo un poco, el hombre entró como empujándola, luego se cerró muy rápido.

—Rey, ¿la podés pasar de nuevo? Pero ahora en cámara lenta.

—Sí señor.

Ambos miraban intrigados el monitor mientras las secuencias se desarrollaban en cámara lenta. El hombre apareció muy rápido del interior del túnel, apoyó su hombro a un costado de la puerta y tocó el timbre, casi de inmediato le abrieron y entró. Sobre el final de la secuencia García creyó ver algo.

—Pasálo de nuevo, fijáte el momento en que el hombre está traspasando la puerta, parecería que una mano se asoma apenas y lo toma del brazo acompañando su ingreso. Si se puede congelá la imagen en ese momento.

Luego de varios intentos, el joven pudo fijar la imagen en el momento preciso.

—¿Ves?, es una mano pequeña, parece ser la de una mujer. Si observás, aunque borroso, vas a ver que se le ve un poco la manga de color blanco... Bien podría tratarse de un guardapolvo... ¿No?

—consultó el comisario tocando con su dedo índice la pantalla.

—Sí... ¡qué bárbaro! ¿Cómo lo vio señor? —García desoyó la obsecuente pregunta y repuso: — hoy hay una movida... ¡seguro!... Que les avisen a los hombres que están dando vueltas en las estaciones que estén alertas, vos, dejá a alguien mirando el monitor y ocupáte de chequear en cámara ligera todo lo que pasó hoy desde que abrió el subte... había alguien adentro de ese cuarto ¿por dónde entró? esto significa que quien estaba encargado de mirar el monitor se distrajo... ¿o acaso existe otra entrada a ese lugar?

Salió de la oficina al pasillo interno y mientras caminaba hacia su despacho sacó su celular y mandó una alerta. Estaba por ingresar a su despacho cuando alguien le respondió: —¿Sí señor? —Nene, andá ya a la estación Pueyrredón y buscá la manera, no sé cómo vas a hacer, pero escurrite a las vías sin que nadie te vea, explorá un poco la zona que rodea la habitación... Me parece que hoy va a pasar algo... Vimos hace un rato a un tipo grandote, del tamaño del gordo Godoy entrar a ese cuarto, tocó el timbre y alguien le abrió la puerta desde adentro, creería que aún permanecen ahí... Estamos chequeando las grabaciones del día porque es posible que haya otra entrada, si es así, sería más que importante encontrarla... No hace falta que te diga que estés atento y que no te expongas demasiado... ¿No?

—Voy para allá —le contestó el joven mientras terminaba de engullir una medialuna. Manuel lo miraba intrigado del otro lado de la mesa entretanto éste terminaba apurado de tomar lo que le quedaba del café cortado que minutos antes había pedido. Antes de irse pasó por el baño a cambiar un poco su aspecto y luego se tomó un tiempo para explicarle al curtido policía las últimas novedades. Manuel lo acompañó hasta la puerta del bar aconsejándolo en el trayecto: —Ojo, movéte con cuidado, no subestimes a los empleados del subte y fundamentalmente a los gremialistas que andan por todos lados... Ubicá a Susana Robito, en estas circunstancias tenés que estar en contacto con alguien de adentro... ¿Entendés?

El joven asintió con su cabeza, acomodó su mochila en su hombro y salió del bar. Mientras caminaba en dirección a la boca del subte intentó en varias ocasiones comunicarse con Susana Robito, pero como en días anteriores, su celular parecía estar apagado.

El agente Gabriel Tomasini ingresó a la estación Pueyrredón de la línea B ataviado casi como un indigente, zapatillas viejas con los cordones sin atar, enormes anteojos ahumados que le cubrían gran parte del rostro, ocultándole su cabellera tenía colocada una gorra vieja de lana negra. Afortunadamente en el andén había bastante gente, mientras esperaba la llegada del tren, pudo ver a un compañero de homicidios mimetizado entre la multitud. La idea era viajar una estación más, hasta Pasteur, aguardar que hubiera bastante gente esperando el tren y escabullirse como lo hizo anteriormente con Miranda. Una vez en las vías, volver caminando hasta la estación Pueyrredón. Era demasiada exposición, pero necesaria para verificar si existía un camino alternativo, una bifurcación en las vías, o cualquier cosa que lo llevase a descubrir otra entrada al cuarto. Además, podría llegar a ver e identificar a algunas de las personas que estuvieran implicadas en esto.

De nuevo sintió el placentero hormigueo en su estómago, estaba de pie a un costado de las vías a metros de la estación Pasteur, ajustó su celular para que sólo vibrara, se acomodó la campera para estar más abrigado y emprendió su caminata por el túnel en dirección a la estación Pueyrredón, cuando vibró su celular:

—¿Sí? —preguntó casi murmurando.

—Nene... Confirmado, debe de haber otra entrada... Nadie entró en todo el día por esa puerta. Así que, observá bien, tenemos que encontrarla.

—Ok —respondió sin detener su trote. Estaba a mitad de camino y no había ningún lugar para ocultarse en caso de que se aproximara alguna formación.

Tras llegar al final de una de las amplias curvas, comenzó a divisar a la distancia las luces de la estación Pueyrredón. A pesar de las piedras que dificultaban su desplazamiento, de la oscuridad en algunos sectores del camino, del frío, de la humedad y del olor penetrante a grasa, Gabriel se sentía muy bien, todos sus sentidos se encontraban alertas. Faltando menos de cien metros para

llegar a la estación observó que a su derecha había una bifurcación en las vías. Parecía un lugar de reparación de vagones, o un depósito de las formaciones que se encuentran en desuso. Calculó que debería caminar por esa bifurcación no más de cincuenta metros para quedar a la altura aproximada de la habitación. Aún estaba agitado por el reciente trote y ya no sentía tanto frío, un vaho blanco salía de su boca cuando exhalaba el aire de sus pulmones. Ahora más relajado sin correr el riesgo de que pasara un tren y lo pudieran ver, caminó lentamente entre los sucios vagones mirando todo a su alrededor, parecía que nadie, en años, hubiera pasado por allí. Luego de cubrir lentamente cierto trayecto, comenzó a divisar difusamente a la distancia, sobre su izquierda, lo que parecía ser una entrada, aceleró su paso. Habría ingresado unos treinta metros en el interior de la desolada bifurcación, cuando halló lo que buscaba. Una puerta que se encontraba ubicada a espaldas y en diagonal a la otra. Mismo color y tamaño. Se acercó hasta quedar de frente a no más de dos metros de distancia desde donde, asombrado, distinguió el timbre, un botón negro embutido en la pared idéntico al de la otra puerta. Cubrió los dos metros que lo separaban de ésta, apoyó una rodilla en el piso y colocó su oído en la fría chapa. Así permaneció algunos segundos hasta que en un determinado momento alejó intempestivamente su cabeza al escuchar voces en el interior. Meditó por un corto espacio de tiempo y volvió a apoyar su oído en la fría chapa. Le urgía escuchar alguna conversación, pero luego de un eterno minuto comprobó que todo sería en vano, sólo se escuchaban murmullos. Era consciente de que en cualquier momento alguien podría salir o entrar; teniendo en cuenta esa posibilidad se incorporó rápidamente y apoyó la espalda contra la pared para contemplar lo que tenía enfrente. Un vagón le estorbaba la visión, entonces cruzó las vías rodeándolo para ver lo que había del otro lado. Fue grande su sorpresa cuando descubrió una puerta similar a las anteriores. Por debajo de ésta salía un haz de luz, no había ningún timbre a la vista. Pero como las otras, no tenía picaporte, sólo un orificio para la llave. Se acercó sigilosamente tratando de hacer el menor ruido posible, apoyó una rodilla en el piso y espió por el ojo de la cerradura. Detrás de la gruesa puerta de chapa había una sala muy iluminada la que se encontraba completamente vacía, parecía ser sólo un lugar de paso, en el fondo se advertía una ancha escalera de cemento, por la cual, supuso, se saldría a la superficie. Se alejó del lugar para tomar contacto por radio con el comisario. Entre tanto esperaba que le contestara, procuró buscar un sitio adecuado para poder vigilar las puertas sin ser visto, tarea que no resultó demasiado difícil, había viejos asientos de madera dispersos a lo largo del túnel, a estos se les podría buscar una buena ubicación y ayudado por la penumbra reinante se armaría un excelente lugar de observación.

Pensaba en eso cuando el comisario respondió a su llamado:

—¡Dame buenas noticias nene!

—Encontré la otra entrada jefe. Hay una puerta igual a la otra, con timbre y todo. Está en una bifurcación que hacen las vías treinta o cuarenta metros antes de llegar a Pueyrredón, ahí se abre un ramal a la derecha, pareciera ser un viejo taller de reparaciones o un depósito de vagones en desuso. Esto está justo en la parte trasera del cuarto en cuestión, todavía hay gente adentro porque escuché murmullos, pero nada claro. Enfrente, cruzando las vías hay otra puerta igual a las anteriores, fui hasta allá y como vi luz por debajo, espié por la cerradura... hay una salita iluminada y al fondo una escalera de cemento.

—¡Buen trabajo nene!... Quedáte lo más oculto posible hasta que salga alguien... por ahí puedes llegar a ver alguna cara... pero ojo, pase lo que pase no hagas nada, sólo observación.

No estaba terminada la conversación cuando lo sorprendió el característico ruido metálico de llaves al abrirse una puerta e inmediatamente después se escucharon voces, como estaba de espaldas giró velozmente y al ver que alguien estaba saliendo del cuartito se arrojó detrás de unos

destartalados asientos, asomó cuidadosamente su cabeza por detrás. Le pareció que la persona que había salido primero era el gordo Godoy, pero no lo podía confirmar, a éste lo seguía un hombre con guardapolvo blanco quien forcejeaba tratando de arrastrar una camilla a través de la puerta. Una mujer, también con guardapolvo blanco, la iba empujando. Desde su posición no podía distinguir con claridad los rostros. Las voces le llegaban claras, entonces decidió arriesgarse y levantó un poco más su cabeza por sobre el respaldo intentando ver alguna cara, pero por la ligereza con la que se movían sumado a la muy poca iluminación de la zona se le hizo imposible poder divisar algún rostro.

Para cruzar las vías y rodear el vagón tuvieron que replegar las ruedas de la camilla y cargarla a mano, el cuerpo gigante del aparente sindicalista impedía ver la camilla. Cuando estaban llegando a la puerta que los llevaría a la superficie, ésta se abrió desde adentro, evidentemente alguien del otro lado se encontraba aguardándolos. El primero en traspasar la puerta fue el hombre corpulento, luego quien venía arrastrando la camilla por delante y finalmente lo hizo la mujer empujándola. Segundos antes Gabriel se incorporó, casi se puso de pie para ver mejor. La mujer quedó de espaldas a él, no pudo ver su rostro, pero sí pudo ver claramente en la camilla un cuerpo tapado hasta la cintura. Al momento de ser ingresado al interior de la sala iluminada y por una fracción de segundos logró ver el rostro aniñado de una joven, de cabello rojizo, la cabeza ladeada y sus ojos parecían estar entrecerrados.

Se sintió impotente, no podía hacer nada en ese momento... entonces se dio vuelta y corrió para alejarse de ese lugar, necesitaba hablar sin correr el riesgo de ser escuchado.

—¡Jefe!

—Sí... ¿Qué pasa?

—¡Recién salieron arrastrando una camilla una mina y un tipo, los dos con guardapolvo blanco, no les pude ver la cara, me pareció que el gordo Godoy iba con ellos!... ¡En la camilla llevaban a una piba!... ¡Era casi una nena!... Estaba medio dormida... ¡Y yo como un boludo no supe qué hacer!... ¡Mandé a algunos hombres para acá a ver si los ven salir!

—Calmáte, hiciste bien en no hacer nada. No creo que alguien llegue a tiempo para ver nada, de todas maneras me fijo si alguna brigada anda cerca. Vos quedáte un par de horas por si las dudas alguien volviera, después vení para acá. Anoche leí una declaración y algo me llamó la atención, necesito que vos chequees algo.

¿En qué momento ingresaron a esa chica al cuarto?... entraron por el mismo lugar que por donde luego la sacaron... ¿Pero cuándo? ¿Quién era esa joven?... ¿Estaba recientemente secuestrada o la estaban llevando para liberarla drogada en algún lugar de la ciudad?... Si la fueran a matar, supongo que no la habrían sacado a la calle... ¿Tal vez la estaban trasladando a una lujosa habitación en algún hotel? Se preguntaba preocupado el jefe de la división homicidios.

Hacía más de diez horas que Gabriel estaba vigilando las puertas en el túnel luego de que el comisario le dijera que lamentablemente no se llegó a tiempo para ver nada.

Ya era entrada la noche cuando el comisario se dio cuenta de la ausencia de Gabriel, no había llamado en ningún momento ni había venido a su oficina, como por la mañana él le ordenara.

Temiendo que le hubiera ocurrido algo buscó su radio entre los papeles dispersos en su escritorio y lo llamó: —Sí jefe lo escucho.

—¡Dónde carajo estás, nene!

—Sigo acá abajo Jefe, estos hijos de puta en algún momento tienen que volver. Estar bajando a cada rato implica mucho riesgo, en algún momento me podrían descubrir... necesitamos ver alguna cara y confirmar si al que vi fue realmente al gordo Godoy.

—¡Salí ya de ahí y hacelo bien para que nadie te vea!... ¡Te quiero en mi oficina en media hora!

Le ordenó enérgicamente.

En el playón de estacionamiento sólo quedaban algunos móviles oficiales junto a los vehículos de los policías que cubrían las guardias nocturnas de las distintas divisiones de la superintendencia de investigaciones. Hacía más de una hora que la guardia nocturna se había hecho cargo de la división homicidios.

Gabriel permanecía de pie en la puerta de la oficina del comisario mientras éste firmaba papeles ignorando su presencia. Se sentía desfallecer del cansancio, estaba sucio y hambriento.

Luego de interminables cuatro o cinco minutos dejó la lapicera sobre su escritorio, se sacó los anteojos, los apoyó en los papeles que minutos antes había estado firmado y observó de reojo al hombre que lo miraba desde la puerta. Cruzó sus brazos, se reclinó hacia atrás en su cómodo sillón y fustigó con su mirada al muchacho al tiempo que le decía: —muy bien, ¡miren al investigador de homicidios!... Veamos qué ha logrado en esa larga y solitaria cruzada... ¡Obviamente nada! Sólo perder el tiempo e involucrarse sentimentalmente en una pesquisa.

Mirá nene, el trabajo del investigador es un trabajo frío, sin emociones que conlleven a errores. Para investigar hay que pensar, y para eso hay que dejar de lado las estimaciones personales... ¿estamos de acuerdo, no? El joven no supo qué responder. Entonces el Comisario continuó hablando.

—Valoro tu sacrificio, pero no era necesario. Ahora ya sabemos algo más, conocemos las entradas y salidas a ese lugar, en la próxima movida que hagan no nos tomarán por sorpresa y no tendremos necesidad de improvisar, si se nos ocurriera los podríamos estar esperando arriba y abajo, de esta manera nadie se escaparía... por lo menos estos perejiles... Porque para llegar a sus cabecillas necesitaríamos más tiempo, quizá chupadas de teléfonos, seguimientos, filmaciones, más sacrificio y trabajo... en síntesis, deberíamos tratar de reunir las pruebas suficientes que los vinculasen con los homicidios!... Pero valdría la pena voltear a todos... ¿No?...

De nuevo Gabriel se quedó sin palabras, estaba demasiado cansado para arriesgar alguna respuesta que apoye o justifique su absurdo proceder.

García le pidió que apagara su celular y luego le señaló con su mano un sillón frente a su escritorio, donde el joven inmediatamente se dejó caer exhausto.

—Decime nene cuando sondeaste a las víctimas, me refiero a las coincidencias entre ellas... ¿Hubo algo que te llamara la atención?

El joven dudó, estaba confundido, el cansancio no le permitía pensar con claridad. García se daba cuenta de esto y lo hacía un poco adrede. Se quedó mirándolo aguardando una respuesta como si disfrutara el verlo en ese estado. Luego se levantó de su sillón y fue hasta la máquina de café; mientras llenaba su tazón personal, el típico aroma invadió la oficina. Se acercó al joven maltrecho con la taza en su mano y se la ofreció: —Tomá, a ver si esto te aclara un poco las ideas.

Sorbió un largo trago con avidez, luego apretó con ambas manos el tazón, lo apoyó en sus piernas y contestó la pregunta: —No... A no ser lo que ya sabemos. Que todas viajaban en subte y trabajaban o estudiaban en la misma zona.

El comisario se quedó esperando algo más sin sacarle la mirada de encima, pero cuando el silencio comenzó a molestarlo, apoyó sus manos en el escritorio y de mala gana decidió contarle: —En estas últimas horas, mientras vos estabas en tu cruzada solitaria, interrogué a una víctima y telefónicamente me comuniqué con otras. Lo hice también con padres, familiares y amigos, incluidos los amigos y conocidos de las fallecidas... ¿Sabés por qué?... Porque ojeando dos de las declaraciones que en su momento te di a vos, algo me llamó la atención. Una era de un padre, su hija apareció drogada por Parque Lezama, y la otra de una adolescente que luego de una semana de desaparecida apareció deambulando por Recoleta. En las dos declaraciones se mencionaba un bar... Un bar frente a la facultad de medicina que estas jóvenes frecuentaban casi todos los días. —Hizo un prolongado silencio sin dejar de mirar a su subalterno por encima de sus anteojos. Como éste no se dio por aludido continuó.

—Bueno, creo que está más que claro, ¿no? Esto fue lo que motivó que me comunicara con toda esa gente... ¿Y adivina qué?... Todas las pibas que fueron secuestradas, liberadas o asesinadas... Estudiantes de medicina, de odontología, de nutrición, de economía, y empleadas administrativas de la zona, todas, frecuentaban el mismo bar... Esto es lo que las vincularía, las coincidencias que buscábamos... En ese bar podría ser que seleccionaran a las futuras víctimas.

Gabriel sorprendido no supo qué contestar, ese era el trabajo que debería haber hecho él, se dio cuenta que debería empezar a controlar sus emociones. Miró a su jefe que aún permanecía en silencio observándolo y sacudió su cabeza como comprendiendo y admitiendo sus errores.

—Nene, el hombre humilde nunca deja de aprender, crece todos los días, en cambio, el necio, soberbio que cree sabérselas todas, lentamente se hunde en el lodo de la más absoluta ignorancia. Recordá que todos los días tenemos la obligación de aprender algo, sino, diría que no vale la pena esta vida... Me olvidaba, puse a un hombre para que siga, con mucha discreción, hasta debajo de la cama al gordo Godoy, si el del túnel era él, seguramente en algún momento se va a contactar con los secuestradores... Ahora andá a descansar, mañana te quiero bien temprano por acá. Le ordenó con una sonrisa paternal.

Micaela se hallaba sola en la habitación, sentada en su cama trataba de memorizar unos apuntes de anatomía. Cada tanto echaba un vistazo a su teléfono celular, estaba preocupada por Gabriel, hacía un largo tiempo que no respondía a sus mensajes de texto y cuando intentó llamarlo su celular le dio apagado.

Durante las últimas diez horas estuvieron permanentemente comunicados. Sabiendo lo que él estaba haciendo en el túnel del subterráneo, ella trataba de levantarle el ánimo hablándole por teléfono o mandándole mensajes de texto, en ocasiones eran conversaciones románticas, sensuales o risueñas.

Apenas salió al playón de estacionamiento, el exhausto policía tomó su celular para comunicarse con Micaela, pero ni bien lo encendió comenzó a vibrar: —¿Si?

—¿Gabriel? —preguntó una voz femenina.

—Sí doctora, ¿cómo le va? —La ex mujer del comisario García captó inmediatamente el cansancio en la voz del muchacho.

—Bien... Disculpe si soy inoportuna.

—No doctora, por favor, la escucho.

—Bien. Ya tengo todos los datos personales de la adolescente... tiene dieciocho años, es estudiante de odontología, vive con sus padres en Buenos Aires, en el barrio de Villa Urquiza y dice no recordar nada... pero yo no le creo, antes de hablar conmigo lo hizo con su madre. Luego su madre me dijo que no quería saber nada de declaraciones ni nada que pudiera perturbar a su hija. Creo que la chica se acuerda de algo pero jamás lo va a decir.

—¿Le pudo preguntar en qué viajaba a la facultad?

—Sí. Normalmente lo hacía en colectivo directo a la facultad... pero a veces iba en colectivo hasta Chacarita y de ahí en subte... casualmente el día que la secuestraron estaba viajando en subte. Justo cuando me estaba hablando sobre eso entraron sus padres y me pidieron que no le preguntara nada a su hija sobre lo que le había ocurrido, que el recordar por lo que había pasado le hacía daño. Una pena... creo que es muy egoísta lo que hacen.

—Y sí, pero es entendible —agregó Gabriel.

—¿Ustedes tienen alguna novedad?... ¿pudieron averiguar algo... alguna pista que seguir? Realmente me quedé muy preocupada por esa nena... ¡los chacales que le hicieron eso la tienen que pagar!

Gabriel percibió en esa voz una exagerada preocupación, por lo general los médicos son más fríos y no suelen involucrarse en este tipo de casos, algo no estaba bien, es por ello que fue cauto.

—Nada doctora. Lamentablemente no tenemos nada. Estos chacales, como dice usted, son muy inteligentes y saben cómo manejarse sin dejar huellas... Pero, quédese tranquila, seguimos investigando, ni bien tengamos algo yo la llamo.

—¡Por favor!... Se lo voy a agradecer mucho Gabriel —ahora su voz sonó sosegada y cautivadora.

El joven decidió evaluar esta conversación más tarde, luego de darse un baño con agua caliente y de dormir unas cuantas horas. Mientras caminaba por la playa de estacionamiento en busca de su viejo Peugeot 504, heredado de su padre, llamó a Micaela, quien respondió al primer timbre:

—¡Por Dios Gabriel me tenías preocupada! ¿Dónde estás?

—Ahora saliendo de mi trabajo. Estaba en una reunión con el comisario y tuve que apagar el celular,

Subió a su auto y salió del estacionamiento. La ciudad estaba desierta y cubierta por una densa bruma. Mientras recorría sus calles en dirección a su domicilio continuó hablando con Micaela de lo ocurrido durante el día. Coincidieron en que se extrañaban y quedaron en cenar juntos a la noche en casa de Gabriel. Estaba por cortar cuando se acordó del bar de la facultad: —decime Micky, ¿vos solías ir al bar que está frente a la facultad?

—No... yo no, creo que nunca entré siquiera. Pero la mayoría de mis compañeros y algunos pocos profesores lo frecuentan... ¿Por qué?

—A la noche te explico bien.

Le costó conciliar el sueño, se acordaba avergonzado lo arrebatado y poco observador que había sido, lo mal que había quedado frente a su jefe. También lo perturbaba el hecho de que Micaela, contrariamente a la mayoría de las otras secuestradas, no frecuentaba el bar de la facultad.

Entonces, las coincidencias que su jefe había encontrado, ¿eran sólo fruto de la casualidad, o algo diferente había ocurrido en el caso de Micaela? Tenía que comentárselo al comisario y hablar mucho con Micaela... Pero, finalmente el sueño lo venció.

García estaba reunido con alguno de sus oficiales en la oficina de judiciales cuando comenzó a sonar su teléfono celular. Se trataba de Diego Miño, jefe de una comisaría en la zona de Palermo y

compañero de promoción. García se alejó del grupo de oficiales y atendió la llamada.

—Dieguito, ¿cómo estás?

—Bien Jesús... Creo que tengo algo que te puede interesar. —Te escucho.

—Apareció una piba de dieciséis años deambulando drogada

por los bosques de Palermo, alguien hizo la denuncia y una ambulancia del same la trasladó al hospital Fernández... ¿Hasta ahí me seguís?

—Sí dale.

—Sus padres habían denunciado su desaparición hace doce días en mi comisaría... Hoy, cuando me enteré que una piba con características similares estaba en el hospital Fernández, fui personalmente y gracias a Dios se trataba de esta chica. Hablé con la médica que la revisó para saber en qué estado se encontraba... tenía que comunicarle la noticia a sus padres y sería bueno darles una buena noticia. La médica me dijo que cuando llegó al hospital estaba bajo los efectos de algún tipo de sedante muy fuerte. Ahora estaba recuperándose muy bien. Y, de manera muy confidente me dijo que la joven presentaba inconfundibles signos de violación.

—¿Por qué hicieron la denuncia en tu comisaría? ¿Viven en la zona? —preguntó García.

—Sí, son de la zona, el padre tiene un negocio de ventas de insumos médicos y ortopedia cerca de la facultad de medicina, pero viven acá, en Palermo.

—¿Cerca de la facultad de medicina?... Voy ahora para allá ¿podremos hablar con la chica y con sus padres?

—Si venís ahora te vas a encontrar con sus padres que deben de estar por llegar.

García creía que en estos casos, si se quiere obtener una declaración relativamente completa, aunque ésta sea de carácter informal, hay que tratar de hablar lo antes posible con las víctimas o con sus familiares, con las emociones de ese momento, por lo general las personas suelen estar sensibles y dispuestas al diálogo. Pero, con el paso de los días se van poniendo mucho más reticentes a suministrar cualquier tipo de información, fundamentalmente aquellas que tengan que ver con su intimidad.

Cuando García salió al estacionamiento vio desaparecer del cielo gris los últimos rayos de luz y el frío del anochecer lo envolvió.

Ya era noche cerrada cuando ingresó a la guardia del hospital Fernández. Sentado en un banco frente a la sala de enfermeras se encontraba aguardándolo el comisario Diego Miño, hombre de estatura media y abdomen prominente. Estaba acompañado por un oficial de su brigada.

Luego de saludarse con un abrazo, Miño le presentó a su acompañante.

—Jesús, te presento al principal Tapia, es el jefe de mi brigada e hijo del comisario mayor... ¿Te acordás?

El oficial principal Osvaldo Tapia, que se había incorporado rápidamente al ver ingresar al famoso comisario Jesús García, y que luego se quedó mirándolo obnubilado mientras éste se saludaba con su jefe, tímidamente le extendió su mano. En el rostro del joven oficial se podía apreciar el respeto y la admiración que sentía por el renombrado jefe de homicidios.

—¿Cómo me voy a olvidar! ¡Fue un gran tipo y extraordinario policía! Un gusto estrechar la mano de su hijo —y apretó con fuerza la mano del oficial.

—¿Ya llegaron los padres? —preguntó García ahora dirigiéndose a Miño.

—Sí señor, yo fui uno de los primeros en hablar con Violeta, y hace un rato me tomé la libertad de preguntarles algunas cositas a sus padres— Contestó Tapia como mostrando su iniciativa.

—Bien... Pero me gustaría hablar con ellos, tengo una o dos preguntas puntuales que necesito me respondan y nada más... ¿Puede ser?

Tapia se molestó consigo mismo, se sentía avergonzado, era obvio que si se tiene que recabar información específica para la investigación de un homicidio, lo tiene que hacer quien lo está investigando y no él. No entendía cómo se pudo poner a interrogar a alguien si no sabía qué se estaba buscando. García amablemente le apoyó una mano en el hombro y le volvió a preguntar. — ¿Se puede o no hablar con esta gente?

—Sí... sí jefe, acompáñeme.

El Oficial Principal tomó la delantera seguido por los dos comisarios. Durante algunos minutos recorrieron los fríos pasillos del hospital hasta llegar a una escalera en cuyo primer piso se encontraba la sala de internación de mujeres. Ya había terminado el horario de visitas, los pocos familiares que quedaban se hallaban conversando en la sala de espera. Como Tapia no vio entre ellos a los padres de la joven, ingresaron a la sala. Las camas en ambos costados del amplio salón se encontraban separadas entre ellas por biombos, el fuerte olor a desinfectante típico de todos los hospitales parecía incrementarse más en ese lugar. El pasillo central era amplio, las enfermeras caminaban rápido y silenciosamente por él.

Los padres de la adolescente se encontraban a ambos lados de la cama de su hija tomándole la mano, el primero en acercárseles fue el comisario Miño, García y Tapia permanecieron respetuosamente a cierta distancia. Luego de un corto lapso de tiempo en que Miño dialogó con los padres, les hizo una seña con su mano para que se acercaran.

—El señor es el comisario Jesús García, jefe de la división homicidios, al joven ya lo conocen — refiriéndose al oficial Tapia. Luego se dirigió a García:

—Jesús, éste es el señor Apella y su señora esposa, son los padres de Violeta, ya les expliqué por qué estás acá y no tienen ningún inconveniente en colaborar con las preguntas que sean necesarias. Todos se encontraban en derredor de la alta y blanca cama de hospital, a la joven se la notaba un poco incómoda, pero lúcida y atenta a lo que García les iba a preguntar, aunque no podía ocultarse el miedo y la profunda tristeza reflejada en su mirada. Al jefe de homicidios le llamó la atención lo jovencita que se veía Violeta y sus cabellos rojizos, porque se acordó de lo que vio Gabriel días atrás en el túnel del subte. La joven niña de cabellos rojizos que fue sacada en una camilla. García no quería focalizar sus preguntas en Violeta, temía confundirla, abochornarla o asustarla. Es así que cuando preguntaba se dirigía a todos, evitando hacer preguntas directas.

La conversación fue amena y distendida, en la que el hábil jefe de homicidios hacía sus preguntas en el momento justo, logrando una respuesta inmediata y seguramente veraz; el joven Tapia estaba maravillado escuchando cómo se debe obtener información interrogando a alguien de manera discreta, creando para eso un clima agradable, distendido, logrando que todos se sientan cómodos con la charla, alejándose de lo que pudiera llegar a molestar y acercándose por otro lugar lentamente hasta lograr la respuesta requerida sin ofender ni incomodar a nadie.

La conversación se extendió por casi una hora, el comisario García estaba muy conforme y agradecido. Saludó amablemente a la joven y a sus padres, apoyó una mano en el hombro del comisario Miño y le dijo en voz baja:

— Gracias Dieguito... Te espero afuera. —Y salió de la sala seguido por el oficial Tapia.

Casi de inmediato lo hizo Miño y en silencio caminaron los tres hacia la salida del hospital.

A pesar de lo intrigado que estaba Tapia, no le preguntó nada al jefe de homicidios respecto a las preguntas que hizo, por qué las hizo, o si había encontrado algo de importancia para su

investigación. García interiormente agradeció la discreción y finalmente se despidió con un apretón de manos.

Ya en su oficina comenzó a volcar en su computadora, como siempre lo hacía, toda la información que había obtenido en la reunión con Violeta y sus padres. La joven recordaba que mientras caminaba, luego de salir del colegio en la zona de Palermo, alguien la empujó de atrás, cuando volteó para ver quién era, una mujer corpulenta la tomó de un brazo y le pidió disculpas. A partir de ahí todo se hizo confuso. Recordaba una camioneta blanca donde cree que la ingresaron. Una cueva muy oscura, o algo así, pinchazos en los dedos de los pies. Y más claro, una habitación bastante lujosa, en penumbras, donde fue reiteradamente abusada. Dijo que luego de ser abusada la dejaban a oscuras, e inmediatamente ingresaba alguien que le inyectaba algo doloroso entre los dedos de los pies. Ni bien finalizaba se quedaba junto a ella en silencio, sin hacer nada, hasta que en un determinado momento en que empezó a sentirse adormecida y antes de perder el conocimiento, como en un sueño, recordaba sentir unas manos que le acariciaban suavemente todo su cuerpo, luego la besaban en la boca. Ella está convencida que era una mujer, por el perfume que usaba y la delicadeza con que la trataba. Dijo no tener imágenes claras de nadie, ni tampoco haber escuchado voces. Y como las otras, solía esporádicamente frecuentar el bar de la facultad.

Miró su reloj, se levantó de su escritorio y caminó hasta la ventana, mientras observaba la oscuridad sólo iluminada por la luna, consideró que ya era demasiado tarde para llamar a Gabriel. Tomó su sobretodo del viejo perchero de madera, apagó las luces y salió de la oficina. Se sentía muy cansado, pero no quería ir a su departamento, antes necesitaba distenderse, tomar un trago y pensar un poco. Muchas cosas de este caso le estaban molestando. Salió y se perdió en la fría noche de Buenos Aires.

DEL AUTOR

Gabriel despertó de madrugada sobresaltado por una pesadilla. Se sentó en la cama y volteó a un costado, tranquilizándose cuando entre penumbras pudo distinguir la espalda desnuda y los largos cabellos negros de Micaela, acercó su rostro al de ella y escuchó su suave respiración, percibió el agradable aroma de sus cabellos. No podía creer tenerla ahí, profundamente dormida a su lado.

Se quedó por un momento pensando lo que ella le dijera durante la cena. Que jamás entró al bar de la facultad, sus temores por lo que ocurría con el profesor de anatomía Sáenz, También hablaron de Roberto y Carina. Pero, no era ese el momento de pensar en eso, ya habría tiempo para hacerlo. Se acurrucó detrás de ella y la abrazó. Pese a la larga desenfadada e intensa noche de sexo que habían tenido, el simple contacto con su piel lo volvió a estremecer. Paulatinamente se fue relajando hasta entrar en un profundo sueño.

Los húmedos y carnosos labios de Micaela lo despertaron temprano por la mañana:

—¡Buen día bello durmiente!... recién estuvo sonando tu celular.

—¿Qué hora es? —consultó Gabriel mientras se desperezaba.

—Las ocho y diez. Antes del mediodía tengo que estar en la facu.

—Por favor Micky ¿me alcanzarías el celular?

La muchacha sólo tenía puesto una larga remera color blanca cuando se levantó para ir en busca del celular al living, intencionalmente levantó apenas su remera para dejar ver una parte de sus firmes y desnudas nalgas, así caminó lentamente en puntas de pié contorneando sus caderas, poco antes de llegar a la puerta se detuvo y miró con una sonrisa provocadora por encima de su hombro a Gabriel, para luego desaparecer tras la puerta del dormitorio. Gabriel estaba con la boca abierta, fascinado y tremendamente excitado.

Micaela volvió sonriendo con el celular en su mano sin imaginarse lo que su reciente actuación había provocado en él. Cuando estiró su brazo para alcanzarle el aparato, éste se apoderó de su frágil muñeca y la atrajo con relativa violencia a la cama sin causarle ningún daño. Lo que sucedió en la siguiente hora y media es fácil de imaginarlo.

—¿¡Dónde estás nene!?!... ¿Te tomaste las vacaciones sin avisar? Son las dos y media de la tarde ¡Vení ya para mi oficina! —chilló la radio en la silenciosa habitación.

Con la cara contra la almohada buscó mecánicamente su radio en la mesa de luz, como aún seguía adormecido, con un torpe manotazo la tiró al piso. Se dio vuelta para quedar boca arriba, estiro sus brazos desperezándose y giró el izquierdo para mirar la hora en su reloj pulsera. Cuando tomó conciencia de lo tarde que era se levantó como un rayo de la cama. Tomó el radio del piso y mientras trataba de contestar la llamada del comisario ojeaba la nota que Micaela le dejara sobre la mesa de luz. “Amor me dio mucha pena despertarte. Me fui a la facu... ¡¡Te requiero!!

Contrariado por el descuido de Micaela al no despertarlo, respondió la llamada del comisario: —perdón jefe... me quedé dormido. Ya salgo para allá.

A las tres y veinte de la tarde ingresó agitado a la oficina del comisario, sin siquiera pedir permiso se ubicó en el sillón frente al escritorio:

—Me quedé dormido...

—¡Mirá vos... No me había dado cuenta! —contestó García en

tono irónico.

—Jefe, ayer estuve hablando con Micaela Páez. La chica que intentaron secuestrar... la que estuvo internada en el Durand que los padres son de Chivilcoy.

—Sí, me acuerdo... Seguí.

—Esta chica jamás entró al bar de la facultad.

—¿Y?... ¿Cuál es el problema?

—Que no todas son captadas ahí.

—Obvio... puede ser. Lo que digo es que sin duda los marcadores, por lo general, se manejan en ese bar... Esta chica, Micaela, hasta podría haber tenido algún tipo de vinculación con alguno de ellos sin saberlo. No necesariamente todas tuvieron que ir al bar... También la podrían haber marcado en los alrededores de la facultad... Todo puede ser... Pero te repito, en el bar hay algo importante, un hilo de donde podríamos empezar a tirar. —Alguno de nosotros debería empezar a frecuentarlo. —No, primero sería bueno vigilarlo desde afuera, ver el movimiento. No te olvides que no conocemos a nadie y la mayoría de los que van son habitués, uno nuevo llamaría la atención. Vamos a esperar a que se vayan sucediendo los hechos, seguramente en algún momento tendremos una oportunidad... Por otro lado, ¿Te acordas de la piba que viste en una camilla en el túnel del subte, esa de pelo rojizo que te pareció una nena y te motivó a comerte diez horas ahí abajo?

—Sí, cómo no me voy a acordar.

—Creo que ayer estuve conversando con ella y con sus padres en el hospital Fernández. Tiene dieciséis años y se llama Violeta, cara de niña y cabello rojizo. —Hizo silencio y miró a Gabriel por arriba de sus anteojos.

El asombro en la cara del muchacho era inocultable, pero antes de poder articular palabra García prosiguió:

—Después de estar desaparecida, apareció deambulando drogada por los bosques de Palermo... Tenía algunos pocos pinchazos entre los dedos de sus pies y signos de haber sido violada... Ella también recuerda un túnel oscuro, en realidad dijo una cueva, y con mucha claridad una habitación muy lujosa donde la abusaron... Lo nuevo en este caso, es que se acuerda como en un sueño, según sus propias palabras, que luego de ser abusada la habitación se quedaba a oscuras, entraba alguien que le aplicaba una inyección entre los dedos de los pies, y antes de caer en sueño sentía como la manoseaban y la besaban en la boca... ella está segura que se trataba de una mujer.

—¿La que empujaba la camilla que tenía puesto un guardapolvo de médica!

—Podría ser... pareciera que le gustan las chicas. —¿De dónde la secuestraron?

—A pocas cuadras de un colegio secundario al que ella concurre en Palermo. Sintió que la empujaron de atrás. Cuando se dio vuelta, vió a una mujer morocha, bastante gorda. Lo último que recuerda es cuando la subían a una camioneta de color blanca. Pero mirá que casualidad, su padre tiene un negocio de insumos médicos cerca de la facultad de medicina. Algunos días por la

tarde, o en vacaciones de invierno y de verano ella lo ayuda en la parte administrativa... ¿Y adivina qué?

—¿Iba al bar de la facultad?

—¡Exacto!... ¿Ves? siempre llegamos a los mismos lugares, el subte y el bar de la facultad. Indudablemente esos son los sitios donde generalmente se manejan estos tipos... Supuestamente hay gente de la salud involucrada, la mayoría de las chicas son captadas cerca de la facultad de medicina, casualidad tal vez...

Lo que me preocupa es que si son realmente profesionales, debemos ser muy cuidadosos y no cometer errores.

—Jefe... ¿qué pasó con el seguimiento al gordo Godoy? —El primer día que lo seguimos desde la mañana anduvo recorriendo todas las estaciones principales. Adónde iba lo acompañaban varios secuaces observándolo todo a su alrededor, algunos se quedaban retrasados y otros iban por delante, saben

cómo hacer las cosas. El segundo día tuvimos que abandonar el seguimiento, casi detectan a nuestro hombre a pesar de lo discreto y cuidadoso que fue... Veremos si podemos acercarle alguna

carnada por intermedio de tu amiga... ¿Susana se llama no? —Sí, Susana Robito... Hace varios días que su celular da

como si estuviera apagado, y no quiero pasar por su trabajo para evitar comprometerla, el gordo Godoy me conoce.

Se le ocurrió algo mientras estaba hablando, lo estudió rápidamente y se lo consultó al comisario:

—¿Puedo pedirle a su

secretaria que vaya hoy a ver a Susana a su trabajo? ... por lo menos para ver qué pasa, y si está todo bien, hacer una cita con

ella lejos de su trabajo.

—Bien. Paula está en la oficina de administración, andá, Decile que yo lo autoricé, ponéla al tanto y mantenerme informado.

Paul Rivera era una joven muy perspicaz y sabía cómo hacer su trabajo. Es así que luego de todo un día de búsqueda, viajes y averiguaciones, pudo establecer que Susana Robito se encontraba desaparecida desde hacía varios días, sus familiares habían radicado la denuncia en la comisaria de Paso del Rey en la provincia de Buenos Aires e informaron inmediatamente a su lugar de trabajo pidiendo ayuda, le explicaba la joven policía a Gabriel. Ambos se encontraban en el interior de una de las oficinas de la división homicidios, la que extrañamente por el horario estaba desierta.

—La pareja de Susana es un hombre mayor que perteneció a la fuerza... llegó a la jerarquía de Sargento y por una enfermedad se tuvo que retirar antes. Me dijo muy apenado que nunca más pudo hacer otra actividad, dependía en todo de su mujer. Con respecto a la desaparición de ella, él sabía que se encontraba tratando de averiguar algo que estaba pasando en el subterráneo. Una tarde, cuando seguía a alguien por uno de los túneles, cree que la vieron... Ese día vino muy asustada y él la tranquilizó. Al otro día salió temprano para su trabajo... pero nunca llegó. El hombre no recuerda que le haya mencionado a alguien en particular, algún nombre o apodo... ¡Se me partió el alma cuando lo vi llorar!

Luego de agradecer el buen trabajo de la muchacha, Gabriel se quedó pensando mientras ella se

retiraba de la oficina... Si algo grave le pasó es porque quizá confió en quien no debería o se arriesgó demasiado. Lo que no entendía era por qué cuando tuvo ese encuentro en el túnel que tanto la preocupó no se comunicó con él.

Había que comenzar a contestarse algunas preguntas y volver a hablar con su pareja. Ahora debía darle la novedad al comisario y posteriormente ir a ver a Manuel. Él fue quien se la recomendó, en otros tiempos ellos fueron compañeros, tal vez muy amigos, o quizá algo más, pensaba Gabriel. Considerando también que Manuel podría ser de gran ayuda en esto, él la conocía muy bien. Además, estaba colaborando mucho en esta investigación y lo sentía parte del grupo.

El curtido policía lo escuchó sin interrumpirlo en ningún momento. Cuando Gabriel finalizó se produjo un prolongado silencio.

Como era su costumbre, Manuel apoyó las manos en sus rodillas y mirando al piso le preguntó: —¿doy por descontado que revisaron las cámaras que tienen en el andén, especialmente en el día en que Susana desapareció, no? —como si su pregunta ya hubiera sido contestada comenzó a conjeturar.

—Quiero suponer que estos atorrantes no tenían idea de que los estaban investigado. Entonces me pregunto ¿Qué error torpe habrá cometido Susana para que la descubrieran... y a partir de ahí se tomen el riesgo de secuestrarla?... Supongo que lo hicieron para averiguar qué sabía y quiénes están detrás de ella. ¡Esto es muy raro, no me gusta nada!... Mirá, si es que realmente fue secuestrada por esta banda, de aparecer, jamás lo hará con vida.

Se quedó un momento cavilando para luego proseguir. —¡Pero qué descuido el de estos tipos! ¿Es tan grave y comprometedor lo que Susana pudo haber visto para hacerla desaparecer, más aun teniendo en cuenta que se trata de una mujer policía? —reflexionó irónicamente y volvió a hacer una de sus acostumbradas pausas, luego levantó la mirada del piso y la posó en Gabriel, en sus ojos astutos se podía ver la desconfianza, alguna duda lo asaltó... Entonces continuó.

—Sólo contamos con lo que Susana, supuestamente, le dijo a su marido, nada más... es muy poco para barajar la posibilidad concreta de que los autores de su desaparición son los delincuentes que ustedes están investigando. Necesitamos algo más... interrogar muy bien de nuevo a su marido, hablar con sus compañeros de trabajo, con sus amigos... etc. etc.

Cuando el joven policía intentó hacer algún comentario, Manuel se le anticipó.

—Si hay algo que aprendí en mis largos años de policía es a no confiar en nadie, no comprar jamás los espejitos de colores que me quieran vender mis subalternos, mis pares, mis superiores, o los delincuentes... no me preguntes nada porque no tengo una respuesta, pero acá hay algo que huele muy mal.

Sacudió nuevamente su cabeza insatisfecho, como si lo estimado hasta ahora no lo conformara.

—¡No sé qué me pasa! tal vez me estoy poniendo demasiado viejo y confiado.

Los dos se quedaron recapacitando sobre lo expuesto. Gabriel creyó captar a qué se refería, de alguna manera interpretó como que... tratan de que creamos una cosa, cuando en la realidad es otra.

—¿En que está pensando? —le preguntó tímidamente el joven.

—En que antes de buscar a tu enemigo afuera, revises el interior de tu casa.

—Entiendo maestro... Entonces ¿cómo sigo?

—No sé... estas situaciones a veces me perturban y logran confundirme. Veamos... para empezar pedile a tu novia que con mucha cautela preste atención a su entorno, y de ser posible que los fotografie con esos aparatos de teléfono tan sofisticados. Digo esto porque de ahí seguramente sale algo.

—Eso va a ser fácil.

—Bien. Escarbá todo lo que puedas de la vida de Susana, la manera en que vive, sus gastos, vacaciones etc. Por otro lado, sería bueno mirar un poco a la mujer de tu comisario y al profesor de la facultad... ese que se insinúa con tu novia... ¿Cómo se llama?

—Daniel Sáenz.

—Eso, en el orden de prioridades que te mencioné, con calma, sin alarmar a nadie ni exponerse demasiado. Créeme que si al final de esta investigación se te escapa algún cabecilla, todo sería un fracaso. No debemos conformarnos tan sólo con una muy buena propaganda policial... para que nuestro trabajo sea realmente efectivo tenemos que llegar al hueso, mandar a la cárcel a todos los líderes de esta mafia, descabezarla, esa es la única manera de terminar con el mal. Ahora, si sólo nos quedáramos con parte de ella, lo único que lograremos es retrasarlos un poco, hacer que muten y seguramente comenzaran a hacer daño desde otro lugar.

Manuel hablaba apasionadamente, ya se sentía parte de la investigación. Como suele ser una costumbre en él, se quedó mirando al piso meneando su cabeza de un lado a otro en clara señal de fastidio.

En un determinado momento lo sobresaltó el molesto e insistente sonido del celular de Gabriel sin que éste atiende la llamada. Observó molesto al joven, quien se encontraba sumido en sus pensamientos, al darse cuenta de la mirada severa del veterano, salió de su letargo y atendió.

—¿Sí? —La cara de Gabriel se transformó al oír la voz de su interlocutor, se levantó de su silla y casi gritando respondió.

—¡Susana!... ¡¿cómo estás?!... ¡¿de dónde me hablas?!

—¡Voy para allá!

Antes de que el excitado joven diga algo, un apacible Manuel preguntó: —¿te puedo acompañar? Confundido miró al veterano y titubeando le respondió: —sí... sí... no hay problema, vamos...

¡Era Susana, está en su casa!

—Sí, qué bien —acotó con apatía el hombre.

Gabriel manejaba con mucha pericia el viejo Peugeot 504. Manuel, sentado a su lado no hizo ningún comentario durante todo el largo trayecto hasta Paso del Rey, el joven policía tampoco habló, sólo se limitó a imaginar lo que había pasado con Susana, resonaban en sus oídos las palabras que horas antes había mencionado Manuel —Si todo es como ahora suponemos, es más que obvio que de aparecer, jamás lo hará con vida.

Luego de casi una hora y media de viaje llegaron a Paso del Rey, entraron a un barrio aparentemente muy tranquilo típico de clase media, sus casas eran bajas con sus jardines llenos de flores, en sus calles muy arboladas se percibía un perfume muy especial y agradable. El frente de la casa de Susana se veía moderno y demasiado lujoso, contrastando con las demás casas del barrio.

Estacionaron en la puerta y descendieron, Gabriel tocó el timbre mientras Manuel se quedó a un costado de la puerta, contra la pared. Estaba por volver a tocar el timbre cuando sintió el ruido de la llave al momento de destrabar la puerta, la cual se abrió y apareció una consternada y pálida Susana quien, sin mediar palabra, se abrazó al joven sollozando al tiempo que le decía: —¡No te

das idea la odisea que viví! —Cuando se apartó se dio cuenta que Gabriel no estaba solo, había alguien más, miró a un costado y se encontró con la fría mirada de Manuel. Se sorprendió al punto de casi gritar, pero se contuvo, titubeó por unos segundos, la expresión de su rostro cambió, Gabriel se percató de ello y le preguntó:

—Manuel me quiso acompañar... ¿te molesta? —La mujer se recompuso trabajosamente y con una sonrisa forzada contestó—: ¡por Dios no! —e inmediatamente se dirigió al veterano—. ¿Cómo estás Manuel? Tantos años han pasado. —Muchos —respondió con apatía el hombre. Luego se hizo un molesto silencio que rompió Susana, aún vacilante. —¡Pasen... pasen por favor!

Entraron a un suntuoso living comedor, una pomposa mesa de roble rodeada de ocho sillas tapizadas con una delicada pana roja los maravilló. A su izquierda había una escalera de roble, la que obviamente conduciría a los pisos superiores. Más adelante y luego de pasar por una gran arcada estilo colonial, franqueada por dos imponentes columnas, estaba el living. Tres cómodos sillones de cuero color hueso lo decoraban, estos se encontraban junto a un importante hogar a leña. Susana señaló, visiblemente nerviosa, los lujosos sillones. —Tomen asiento que enseguida vuelvo —y subió las escaleras prácticamente corriendo.

Se acomodaron enfrentados. Una considerable mesa ratona de roble con su centro de vidrio se hallaba entre ambos. Manuel miraba admirado todo a su alrededor, mientras lo hacía consultó: —¿sabés a qué se dedica el marido de Susana? —Su pregunta lo tomó por sorpresa, de todas maneras no se demoró en responder—: se retiró de sargento antes de cumplir los cuarenta años... Creo que por un problema complicado de salud. Entiendo que desde entonces no puede hacer ningún tipo de actividad.

—¿Podríamos decir que la proveedora en este hogar es Susana? —Mientras hacía el comentario sacudía admirado su cabeza—. Así parece —respondió Gabriel.

Diez minutos pasaron hasta que Susana apareciera bajando lentamente las escaleras ayudando a su marido. Los visitantes se levantaron de sus respectivos sillones y aguardaron a que la pareja se aproximara. La mujer presentó a su esposo, el hombre aparentaba más edad de la que seguramente tendría, tal vez producto de su larga enfermedad, se notaba el esfuerzo que hacía para tratar de mantener una postura erguida, digna. Luego de las presentaciones ayudó a su marido a sentarse en el sillón de dos cuerpos e inmediatamente se ubicó a su lado. Se la veía consternada, pero con menos nerviosismo y mucho más segura, claramente se había recompuesto de la sorpresa inicial.

De manera muy pausada y haciendo algunos pequeños intervalos, comenzó a relatar la odisea por la que había tenido que pasar. Recordaba haber sido secuestrada ni bien salió de su casa. Un vehículo negro, del que no sabía la marca, se cruzó frente al suyo obligándola a detenerse. Tres hombres con el rostro cubierto bajaron a la carrera y a punta de pistola inmediatamente la desarmaron, lo que demuestra que sabían que era policía. Luego a los empujones la obligaron a descender de su auto y la introdujeron en un segundo vehículo, al cual ella no había visto. Uno le tapó los ojos con una venda y le empujó la cabeza hacia abajo amenazándola con que si se movía o gritaba la mataba.

La afligida mujer hizo un alto en su dramático relato y miró de reojo a Manuel quien la escuchaba inmutable, observándola con una mueca a modo de sonrisa mordaz en su rostro. Pareciera que esto

la perturbó nuevamente y comenzó a lloriquear tapándose la cara con ambas manos, su marido la abrazó pidiéndole que se calmara.

Luego de un buen rato, cuando parecía estar más serena, levantó su mirada y se dirigió sólo a Gabriel: —¡vos no tenés ni idea de con quiénes nos estamos metiendo!... ¡Esto es muy grande, imposible poder hacer algo!... Saben que los están investigando, es por eso que me dejaron en libertad, para dar el mensaje. Hay políticos y jefes policiales metidos en esto... y nadie quiere tener problemas con la justicia. Están dispuestos a dar el dinero que sea necesario para que se olviden de todo... me dijeron que con el negocio van a aflojar, pero ustedes se tienen que apartar ya. De cualquier manera, según ellos, si persisten se van a meter en un quilombo y no van a poder encontrar nada.

Volvió a taparse la cara con ambas manos. Se hizo un prolongado y tenso silencio en el que Manuel no le sacó la mirada de encima hasta que finalmente le preguntó: —Susana, ¿habrá algún lugar... una oficina o una habitación donde podamos hablar solos un momento? —Este pedido desconcertó a la mujer que, irritada, trató de contestar algo, pero al enfrentar la decidida mirada del veterano supo que no le iban a servir de mucho sus astutas representaciones, ella lo conocía muy bien. Hizo un esfuerzo para controlar su ira y miró a su marido, éste asintió con su cabeza como autorizándola a esa conversación en privado.

—Sí... por acá tengo una oficina donde podemos hablar. —Y fue visiblemente nerviosa hacia una puerta que se encontraba del otro lado del fastuoso hogar a leña, Manuel la siguió e ingresó detrás de ella.

Durante todo el tiempo en que permanecieron dentro de la oficina a Manuel no se lo escuchó, cada tanto sólo se oía la voz alterada de Susana y algún que otro sollozo. Había pasado más de una hora cuando se abrió la puerta y salieron, primero lo hizo Susana con su rostro desencajado, tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar, Manuel la acompañó hasta el sillón, cortésmente la tomó del brazo ayudándola a sentarse junto a su marido que miraba sin entender nada. El sagaz veterano miró con tristeza al hombre mientras le extendía su mano agradeciéndole por su amable hospitalidad, luego saludó a Susana con un penoso hasta siempre. Lentamente se acercó al joven que aún sentado lo observaba intrigado —Vámonos, no molestemos más, en el camino hablamos —le dijo en voz baja.

Ni bien subieron al automóvil el celular del joven policía comenzó a sonar, era el comisario García que le pedía novedades, el muchacho le dijo que estaban saliendo de la casa de Susana Robito y que posteriormente le ampliaría, cortó la comunicación y se dirigió intrigado a su acompañante —¿Qué está pasando maestro?

—Susana es parte de esa mafia —respondió con frialdad. —¡¿Qué?!

—Quédate tranquilo, no le dijo nada a nadie, ni de vos, ni de

lo que se está investigando... Y le creo, por eso urdió toda esa ridícula pantomima del secuestro.

Se quedó unos segundos en silencio para luego disculparse: —Primero debo pedirte disculpas... Te quise ayudar y casi estropeo todo, créeme que confiaba ciegamente en Susana, creí conocerla muy bien... pero bueno, se ve que algunas personas con el tiempo pueden cambiar mucho.

—No tengo nada que disculpar... Habría que estar un poco en el lugar de esa mujer... ¿Qué le dijo?

—Que está metida en esto desde hace dos años aproximadamente, yo diría más de tres. Dice que todo comenzó un día en que se encontraba de servicio en la estación Pueyrredón. Descubrió una movida extraña en el túnel, corrió por el andén para ver qué ocurría y vio a dos desconocidos, muy bien vestidos, entrando a una oficina que supuestamente debería estar abandonada. Al otro día lo habló con el jefe de mantenimiento quien dijo no saber nada al respecto y que se lo informaría a sus superiores. Es evidente que esto llegó a la persona indicada, ya que días después el director general de Metrovías la citó por la mañana en su oficina. Una muy joven secretaria le dijo que la estaban esperando. Cuando ingresó al despacho se sorprendió al ver al sindicalista Godoy sentado cómodamente en un sillón junto al suntuoso escritorio del director general. Mencionó que Godoy no habló durante toda la reunión, tan sólo se limitó a sonreír y a escuchar lo que el director le proponía.

El veterano creyó conveniente aclarar —Mirá, no creo que todo sea tal cual ella lo cuenta, pero en lo esencial estoy convencido de que no miente —luego prosiguió.

—Le dijeron que le darían una importante suma semanal para que mantuviera el secreto, además de tener que hacer un pequeño aporte en la seguridad, aunque creo que el aporte que ella hacía era más que importante. Ahora está muy arrepentida de haber aceptado, pero de alguna manera lo quiere justificar diciendo que en ese momento necesitaba mucho el dinero y que si no lo hacía la hubieran matado. Con respecto al secuestro me dijo que lo urdió para tratar de alejarnos de la investigación. Fue lo único que se le ocurrió en ese momento por miedo a terminar en la cárcel... temía dejar solo a su marido porque está muy enfermo y la necesita como también el dinero para seguir teniendo una buena calidad de vida.

Se quedó en silencio buscando mentalmente la manera de poder entenderla, pero fue en vano. Entonces prosiguió.

—Lo importante acá, te repito, es que no dijo nada a nadie de nosotros... y le creo. Me dio el nombre del director general de Metrovías, aunque no hacía falta porque es público, y también el de algunos hombres de Godoy que trabajan activamente en el tema. Sabe de varias parejas de dominicanos, dice que algunos de ellos hacen la parte operativa y otro se ocupa de los clientes y de pagarles a ellos. También trabajan médicos o enfermeros, que son argentinos, pero nunca los vio de cerca y no sabe nada sobre ellos. No está muy segura, pero cree que los cabecillas son una de las parejas de dominicanos, de los que no tiene ningún dato. Me confió con mucha seguridad que todo... absolutamente todo, se maneja abajo, en el subte. Arman y desarman habitaciones de lujo, consultorios, oficinas... etc. Van rotando, desde Plaza Miserere o Lima, línea A, a Pueyrredón línea B, a veces ponen algo en Constitución línea C... Y así operan, cambian todo según las circunstancias. Me pidió que por favor no hablemos nada frente a su marido, él no está al tanto de nada. En cuanto a las víctimas dijo desconocer de dónde las captan, pero sabe que la mayoría son estudiantes y una vez seleccionadas les pasan el dato a los dominicanos y ellos se ocupan del secuestro. Con respecto al bar de la facultad no sabe nada. Cuando quise averiguar algo más sobre las chicas muertas, se quebró y no quiso seguir hablando.

—¿De ahora en más qué piensa hacer? —inquirió Gabriel.

—Ella va a colaborar con nosotros... Perdón que me sume, pero después de lo ocurrido me siento parte de esto.

—Ni lo dude maestro, usted es parte desde el principio... sabe que yo lo necesito.

Manuel se sintió reconfortado por las palabras del joven e hizo una mueca que se podría interpretar como una señal de agradecimiento, inmediatamente, para esquivar la posibilidad de un

momento emotivo, continuó con las explicaciones.

—Le pedí que siguiera como si nada hubiera ocurrido. Su desaparición la va a adjudicar a desavenencias con su marido ya resueltas. A ella le gustó la idea porque sus compañeros saben de su drama familiar, entienden que no es fácil para una mujer vivir con un hombre tan enfermo y dependiente... Por otro lado, siempre que tuvo algún problema amoroso, sea con su marido, o con algún amante ocasional, solía desaparecer por unos cuantos días de todos lados. Es por eso que a nadie le va a extrañar esta última ausencia.

—Bárbaro. Yo confié en lo que me dice usted, pero a ella la vi muy insegura y asustada ¿cree que podrá con esto?

—Realmente no lo sé hijo... Pero de dos cosas estoy completamente seguro; la primera es que ella hará que nadie sospeche nada extraño de su desaparición, y la segunda, es que jamás nos va a delatar. Con respecto a insegura y asustada, no estoy tan seguro, creo que está así por la culpa que carga.

Cuando ingresaron a la Capital Federal Gabriel le preguntó adónde quería que lo llevara: —  
Dejáme en el bar.

Respondió el veterano mientras anotaba algo en una libreta.

Una vez en la puerta del viejo bar y antes de descender del vehículo arrancó una hoja de su libreta y se la entregó a Gabriel: —Acá tenes los teléfonos del gordo Godoy, el de la oficina de Susana y el del director general de Metrovías... Julio Lombardi el atorrante que la metió en el negocio. Con éste hay que tener mucho cuidado porque, si bien pareciera que sólo es un inversionista, es muy posible... yo diría, casi seguro, que tuviera contactos políticos... ¿Entendés no?

—Sí maestro... y no va a ser fácil.

—Así es... nada fácil —dijo Manuel mientras descendía del auto.

El joven policía se quedó mirando al anciano como apenas rengueando, pero sin abandonar su distinguida actitud, lentamente se dirigía a la puerta del bar. Le recordaba mucho a su padre, sabía que el hombre estaba muy solo, mientras lo veía alejándose sintió ternura y cierto dejo de nostalgia. El sagaz policía percibió que el joven se quedó mirándolo al no escuchar la aceleración del viejo Peugeot alejándose, como entendió las razones, cuando llegó al umbral de ingreso al bar se dio vuelta y levantó su pulgar en señal de que todo andaba bien, seguidamente se perdió en el interior del centenario local.

Al día siguiente Susana Robito se reintegró a su trabajo. Ni bien entró a la oficina sus compañeros la bombardearon a preguntas, no le costó demasiado mostrarse compungida, su cara pálida y sus ojos llorosos daban una cabal muestra de su estado de ánimo. Les contó, sin entrar en detalles, el mal momento que estaba pasando en su vida personal, el lastre de la enfermedad de su marido la estaba sofocando. Ciertamente alguien que se encontraba en ese momento en la oficina le avisó al gordo Godoy. No pasaron más de veinte minutos de su llegada, cuando Godoy ingresó sonriente acompañado, como siempre, por dos de sus guardaespaldas. Se mostraba simpático, pero su proceder ansioso y su mirada severa delataban alguna preocupación. Pese a ello, hábilmente fue apartando a Susana de los demás, apoyó amablemente sus morrudos brazos en los hombros de la mujer y de esta manera caminaron lentamente por el andén hasta una pequeña oficina que alguien había despejado convenientemente. Godoy la invitó a ingresar, luego lo hizo él y cerró la puerta. A partir de ese momento comenzó un exhaustivo interrogatorio que duro casi una hora. La habilidad de la mujer policía para declarar, su llanto sincero por los graves problemas que estaba atravesando con su marido no dejó ninguna duda en el gremialista que decía la verdad. Ahora más relajado, hasta la sonrisa dibujada en su rostro rubicundo parecía sincera. Se acercó a la espalda de Susana y apoyó sus enormes manos en los hombros de la apesadumbrada mujer pidiéndole con

delicadeza que se tranquilizara, que todo iba a pasar. Luego caminó hasta la puerta y la abrió entretanto marcaba un número en su celular, aguardó de pie con la puerta entreabierta hasta que alguien atendió su llamada, mientras sonriente miraba a Susana le informaba a su interlocutor:

—Está todo bárbaro con la señora Robito, solo tenía una profunda depresión por problemas personales, creo que podemos seguir contando con ella. —Susana lo miraba desde su silla mientras escurría algunas lágrimas rebeldes con un pañuelo. Luego de cortar la comunicación y antes de cerrar la puerta tras de sí, Godoy le guiñó un ojo cómplice. Seguidamente salió de la diminuta oficina y caminó pesadamente por el andén hacia los molinetes donde lo estaban aguardando sus secuaces.

Un día después, en horas de la tarde, mientras su marido se encontraba mirando la televisión en el living, la suboficial retirada de la Policía Federal Argentina Susana Robito, se suicidó de un disparo en la cabeza en el interior del baño de su domicilio en la localidad de Paso Del Rey.

Enterado Gabriel de la desgraciada noticia y luego de terminar algunos trámites, acudió a darle la novedad a Manuel. El hombre escuchó en silencio y sin inmutarse, daba la impresión que lo hubiera estado esperando. Luego simplemente comentó: —prevaleció la muy buena policía que siempre fue... una pena.

El muchacho aprovechó para comentarle que la justicia autorizó la intervención de los teléfonos aportados por él. También pidió que les enviaran el video de lo que hasta ahora había registrado la cámara del túnel, acompañado de una pormenorizada declaración.

El veterano no hizo comentarios pero una mueca irónica a modo de sonrisa se dibujó en su rostro. Gabriel sabía de la desconfianza que en estos tiempos algunos jueces, y en particular el fiscal generaban en él.

Recostada boca abajo en su cama, Micaela trataba de interpretar lo que ya se había convertido en un jeroglífico para ella, minutos antes le había pedido ayuda a Carina, pero ésta se negó de mala manera, evidentemente quería que su compañera supiese que estaba molesta con ella. Cualquier comentario u opinión de Micaela a ella la irritaba, a veces, como era su naturaleza, se mostraba complaciente, pero esto duraba muy poco. A Micaela le costaba creer que se sintiera celosa por su amistad con Roberto o de su nueva relación con Gabriel, el policía. Siendo una mujer tan inteligente y superada no entendía por qué no le planteaba de frente el problema que evidentemente existía con ella. Es así que decidió darle un corte a esa situación y tomar la iniciativa.

Carina escuchó en silencio todos los fundamentos que enfáticamente y en menos de cinco minutos expuso su compañera de cuarto. Una vez terminado, Micaela buscó la mirada reticente de su amiga para preguntarle: —¿Por qué? —Y se quedó callada aguardando una pronta y lógica respuesta, pero ésta se demoró demasiado en llegar. La situación en el cuarto se tornó tensa, hasta que en un determinado momento Carina resopló como irritada, se levantó de su cama y dirigiéndose a la puerta comentó:

—Te creía más inteligente, hay cosas que no entenderías jamás de las relaciones humanas. —Y salió de la habitación dando un portazo.

Micaela azorada creyó confirmar lo que hasta ahora descartaba y que jamás hubiera creído. Un tanto desconcertada y aún no recuperada de la sorpresa, tomó su teléfono celular y llamó a Gabriel quien aún se encontraba en el bar con Manuel cuando entró su llamada. Mientras la atendía se levantó de su silla, apoyó una mano en el hombro del veterano en señal de disculpas y comenzó a caminar de un lado al otro del salón para tener un poco más de privacidad en la charla. Luego de escucharla atentamente le pidió que se calmara, que tal vez sus conclusiones, un tanto apresuradas, podrían estar equivocadas. Le sugirió que fuera a estudiar a su departamento, días atrás le había entregado un duplicado de las llaves, prometiéndole que ni bien se desocupara, tal vez un poco tarde, se ocuparía de llevar la cena. Esto le agradó a la muchacha que rápidamente juntó todos sus apuntes, tomó algo de ropa, la introdujo en un pequeño bolso de mano y una vez comprobado que no olvidaba nada se dirigió de prisa a la puerta. Ni bien la abrió escuchó unos pasos que se alejaban rápidamente, asomó su cabeza al pasillo y distinguió claramente a Carina al momento de desaparecer en las escaleras del fondo. Se preguntaba si habría estado escuchando tras la puerta, lamentó el no haberla podido sorprender. Enfadada cerró la puerta y apuró sus pasos hasta llegar a las escaleras, las bajó raudamente y corrió observando todo a su alrededor hasta llegar al pequeño y bien iluminado hall, pero Carina no estaba por ningún lado. No quiso perder más tiempo y salió. El departamento de Gabriel estaba en la calle Padilla, a pocas cuadras de su hotel.

Alrededor del mediodía ingresó Gabriel con su automóvil particular a la playa de estacionamiento de la superintendencia de investigaciones. El día estaba soleado, una suave y tibia brisa acarició su rostro ni bien descendió del rodado. Se detuvo por un instante a contemplar el inmenso cielo en busca de alguna nube que manche ese espléndido manto azul, pero no vio ninguna. Apoyó ambas manos en el techo del auto sintiendo una inusual y agradable calma interior. Aspiró profundamente disfrutando ese majestuoso espectáculo a la vez que se preguntaba por qué no se detenía a hacerlo más seguido. Pero, la vorágine que nos propone esta existencia moderna hace que la vida se nos pase e ignoremos estos escasos instantes únicos, postergando lo verdaderamente importante para otro momento... ese que quizá nunca llegase, pensaba mientras caminaba entre los vehículos estacionados.

Ni bien ingresó a la división se cruzó con un hombre de judiciales quien le informó que se habían retirado las primeras escuchas de los teléfonos intervenidos.

Luego de dos largas horas de monótonas conversaciones, llegaron a la conclusión que evidentemente eran muy profesionales. Cuando tenían que decirse algo importante quedaban en encontrarse en algún lugar determinado, por teléfono no decían nada. Pero, había que ser pacientes, en algún momento, tal vez, cometerían un error, ya sea por alguna situación apremiante, o por disputas entre sus miembros, que generalmente tienen que ver con espacios de poder o por el porcentaje de dinero que les correspondería a cada uno.

Lo cierto era que el vínculo entre los teléfonos intervenidos existía, se comunicaban entre ellos, hablaban muy poco y parecía que a veces lo hacían en clave. Dos llamadas en particular al celular de Godoy llamaron la atención. La primera provino de otro celular, obviamente a nombre de un fulano inexistente, una voz masculina con acento centroamericano le dijo: —estamos un poco demorados hombre. —A lo que Godoy respondió: —no hay problema, tranquilo, que estamos resolviendo algunos temitas. —Y cortaron. La segunda llamada, muy preocupante para los investigadores, provino del teléfono fijo del laboratorio pericial que realiza los estudios para la

morgue judicial. Una voz vacilante, también masculina, intentó dar una explicación, era como que se quería justificar de algo, pero nada quedó claro ya que el gordo Godoy respondió interrumpiéndolo —¡Asunto concluido! —y cortó inmediatamente la comunicación que no se volvió a repetir.

Julio Lombardi solía ser mucho más cauto, le disgustaban las conversaciones telefónicas, más aún cuando éstas provenían de la ex oficina de Susana Robito. En dos oportunidades lo llamó una mujer de voz juvenil, agradable pero dubitativa, aparentemente intentó darle algún tipo de mensaje en clave. La primera vez Lombardi la interrumpió y le pidió amablemente que cuando terminara su turno fuera a verlo a su oficina. En la segunda no fue tan amable, a los gritos le ordenó que se callara, preguntándole si no había entendido lo que habían hablado. Luego le ordenó que dejara a alguien en su lugar y que fuera inmediatamente a su oficina.

Entre Lombardi y Godoy era todo más simple, cuando se contactaban por teléfono era sólo para fijar una cita en un lugar determinado, que por lo general se trataba de la oficina de cualquiera de los dos.

También se habían registrado comunicaciones de Lombardi con el ministro de transporte y con algunos senadores y diputados. Todas llamadas intrascendentes para lo que se estaba investigando, pero realmente metía miedo saber de las importantes vinculaciones políticas del director general de Metrovías.

Julio Lombardi era un joven empresario adinerado de treinta y ocho años de edad, estaba casado y tenía dos hijos varones de cinco y ocho años. Se creía que oficiaba de testaferro de sus contactos políticos y que gracias a ellos había amasado una pequeña fortuna.

Aún no era el mediodía cuando Micaela, luego de haber pasado la noche con Gabriel, ingresó apurada a su habitación del hotel de señoritas. Se había levantado muy temprano para ir a retirar unos estudios del sanatorio; ni bien abrió la puerta comenzó a sonar su teléfono celular. Se molestó mucho cuando vio que la llamada era de Carina, la última discusión la había afectado, pero consideró que debía contestar ya que compartían el cuarto. De mala gana tomó la llamada.

—¿Sí, qué querés?

—Micky... sólo quería disculparme... creo que me equivoqué. Estoy atravesando un momento difícil y mezclo todo... sabés que me cuesta decir esto, pero te aprecio mucho y no quiero perder tu amistad.

—Esperaste demasiado para darte cuenta... Créeme que tu actitud me dio mucha bronca ¡como amiga no te di ningún motivo para tu maltrato!

—Sí... estoy de acuerdo. Por favor... ¿me perdonás? —Como una niña que hizo una travesura, pedía disculpas.

—No tengo nada que perdonar, solamente no me gustaría que se repitiera. Somos amigas y no tenemos por qué estar atadas, cada una tiene la libertad de vivir su vida como se le antoje.

—Gracias Micky... Me dejás mucho más tranquila... Te tengo que cortar porque me están esperando en el laboratorio. Esta noche nos vemos y hablamos bien.

Dejó sus apuntes sobre su mesa de luz, apoyó la cartera en la cama y se recostó de espaldas dejando sus pies apoyados en el piso, pensaba en la reciente conversación con Carina. Luego de unos minutos en que trató infructuosamente de entenderla, decidió que la única manera de despejar sus dudas y aclarar todo sería hablándolo a la noche con ella.

Pero conocer los hechos no implicaba necesariamente comprenderlos...

Es así que dio por cerrado ese capítulo y se estiró para alcanzar su cartera. Extrajo de ella un sobre color blanco con la inscripción de una reconocida prepaga médica, lo abrió y extrajo un papel de su interior. Antes de terminar de leerlo se levantó de un salto de la cama, apoyó la palma de su mano en la boca y comenzó a caminar inquieta por toda la habitación sin dejar de leer una y otra vez la nota que tenía en su mano. Demoró un buen tiempo en entender la real dimensión de lo que le estaba ocurriendo. Aunque un poco indecisa, logró tomar una determinación. Dejó el papel sobre sus apuntes, en la mesa de luz. Tomó su celular y a pesar de que le temblaba la mano no demoró en encontrar el contacto buscado. Se contuvo por un momento, respiró hondo e hizo una llamada. Mientras escuchaba el monótono sonido del teléfono, pensaba de qué manera decirlo, estaba en eso cuando le respondieron:

—Mi amor... ¿Cómo estás?

—¡Realmente no sé qué contestarte Gabriel!

—¿Qué pasó?

—¿Adónde estás? —preguntó la muchacha.

—En mi departamento, saliendo para la oficina... ¿Pero qué pasó?... ¡No me preocupes!

—¿Te acordás que la semana pasada fui a hacerme unos análisis?

—Sí... ¿Y?

—Aproveché y por algún palpito pedí que me hicieran un test de embarazo... ¿Y adivina qué? —  
Se hizo un corto silencio.

—¡No lo puedo creer!... ¿estás embarazada de mí?

—¡¿De quién si no?! —respondió enfadada por la absurda pregunta.

—¿Estás en el hotel, no?

—Sí.

—¡Voy para allá!... ¡No lo puedo creer... Te amo!

Se apresuró a tomar todo lo que debería llevar a su trabajo tratando de no olvidar nada. Su credencial en el bolsillo trasero de su pantalón, la pistola reglamentaria en su cintura a la altura de la espalda y dinero suficiente para cualquier contingencia. Tomó la campera que estaba apoyada en un sillón del living y salió del edificio. Mientras caminaba a grandes zancadas hacia el hotel de Micaela, no podía creer lo que estaba viviendo. Nunca había experimentado tanta emoción, tanta felicidad. No veía la hora de estar junto a ella, mirarla a los ojos, acariciar su vientre.

El joven policía apuraba sus pasos por la calle Malabia. Estaba a sólo cien metros del hotel, acercándose a un supermercado chino donde con Micaela, ocasionalmente, solían comprar. Al pasar frente a su puerta instintivamente miró su interior, siguió de largo unos pasos y se detuvo en seco, algo no estaba bien. Sigilosamente y mirando todo a su alrededor se acercó a las rejas de la entrada, asomó su cabeza, observó a dos jóvenes con gorritas negras y camperas demasiado grandes para sus delgados cuerpos. Uno de ellos tenía tomado desde atrás, por el cuello, a un hombre de mediana edad con rasgos orientales, en su mano libre sujetaba un revolver que apuntaba la sien del asustado hombre. Mientras tanto, el otro sostenía una pistola en su mano derecha y con su cuerpo apartaba a la cajera para saquear la caja registradora. Gabriel giró y apoyó su espalda contra la pared, respiró y volvió a mirar el interior del local hurgando por los rincones para evaluar el panorama. Sacó su celular y pidió apoyo explicando la situación. Luego cruzó disimuladamente por el frente del supermercado, hacia el otro lado, necesitaba observar la otra parte del local para verificar la cantidad de delincuentes que habría en su interior. Pero sólo vio y escuchó a dos, entonces, extrajo su arma reglamentaria y se parapetó detrás de un grueso árbol a pocos metros de la entrada mientras evaluaba mentalmente los riesgos de un tiroteo en la

calle a esa hora de la mañana, más aun teniendo en cuenta que los malvivientes podrían salir corriendo para cualquier lado, sabía que no había demasiado tiempo, en cualquier momento saldrían. Como en el supermercado había muy poca gente, decidió pararse en la puerta y dar la voz de alto, los jóvenes malvivientes desconocerían cuántos policías habría en la calle y la lógica le indicaba que no saldrían corriendo, seguramente tratarían de tomar rehenes, lo que le posibilitaría ganar tiempo hasta que llegara el apoyo. Y así lo hizo, sin pensarlo demasiado. La voz autoritaria y decidida del policía resonó imperativa en el interior del local: —¡¡Alto policía... al piso, los quiero a todos en el piso!!! —Mientras decía esto los apuntaba con su arma. —¡¡Negro, cubríme que si no dan bola entro!! —Simulaba gritarle a un compañero imaginario para que creyeran que no estaba solo.

Los cacos sorprendidos dudaron, el que tenía por el cuello al oriental levantó sus manos sin soltar el revólver, pero el que estaba junto a la cajera antes de agazaparse disparo en dirección al policía, pero éste ya no estaba ahí, prevenido que esto podría ocurrir, luego de dar la voz de alto rápidamente se parapetó a un costado, contra la reja del lado de afuera. Pasado unos pocos segundos nuevamente se asomó apuntando con su pistola y volvió a gritar:

—¡¡No van a poder salir... Si alguien es herido o muerto ustedes serán los responsables, no agraven más su situación, tírense al piso y suelten las armas!!!

Esporádicamente se asomaba desde distintos ángulos intentando controlar la situación respecto del lugar donde estaban ubicados los maleantes. Por una fracción de segundos pudo ver, con el rabo de su ojo, un ligero movimiento a su izquierda, en diagonal a su posición, justo donde funcionaba la verdulería. No tuvo tiempo de nada, sólo vio un fogonazo y escuchó una fuerte detonación, algo impactó con violencia en su hombro izquierdo que lo hizo trastabillar, aturdido pero sin apartar su mirada del lugar de donde provenía la detonación, pudo distinguir a un tercer delincuente que se encontraba detrás de la mujer que atendía la verdulería apuntándole con una pistola; Gabriel intentó levantar su brazo izquierdo para equilibrarse y poder defenderse, pero dos detonaciones consecutivas provenientes del mismo lugar impactaron en su cuerpo haciéndolo caer de espaldas. Todo se nubló a su alrededor, quedó manoteando grotescamente hacia el cielo como tratando de aferrarse a la vida que parecía escapársele.

El maleante que le acababa de disparar empujó a la mujer con violencia hacia un costado para abrirse paso y salió corriendo a la calle, detrás de él lo hizo quien tenía tomado del cuello al oriental. El tercero, quien disparara primero y saquera la caja, salió caminando, se detuvo indiferente junto al hombre que estaba tendido en el piso desangrándose. Recogió del suelo el arma reglamentaria del joven representante de la ley y verificó con pasmosa frialdad que aún estaba amartillada, lista para disparar, entonces apuntó a la frente del ya indefenso policía y efectuó un disparo, la cabeza del muchacho acuso el impacto, sus músculos se convulsionaron por unos pocos segundos y la roja sangre comenzó a manar convirtiendo su cara en una máscara sanguinolenta. Luego que el malhechor comprobara que su objetivo había sido alcanzado, acomodó ambas pistolas en su cintura y emprendió veloz carrera tras sus cómplices.

Micaela estaba intranquila, Gabriel se demoraba demasiado y el ruido no habitual de tantas sirenas de ambulancias y patrulleros que retumbaban en su cuarto la ponían aún más nerviosa. Cruzó los brazos sobre su pecho y comenzó a caminar de un lado al otro de la habitación, cada tanto tomaba su celular de la mesita de luz y volvía a marcar el número de Gabriel... Como venía ocurriendo desde hacía ya media hora, nadie le respondía. El aullido enloquecedor de las sirenas parecían no detenerse jamás, por un momento sintió un escalofrío recorriéndole todo su cuerpo, volvió a llamar, esta vez mientras el celular sonaba en su oído, ella rogaba con voz angustiada: —¡por favor mi amor... por favor... contestáme! Pero nadie respondió.

Tomó un abrigo y bajó aprisa las escaleras. Ni bien salió a la vereda miró hacia el lugar desde donde supuestamente debería estar viniendo Gabriel, pero a no más de ochenta metros una importante cantidad de patrulleros con sus balizas azules titilando, dos ambulancias y mucha gente, impedían que pudiera ver más allá. Comenzó a caminar lentamente hacia donde estaba la multitud; algo había ocurrido en el supermercado chino, pensó que tal vez Gabriel estaría allí ayudando y por eso no atendía su celular. A medida que se iba acercado escuchaba con más claridad las modulaciones de los radios de los patrulleros.

El comisario Jesús García estaba en su despacho escuchando una y otra vez las grabaciones de las escuchas telefónicas cuando comenzó a sonar el bip de su radio. Se trataba del comisario Alberto Díaz, jefe de la comisaria veintisiete.

—Hola Jesús... ¿Podés hablar?

—Sí, Alberto decime.

—No son buenas noticias. Hubo un tiroteo a la vuelta de mi

comisaria, en un supermercado chino, un hombre tuyo resultó gravemente herido... y creo que está muy mal.

—¿Sabés quién es?!

—Es un agente... Gabriel Tomasini se llama.

García se levantó de un salto del sillón, por unos segundos no pudo articular palabra. Hasta que finalmente, aunque agobiado por la tremenda noticia, expresó:

—¡no, por Dios!... ¡Voy para allá!

—No... No vengas, en este momento lo van a subir a una ambulancia para llevarlo hasta el Parque Centenario, de ahí lo trasladarán en el helicóptero sanitario. Mejor andá para el Churruca.

—¿Decime cómo está?... ¡Alberto, ese chico es como un hijo para mí!... ¿Cómo lo viste, qué te dijeron los médicos? —Ya no hablaba como el frío jefe de homicidios, más bien parecía un padre en busca de consuelo.

El comisario Díaz dudó antes de contestar, se dio cuenta lo importante que este muchacho sería para García.

—No te puedo mentir, Jesús... tiene tres balazos en el cuerpo y uno en la cabeza. Según testigos uno de los h... .d... p antes de irse le pegó un tiro en la cabeza a modo de remate. Vos sabes cómo es esto, no hace falta que te cuente nada... el pibe está con vida... pero no sé por cuánto tiempo. García a los gritos convocó a todo el personal que estuviera dando vueltas por la división. Una vez reunidos les informó lo que había pasado, instando a todos a trabajar en el tema. Luego se comunicó por radio con cada uno de sus jefes de brigada, ordenándoles que fueran inmediatamente al lugar del hecho e hicieran su trabajo.

—¡Quiero a estos chacales presos ya! —vociferaba el comisario con cuanto oficial hablaba.

Luego de dejar órdenes precisas a todo el personal, le pidió a su chofer que lo llevara urgente al hospital Churruca. Micaela se fue acercado a la multitud, curioseaba todo a su alrededor tratando de localizar entre los policías a Gabriel. Apoyó sus manos en los hombros de una mujer mayor que se encontraba delante de ella y se colocó en puntas de pie para poder ver mejor lo que estaba aconteciendo. Dos personas con ambos verdes, ayudados por dos uniformados colocaban el cuerpo ensangrentado de un hombre en una tabla de madera que se hallaba en el piso, luego lo sujetaban con correas para posteriormente levantarlo y ubicarlo sobre una camilla. En ese momento el corazón de la muchacha pareció detenerse, creyó reconocer la vestimenta ensangrentada. Cuando los cuatro hombres comenzaron a empujar la camilla, prácticamente a la

carrera en dirección a una de las ambulancias, pasaron a pocos metros de ella.

—¡¡¡Gabriel!!! —gritó la joven al reconocer al hombre ensangrentado al que trasladaban.

Impulsivamente apartó con inusitada fuerza a quienes se encontraban en su camino, corriendo desesperada hacia la parte trasera de la ambulancia. Un policía uniformado se le interpuso, la tomó de los brazos pidiéndole que se calmara. La muchacha ahogada en llanto trató de zafarse, pero fue en vano.

—Tranquila... ¿Lo conocés?

La joven entre gritos de dolor y llanto exclamó: —¡su novia... soy su novia! ¡Déjeme pasar por el amor de Dios quiero estar con él!

El policía oprimió con fuerza los brazos de la joven para evitar que se le escabullera y pudiera llegar a entorpecer el urgente traslado. Trató de calmarla diciéndole que su novio se iba a poner bien y que la llevaría en un patrullero al hospital Churruca adonde sería trasladado. Micaela entre gritos y llanto no entendía razones e insistía.

—¡Pobrecito!... ¿Qué le hicieron? ¡Por favor déjenme ir con él!

Al policía le recordó a su hija, quizás de la misma edad. Conmovido, se esforzó para no quebrarse mientras trataba de explicarle que no podía ir con su novio porque sería trasladado en helicóptero.

Casi a punto de desmayarse, la muchacha fue introducida con mucho cuidado en la parte trasera de un patrullero e inmediatamente varios uniformados, a los gritos, solicitaron que se acercara algún médico. Una médica que estaba a cargo de una de las ambulancias acudió a asistirle.

Más de nueve horas estuvo en la sala de operaciones. Durante todo ese tiempo permanecieron Micaela y García en la sala de espera. La joven, ya medicada acorde a su estado de gravidez, estaba sentada en una silla con su rostro pálido, desencajado, de a ratos sorbía un poco de agua de un vaso de plástico que sostenía en su mano. Una psicóloga la asistía esporádicamente como para constatar su estado emocional. Junto a ella, y casi desde un primer momento, estaba sentado un hombre mayor, canoso, de barba desprolija pero elegantemente vestido, quien sólo refirió llamarse Manuel. El hombre se levantaba cada tanto para ir a buscar un café cortado, antes de hacerlo solía preguntar si alguien quería algo del bar, aunque ambos decían no querer nada, el igual traía algunos chocolates que dejaba sobre una pequeña mesa ratona.

García no paraba de caminar de un lado al otro de la sala, de vez en cuando se detenía frente a Micaela para decirle que todo iba a salir bien, que tuviera fe, procurando convencerse él también. Ella lo miraba con los ojos enrojecidos cansados ya de tanto llorar, asintiendo con su cabeza.

No tenían ni idea del tiempo transcurrido, ni si era de día o de noche cuando se abrió la puerta de la sala de espera y aparecieron frente a ellos dos médicos con sus ambos celestes y los barbijos descansando a la altura de la garganta. Micaela se levantó de un salto y junto a García se aproximaron temerosos al que parecía ser el más experimentados de los médicos, quien les preguntó si eran los familiares del joven baleado, Micaela asintió con su cabezas y García ansioso le consultó.

—¿Cómo está el muchacho doctor?

Sin perder tiempo el facultativo comenzó a explicar la situación.

—Estábamos en principio muy preocupados por los daños que pudiera haber ocasionado el disparo que presentaba en la cabeza, pero, al ver las placas radiográficas observamos que la bala se desvió al golpear a la altura de la frente, recorrió todo el costado de su cráneo y se alojó a la altura de la nuca, no ingresando al cerebro. De cualquier manera el golpe que produjo el impacto

en su cabeza le ocasionó una importante hemorragia que tuvimos que descomprimir operándolo. En cuanto a los otros impactos en el cuerpo, ninguno ocasionó un daño interno importante, sólo un par de costillas rotas y alguna hemorragia que fue resuelta. De todas maneras tengan en cuenta que nada está dicho en medicina, hay que ver cómo sigue su evolución en los próximos días.

No teniendo más que informar, le tendió la mano al comisario, quien se la oprimió con fuerza al tiempo que le decía:

—¡Gracias doctor!... ¡Gracias!

Cuando hizo lo propio con Manuel, éste sacudió enérgicamente la mano del médico en clara señal de agradecimiento.

Micaela ignoró ese protocolo y abrazó al facultativo, sollozando.

—¡Gracias doctor es la mejor noticia que escuché en mi vida!... ¡en un momento creí que estaba todo perdido!... ¡Gracias!

—Les repito que aún no está fuera de peligro, el riesgo de vida existe —les advirtió fríamente y se retiró de la sala seguido por su colega.

Recién al cuarto día Gabriel recuperó el conocimiento, Micaela estaba sentada a su lado, como lo estuvo desde el primer día, al igual que Manuel, quien permaneció sentado en los pies de la cama junto a un ventanal que daba al parque del hospital Churrua. Cada vez que escuchaba al helicóptero aterrizando con alguna emergencia (generalmente trasladando a policías heridos), se levantaba refunfuñando para observar desde la ventana, luego se volvía a sentar haciendo algún comentario indignado en voz baja.

En un primer momento estaba confundido, los miraba sin entender qué estaba pasando. Micaela y Manuel se pusieron de pie junto a él observándolo intrigados, sabían que podría haber quedado algún vestigio del tremendo impacto en la cabeza y la posterior hemorragia. Pero la confusión en Gabriel y las dudas de sus acompañantes duraron poco, el joven miró a ambos tratando de esbozar una sonrisa, luego tomó la mano de Micaela y le preguntó con voz ronca y entrecortada:

—¿estás... embarazada... No?

—¡Sííí, mi amor! —respondió la joven y se inclinó para besarlo.

Manuel aguardó hasta el final del emotivo momento. Cuando la joven se acomodó en su silla con los ojos llorosos sin dejar de oprimir entre sus manos la mano de Gabriel, el curtido policía pasó cariñosamente una mano por la mejilla del muchacho.

—Ahora que estás bien te espero en el bar —lo dijo con una inhabitual sonrisa de felicidad en su rostro delatando la emoción que sentía al verlo despierto y bien. Luego salió de la habitación para dar privacidad a la pareja.

El tiempo trascurrió implacable. Micaela estaba en el cuarto mes de embarazo y conviviendo con Gabriel en el departamento de la calle Padilla. Carina la visitaba casi todos los días, se quedaba un par de horas a tomar mate y a conversar sobre cualquier tema, pero generalmente todo terminaba derivando a la medicina. Roberto la llamaba muy de vez en cuando para saludarla y preguntarle si necesitaba algo, pero nunca fue a verla.

Si bien Micaela seguía concurriendo a la facultad, lo hacía muy pocas veces en la semana y sólo un par de horas en las que se las tenía que arreglar para eludir al Doctor Sáenz, quien pese a saber

que estaba embarazada, seguía acosándola. Para no agravar este problema evitó comentárselo a Gabriel, quien se estaba reponiendo increíblemente bien de sus heridas.

En cuanto a los menores que le dispararon, fueron localizados y posteriormente detenidos. Testigos del hecho los reconocieron como los autores del robo y de la brutal agresión al policía. Se hicieron dos allanamientos donde se secuestraron las armas usadas en el robo entre las que se encontraba la pistola reglamentaria robada a Gabriel, la misma con la que le dispararon en su cabeza. ... Pero, se trataba de menores, es así que fueron liberados antes de que el policía recibiera el alta médica.

Respecto a las tareas de inteligencia, estaban estancadas, todo se desarrollaba con mucha desidia. La cámara en el andén funcionaba mal, aparentemente no grababa, es así que sólo quedaba ser constantes frente al monitor hasta resolver el problema, cosa que no se hizo.

Hasta ahora nada importante habían aportado las escuchas telefónicas, hablaban cada vez menos, nadie dejaba un cabo suelto.

Mientras tanto los secuestros seguían ocurriendo en la Capital Federal. Había que tener en cuenta que Gabriel era quien estaba llevando adelante esta investigación, es por ello que estaban tan descuidadas. Nadie tomó su lugar, todo quedó funcionando como en piloto automático.

El comisario García decidió activar las pesquisas para tratar de esclarecer cuanto antes los homicidios del subte. Concedor de que el tiempo que pasa va borrando toda huella, decidió convocar a la brigada más antigua de la división (la misma que llevó adelante la investigación y posterior detención de los delincuentes del supermercado chino) para que se sumaran a ellos en las tareas.

A Gabriel no le gustó mucho la idea, sabía por Manuel que en un asunto tan delicado como éste, suelen haber muchas tentaciones, cuantos menos estén sabiendo del tema, mejor. Además, muchas manos en un plato hacen muchos garabatos, solía decir.

El comisario, no muy convencido, aceptó la sugerencia de Gabriel:

—Está bien, les doy una semana para que logren algún avance importante. Caso contrario tendrán que aceptar la ayuda de una brigada.

Todos muy concentrados, en derredor del escritorio del comisario, comenzaron a planear las futuras acciones a seguir.

Gabriel tenía muy presente las palabras de Susana Robito cuando le dijera a Manuel que abajo se manejaba todo, se armaban y desarmaban habitaciones, cambiándose cada tanto de una estación a otra. Es por ello que pensó en concentrar el mayor esfuerzo investigativo ahí.

Por otro lado resolvieron hablar con el señor Rubén Apella, propietario del negocio de insumos médicos cercano a la facultad. Seguramente este hombre no tendría inconvenientes en colaborar cuando supiera que se está buscando a los posibles autores del secuestro de su hija. Lo único que tendría que hacer, es decir ante cualquier consulta, que la señorita Martina Valle, (cuyo nombre real es Paula Rivera, oficial ayudante de homicidios y secretaria del comisario García), trabaja en su negocio desde hace algún tiempo en la parte administrativa.

La idea era infiltrar a Paula en el bar de la facultad con la intención de observar todos los movimientos en los horarios del mediodía y de la tarde. Fotografiar con mucha discreción, sólo si fuera seguro y necesario, usando su teléfono celular, a aquellas personas que le resultaran sospechosas.

Debería estar muy atenta, sus características físicas similares a la de algunas jóvenes secuestradas y también a las encontradas muertas en el subte, podrían ser una tentación para estos chacales.

Decidieron que Miranda la acompañase en todo momento, a la distancia. Cuando ella estuviera dentro del bar, él debería permanecer en la calle tratando de pasar desapercibido sin perder nunca de vista la puerta de ingreso al local. Tendría que prestar mucha atención a la salida de Paula por si alguien pudiera, en algún momento, seguirla.

Se estaba terminando la reunión cuando el celular de Gabriel comenzó a sonar. Pidió disculpas y se alejó del grupo.

—¿Sí?

—Gabriel, perdón ¿podés hablar?... ¿estás en tu casa?

—No... estoy en una reunión en la oficina del comisario... ¿necesita algo? —Preguntó molesto.

Desde que le dieran el alta del hospital, la doctora Mabel Ruiz, ex del comisario García, que ahora lo tuteaba, lo llamó en varias oportunidades con la excusa de interiorizarse sobre su estado de salud. Pero en realidad su verdadero interés residía en la investigación de los homicidios. Sin embargo Gabriel no mentía cuando le decía que las pesquisas estaban estancadas. Seguidamente, no demostrando decepción alguna, derivaba intencionalmente la conversación al terreno personal, íntimo. Solía ser difícil para el joven eludir el inteligente y seductor juego que ella le proponía. Entonces inventaba algún pretexto para dar por terminada la comunicación. No le quedaba claro qué pretendía la mujer. Se preguntaba por qué quería saber sobre los homicidios. Si lo estaba seduciendo porque realmente tenía un interés real en él o porque quería de alguna manera vengarse de su ex marido. Ciertamente estaba muy confundido y preocupado.

A Micaela la mantenía al tanto de lo que estaba ocurriendo, pero por ahora no se decidía a hacerlo con el comisario.

—Perdón doctora no quiero ser maleducado pero estoy en mitad de una reunión y no puedo seguir hablando. —Sin esperar respuesta guardó su celular y se sumó al grupo. García, que estaba hablando, hizo un pequeño alto para observarlo por encima de los anteojos. Perturbado, sintió como si su jefe hubiera escuchado la conversación. Fue entonces cuando decidió comentarle lo que estaba ocurriendo con su ex mujer. Pero estaba muy cansado y ya era demasiado tarde. — Mejor lo hablo en otro momento —se dijo.

El día se presentaba destemplado y extrañamente frío para la época del año. Habían transcurrido cuatro largos días desde que comenzaran las tareas de inteligencia en el bar de la facultad. En las cercanías del local el cabo Miranda se paseaba aburrido por la vereda. De vez en cuando cruzaba la calle y caminaba por la otra vereda sin dejar nunca de observar la puerta del bar.

Paula Rivera estaba ubicada, como ya era su costumbre, en un rincón contra una pared rústica con ladrillos a la vista. Desde esa posición tenía un panorama amplio del salón.

Ya pasado largamente el mediodía, cuando quedaba muy poca gente en el lugar, la mujer policía decidió pedir la cuenta. Mientras hurgaba con su mirada buscando a la mesera, una mujer ingresó al bar, en un primer momento no le llamó la atención, pero luego de observarla detenidamente se dio cuenta que se trataba de la doctora Mabel Ruiz.

Recordaba que sólo se habían visto una vez, desde entonces Paula había cambiado su color de cabello y ahora lo tenía más corto, tal vez no la reconocería. De todas maneras se levantó y se sentó en la silla que tenía a un lado, quedando de espaldas al salón. Frente a ella había varios cuadros que le permitían ver reflejado en sus vidrios el salón a sus espaldas, teniendo una clara visión de la mesa donde se había sentado la ex del comisario García.

Un hombre de mediana edad, alto, delgado y con guardapolvo blanco entró al bar y se acercó a la mesa de la doctora Ruiz, la saludó con un beso en la mejilla e inmediatamente se dirigió al mostrador donde tuvo que estirarse aparatosamente por sobre éste para hacer lo propio con Marcela, la dueña del local, que como todos los días se encontraba sentada frente a la caja

registradora. Marcela Viola era una mujer de mediana altura, corpulenta, de cabellos teñidos de color rubio y de un pésimo humor. El elegante hombre volvió a la mesa de Mabel Ruiz, corrió una silla, miró todo en derredor y se sentó.

A partir de ese momento comenzó una conversación que sólo fue interrumpida cuando la mesera se acercó a levantar el pedido y posteriormente cuando les trajo los tostados con gaseosas.

Paula pensaba cómo podría hacer para sacar alguna foto. Dudó por algunos minutos, hasta que finalmente decidió cruzar su brazo contra su pecho y asomar apenas el teléfono celular por sobre su hombro, de esta manera sacó dos fotos a sus espaldas rogando haber apuntado correctamente y que nadie se hubiera dado cuenta. Luego apoyó el teléfono móvil sobre la mesa y se quedó aguardando pacientemente a que la conversación en la mesa de la doctora Ruiz terminase.

Veinte minutos después la primera en levantarse fue Mabel Ruiz, saludó con un beso a su acompañante y se retiró sola del local. Mientras tanto el elegante hombre se acercó al mostrador y se quedó hablando animadamente con la propietaria del local. La mujer policía aguardó unos minutos más hasta que la animada conversación llegó a su fin y el hombre salió cansinamente del lugar. Para entonces supuso que la ex mujer del comisario ya estaría lejos, pagó su cuenta y salió a la calle.

Mientras caminaba al encuentro de su compañero, observaba orgullosa las fotos en su celular, una de ellas había salido casi perfecta, se podía apreciar nítidamente a la doctora Ruiz y a su acompañante, como así también a las pocas personas que en ese momento se encontraban en el interior del local.

En la oficina desde donde se monitoreaba la cámara del andén, Gabriel identificó al acompañante de la doctora Ruiz como el doctor Daniel Sáenz, profesor de la facultad y asiduo concurrente al bar. Cuando a su pedido Micaela había fotografiado a gente de su entorno, hizo especial hincapié en la foto de Sáenz, mencionándole lo de sus persistentes insinuaciones.

Como todas las mañanas, pero ahora sin tanto apuro, Gabriel ingresó al bar de la calle Corrientes. Manuel estaba apoyado en la larga barra discutiendo acaloradamente con el dueño del local que parecía ignorarlo preparando café y dándole la espalda. El joven se aproximó tratando de captar de qué se trataba la discusión. Cuando estuvo junto al veterano apoyó una mano en su hombro.

—¿Qué pasa maestro que está tan enojado?

—Nada... ¡que este marmota no entiende que quiero el café apenas cortado con leche y no leche apenas cortada con café!

—Bueno, cálmese... Vamos a sentarnos —propuso el joven terminando así con la discusión.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó Manuel, aún molesto, mientras se sentaba.

—Progresando, maestro —y lo puso al tanto de todo.

El veterano asintió con su cabeza:

—Me parece muy bien... veo que el comisario decidió tomar el buey por las astas.

—Y sí. Mientras estuve internado todo se abandonó. Para colmo el fiscal pedía urgentes novedades de las tareas de inteligencia, como la respuesta no lo convenció, terminó citando al comisario.

—Raro, porque la mayoría de los fiscales tienen tanto trabajo que no se abocan de lleno a uno en particular, a no ser que el caso hubiera tomado estado público o que uno les estuviera encima —reflexionó Manuel.

—¿Qué podemos hacer? Él es quien manda.

—Es indudable que tienen demasiado interés en esta causa. Me pregunto si será porque se encuentra realmente interesado en las pobres chicas muertas y quiere meter en la cárcel a toda la banda, o algún personaje importante le bajó línea... lo mío es muy aventurado, pero...

Gabriel se quedó pensando, estaba un poco sorprendido, se acordaba del saludo del fiscal con el Gordo Godoy. Lo que decía Manuel podría ser una realidad.

—Le repito maestro... ¿qué podemos hacer nosotros?

—Tal vez retacearle un poco la información... Digo, esperar a reunir pruebas suficientes que incriminen a estos personajes y guardar todo para el final. Buscar a algún periodista honesto, de peso, que en su momento, de ser necesario pudiera hacer público el caso con algunas de las pruebas contra estos tipos... ¡Pero ojo! para evitar quedar pegados deben armar una línea paralela por donde el periodista, supuestamente, pudiera haber obtenido la información. —Al igual que García, el veterano hablaba como pensando en voz alta.

—En este país la justicia no es independiente, responde al poder político, es por eso que hay dos cosas que a algunos personajes corruptos o manipulables de esa institución les puede llegar a inquietar, precisamente los políticos y los periodistas —concluyó haciendo una mueca como de escepticismo.

Para un policía enfrentarse con esta realidad desanima bastante, tener que lidiar con los de afuera y cuidarte de los de adentro, no es justo, más aun si se trata de funcionarios públicos de peso. Pero, sabido es que casi todo en la policía de investigaciones es desafío y riesgo, razonó interiormente Gabriel dándose ánimo.

El joven le expuso al comisario las dudas y sugerencias que el veterano le transmitiera. García se sonrió con indolencia pensando que el veterano exageraba, si bien no es habitual el excesivo interés por la causa, está dentro de lo normal, y el hecho de haber saludado a Godoy no significaba que tuvieran una relación. De todas maneras decidió que había llegado el momento de explicarle al pequeño grupo los riesgos que se corrían en virtud de las vinculaciones políticas de las personas que estaban investigando, preguntándose también hasta donde llegarían esas vinculaciones. Luego hizo especial hincapié en el absoluto compromiso, dedicación y fundamentalmente discreción que cada uno debería observar. Quedó implícito, aunque no se hablara, el pacto de honor entre estos policías que emprendían esta complicada y tal vez desigual cruzada, el objetivo, esclarecer los homicidios, desbaratar la banda de trata de blanca y poner tras las rejas a todos sus miembros incluidos los cabecillas.

Gabriel esperó a que todos se retiraran de la oficina. Cuando se quedó a solas con el comisario decidió hablarle sobre las actitudes de su ex mujer sin omitir detalles.

García lo escuchó atentamente, luego se hizo un silencio incómodo donde el comisario se tomó un buen tiempo para pensar. Se incorporó, apoyó los anteojos en el escritorio y en silencio comenzó a caminar de un lado al otro de la oficina. Hasta que en un determinado momento reflexionó:

—Qué extraño, la verdad esto me sorprende, no entiendo qué está buscando, por qué tanto interés en vos... Sé que lo de las investigaciones criminales a ella le encanta y creo que se quedó un poco intrigada cuando le conté lo de las chicas secuestradas y muertas en el subte —razonó por un momento lo que acababa de decir. Luego trató de justificarse.

—Como es una excelente médica me interesaba conocer su opinión. Seguramente en algo metí la pata porque a mí nunca me llamó por ese tema... algo le está pasando

Ahora ya decidido se dirigió a Gabriel:

—Me gustaría que le siguieras la corriente, pero, habría que pensar muy bien cómo hacerlo, podríamos comprarnos un dolor de cabeza.

Se quedó nuevamente en silencio de pie frente a la ventana que daba al estacionamiento, con su mano derecha acariciaba su barbilla, se lo notaba un tanto sorprendido, hasta hoy creía conocer bien a su ex mujer, pero esto lo desorientaba.

Sentado en el sillón frente al escritorio, Gabriel lo miraba en silencio aguardando a que decidiera qué hacer o cómo seguir.

El hábil comisario no demoró demasiado en reponerse de la sorpresa y tomar una determinación.

—Bueno nene, necesito que te sacrifiques por la causa. Esperá un par de días y después la llamás. Sé amable, pero no tanto porque se va a dar cuenta, es muy astuta. Seguíle la corriente para ver hasta dónde llega, qué es lo que realmente quiere... ah, y manejáte con total libertad... ¿entendés no?

—Sí señor —respondió el joven pese a que no le gustaba para nada la tarea encomendada.

Al otro día por la mañana, mucho más temprano de lo que acostumbraba, fue al bar a desayunar con Manuel. Como siempre, el veterano estaba sentado en una mesa relativamente aislada en el fondo del local desde donde podía apreciar gran parte del salón y la puerta de ingreso.

Como acostumbraba, Gabriel pidió un café cortado con dos medialunas y Manuel repitió lo que ya venía tomando, un café cortado con unas gotas apenas de leche.

Ni bien se retiró el mozo, el joven lo puso al tanto sobre las decisiones que se habían tomado respecto a las investigaciones de los homicidios. Y lo último en relación a Mabel Ruiz.

—Evidentemente esa mujer te está seduciendo porque quiere saber algo... o tal vez quiere contarte algo y vos no le estás dando la oportunidad para hacerlo. Dejando de lado que realmente le podés gustar, lo que me parece que está buscando es otra cosa, de eso no tengo ninguna duda. La incógnita es qué... y si hay alguien detrás de ella... Porque se me hace difícil creer que una profesional inteligente se exponga tanto si tuviera algo que ver con lo que está pasando... A mi humilde entender alguien la podría estar usando. Pero bueno, es sólo una posible teoría. Para saber lo que realmente está buscando tenés que llamarla y seguirle la corriente, como dijo tu comisario.

—Para qué perder el tiempo... ¡Ya la llamo! —agregó Gabriel mientras sacaba su teléfono celular.

La conversación con la médica duró casi media hora, en la que, con evidente cautela la mujer se interesó por los homicidios. Hábilmente Gabriel, ayudado por Manuel, la fue llevando para donde él quería, le dijo que lamentablemente seguían empantanados en la pesquisa y que se demoró en comunicarse porque quería darle una buena noticia, pero, como el tiempo pasaba y las cosas no cambiaban decidió llamarla, primero para agradecer su interés en su salud y después para no quedar como un maleducado. Y así, muy de a poco, comenzó a demostrar interés en la mujer. En algún pasaje de la charla el joven policía le advirtió que si por cualquier motivo tuviera que hablar con su ex marido, ésta conversación, y las que pudieran venir entre los dos, jamás existieron. La mujer estuvo de acuerdo y luego de un corto silencio pactó una cita para tomar un café, cita que el policía aceptó inmediatamente.

Terminado el coloquio telefónico, guardó su celular y se quedó mirando al veterano, quien con una sonrisa en su rostro y meneando su cabeza en típico gesto de aprobación, exclamó:

—¡brillante!... un buen policía también debe ser un buen actor.

La ayudante Paula Rivera, ingresó por quinto día consecutivo al bar de la facultad, mientras el cabo Miranda como todos los días, se ubicaba a treinta metros observando la entrada. Como aún era un poco temprano para la hora del almuerzo había muy poca gente en el salón, de esta manera Paula pudo elegir la misma mesa que usara en los días anteriores. Era clave evitar ser vista por la doctora Ruiz, es por ello que en su momento, también se ocupó de cambiar un poco más su apariencia física. Al notar su presencia, Marcela, la propietaria del establecimiento, salió de detrás del mostrador y se acercó sonriente a la mesa de la mujer policía con una bandeja en su mano.

A partir de ese momento comenzó una agradable relación diaria en la que luego de tres días de un sutil y evidente interrogatorio, Marcela, pudo averiguar que la joven se llamaba Martina Valle, que tenía veintidós años de edad, que trabajaba en la parte contable del local de insumos médicos que se encontraba a la vuelta del bar, que era oriunda de la ciudad de Cañuelas en la provincia de Buenos Aires y que se encontraba sola viviendo en la Capital Federal. Cuando la mujer abordó el tema de las relaciones de parejas, Martina (Paula Rivera), logró una muy buena actuación, en principio se mostró avergonzada, luego tímidamente y de manera ingeniosa salió del tema dejándole la duda de su condición sexual.

Es así que la estrategia comenzó a dar buenos resultados. La esperada llamada al comisario García por parte del señor Apella, propietario del local de insumos médicos y padre de Violeta, no se hizo esperar.

—Buenas tardes señor comisario. Cumpló en informarle, como habíamos quedado en su momento, que en el día de hoy, hace poco más de una media hora, entró a mi negocio la dueña del local de comidas que está frente a la facultad de medicina, una de mis empleadas la reconoció. Yo me encontraba muy cerca reponiendo mercadería, lo que me permitió escuchar la conversación.

Esta señora después de saludar amablemente pidió una caja de guantes de látex, luego distraídamente con evidente disimulo, deslizó el nombre de Martina Valle, haciendo referencia a que era una asidua clienta suya... y se quedó esperando una respuesta, ciertamente se la notaba muy ansiosa. Quien la estaba atendiendo, interiorizada del tema como todos mis empleados, le respondió que sabía que Martina almorzaba en su local porque ella misma le había comentado la muy buena comida que ahí se preparaba, dejando en claro que Martina Valle trabaja en mi negocio.

Yo no soy policía, pero me dio la impresión que lo que vino a buscar esta señora fue una respuesta sobre Martina Valle y no una caja de guantes de látex, porque, para terminar de confirmar lo que sospechaba... luego de pagar en la caja se retiró sin llevarse nada, una de mis empleadas salió corriendo a la calle para avisarle que se había olvidado su compra sobre el mostrador... Creo que eso es todo comisario, espero haber sido útil.

—¡Por supuesto señor Apella... muchas gracias!... Créame que la información que me acaba de dar es sumamente valiosa. Le ruego no comente los detalles con sus empleados, cuanto menos

sepan mejor... y si surge cualquier otra novedad, por favor vuélvame a llamar.

—Así lo haré —respondió el comerciante y cortó la comunicación.

Ya se había obtenido la información necesaria como para sumar un nuevo nombre al cuadro de situación. El de Marcela Viola, propietaria del bar de la facultad. Ahora dependía de la Ayudante Paula Rivera, que a estas alturas ya oficiaba de carnada, determinar cuál era la función específica que esta mujer tenía dentro de la organización. La tarea demandaba mucha paciencia y un importante riesgo.

El lugar elegido por Gabriel fue un bar de la calle Ángel Gallardo esquina Warnes en la zona del parque Centenario. Se trataba de un sitio muy acogedor que venía sobreviviendo desde los años ochenta.

Los clásicos lentos de aquellos años susurraban constantes en su interior, sus ventanales de vidrios oscuros finamente biselados, sus mesas y sillas de madera rústica y los pequeños veladores con luz muy tenue descansando apacibles sobre cada una de las mesas le daban al lugar un toque de intimidad y romanticismo.

La doctora Mabel Ruiz llegó diez minutos tarde a la cita. Se la veía diferente. Elegantemente ataviada. Sus cabellos ahora estaban sueltos y lucían sedosos, un delicado maquillaje resaltaba su aún juvenil y bello rostro. Realmente parecía otra mujer. Esto turbó por un instante al joven que de pie junto a la mesa trataba de no mostrarse fascinado. Aguardó a que ella se acercara, cuando estuvieron enfrentados se saludaron con un beso en la mejilla e inmediatamente la ayudó con su abrigo, en ese momento percibió el delicioso perfume que prácticamente lo embriagó.

Un tanto confundido se sentó frente a ella y llamó a la camarera tratando de ganar tiempo para reponerse. Mabel, con una sonrisa en su rostro no le sacaba los ojos de encima, adivinando la sorpresa del muchacho.

Luego de pedir un café cortado y una gaseosa para ella, Gabriel, con su mirada fija en las llaves de su viejo Peugeot, con las que jugaba sobre la mesa, comenzó a hablar.

—¿Cuál es el sentido de esta cita, Mabel? —Ya recuperado, levantó la vista y la miró fríamente a los ojos.

Sin modificar la calma expresión de su rostro y manteniendo siempre su seductora sonrisa, la mujer le contestó.

—Estimado Gabriel. Tal vez adivinando tus pensamientos, debo decirte que no necesariamente un hombre y una mujer se vinculan en busca de un romance... y digo esto porque por lo general cuando se acuerda una cita como esta, lo primero que a los hombres les viene a la mente es sexo... y no es así, hay otras cosas. Por ejemplo, a mí me gusta relacionarme con hombres y mujeres, sean jóvenes o maduros, si esto me hiciera feliz, si compartir un determinado espacio de tiempo con ellos me divierte o me enriquece espiritualmente, si considero que estamos en la misma frecuencia y tenemos la misma debilidad por algo determinado... ¿Estoy siendo clara?

—Sí, totalmente, pero te equivocás en la lectura de mis pensamientos.

—Bien... puede ser. De todas maneras no cambia el fondo de la cuestión. Lo que te quiero decir, es que esta cita es porque me da la impresión de que algo nos une, somos observadores, curiosos, pero por sobre todo, nos une la pasión por la investigación criminal, tal vez por eso en su momento elegí casarme con un policía de investigaciones.

—Te entiendo... ¿pero cuál es el punto al que querés llegar?

—Mirá, esto te parecerá infantil.

—Adelante.

—Tengo una muy buena amiga con la que comparto ese delirio. Cuando nos juntamos solemos mirar películas policiales o leemos novelas de ese estilo. Durante el desarrollo de la historia

vamos tratando de adelantarnos a los detectives haciendo conjeturas, atando cabos, volviendo una y otra vez atrás en la cronología para encontrar errores o detalles que en su momento pudieron haber pasado inadvertidos... En definitiva, nuestro desafío es llegar antes que nadie a descubrir la verdad. Como ves, sólo un juego. Pero en la realidad es otra cosa... saber que en tus manos está el poder de resolver crímenes verdaderos, créeme que esa posibilidad me fascina. Esta es la razón por la que quería conocerte, porque vi reflejado en tus ojos ese entusiasmo propio de aquellos que compartimos una misma pasión, esa que alguna vez compartí con mi ex marido.

—No entiendo, ¿por qué tienes tanto interés en este caso? —Inmediatamente se arrepintió de la pregunta que le acababa de hacer, la creyó apresurada.

—Decime... ¿en qué circunstancia nos conocimos? —preguntó la mujer.

—Me acuerdo... ¿pero qué tiene que ver?

—¿Cómo qué tiene que ver?... ¡las chicas secuestradas, violadas, drogadas y algunas...

asesinadas! Yo les avisé de un caso en mi hospital y hasta interrogué a la víctima y a sus padres a tu pedido... ¡Evidentemente estuve colaborando con la investigación!... ¿no es así?

Eso es verdad, pensó el joven. Pero intuía que mentía con respecto a su verdadero interés sobre los homicidios. Trató de ganar algo de tiempo para pensar cómo seguir y no equivocarse sus preguntas.

—Estuviste casada con un policía, debes saber que no se puede dar información a nadie que no participe oficialmente de las investigaciones. De cualquier manera, no tendría problema en proporcionarte algunos detalles para que sacaras tus conclusiones... seguramente serías de gran ayuda. Pero como ya te dije estamos empantanados.

La mujer titubeó molesta sin saber qué responder. Gabriel supo capitalizar ese momento de duda y la miró a los ojos por encima de la tenue luz amarillenta que irradiaba la pequeña lámpara que estaba sobre la mesa. Ahora los ojos del joven recobraron su habitual vigor y como un látigo sagaz azotaron los de la dubitativa mujer. Por primera vez se sintió seguro frente a ella, es así que decidió presionarla e ir directo al grano.

—Mirá, no quiero seguir perdiendo el tiempo a menos que confíes en mí. Si querés que sigamos hablando y además pretendés que sea sincero con vos... empezá a serlo conmigo y decime la verdad de lo que realmente estás buscando.

Recobrada su habitual postura, Mabel Ruiz hizo un gesto como de admiración por lo perspicaz que resultó ser Gabriel y la franqueza con que le hablaba.

—Bien, veo que me facilitás las cosas —dijo con una sonrisa en su rostro.

—Créeme que todo lo que te dije hasta ahora es verdad. Fuiste muy astuto en darte cuenta que también busco otra cosa... comprenderás que no sabía hasta qué punto podía confiar en vos.

—Podés confiar, siempre y cuando me digas la verdad completa, así sabría a qué atenerme si ocurriera algo... decime y veo en qué te puedo ayudar —urgió el joven.

—No es nada sencillo para mí. Pero trataré de sobreponerme a muchas cosas para poder explicarte lo que me viene preocupando.

Se inclinó hacia adelante reduciendo el espacio entre ambos, puso sus delicadas manos sobre la mesa y luego de inspirar profundamente comenzó a hablar.

—Hace ya un largo tiempo, un buen amigo, ex compañero de la facultad y actual profesor de la misma, me presentó a una joven estudiante. Antes de seguir debes saber que a mí me gustan los hombres y de ellos me enamoro... de las mujeres lo único que me atrae es el sexo y nada más... ¿Se entiende? —preguntó un tanto avergonzada.

—Totalmente... Seguí.

—Con esta chica disfruté de una relación muy abierta, como a mí me gusta. Cada una hacía lo que

se le antojaba de su vida sin reprocharnos ni exigirnos nada. Tal es así que ella habitualmente se vinculaba con jovencitas, que en ocasiones, no siempre, solía compartir conmigo —hizo un corto silencio experimentando cierto alivio luego de esa difícil e íntima confesión, que creía necesaria para que se entendiera claramente qué era lo que le preocupaba. Ahora mucho más resuelta, clavó sus ojos en los de Gabriel y prosiguió.

—Una de esas jóvenes que supimos compartir, apareció muerta en el subterráneo. Y no estoy muy segura de esto... pero creo que otra de las chicas muertas en el subte tuvo un *tachangou* con mi amiga.

Ninguno de los dos se movió. Gabriel, sorprendido por la compulsiva confidencia trataba de hallar la pregunta adecuada, y la mujer aguardaba, sin apartar sus ojos del joven policía, a que ésta se hiciera.

—Hablame de tu amiga. ¿Quién es... cómo se llama?

—Carina... Carina Braco se llama... —Al escuchar ese nombre el joven sobrecogido la interrumpió.

—¿La conozco!... ¿Vive en un hotel de señoritas en Villa Crespo?

—¡Sí!... ¿Cómo sabés?... ¿la están investigando?

—No... no —respondió un perturbado y pensativo Gabriel.

—Era compañera de cuarto de mi novia en ese hotel. —Se hizo un prolongado silencio en que pareció reflexionar en algo. Evocó un recuerdo: la mujer con guardapolvo blanco que empujaba la camilla en el túnel del subterráneo, y lo que le dijera el comisario respecto a que Micaela podría haber tenido algún tipo de relación con alguno de los secuestradores sin ella saberlo.

Mabel, que lo observaba del otro lado de la mesa, intrigada le preguntó:

—¿En qué te quedaste pensando?

—Nada en especial. Decime ¿sabés en qué lugar Carina conoció a estas chicas?

—Realmente no lo sé...

El joven se reclinó en su silla desafiándola con la mirada. Mabel vaciló por un instante, sabía que el policía algo se traía, inmediatamente se recompuso y arriesgó algunas posibilidades.

—Supongo que en la facultad alguien se las presentó, o en algunos de los locales bailables a los que suele ir... quizá en el bar que está frente a la facultad —dijo finalmente para tranquilidad del policía que no quería verdades a medias.

—Bien... ¿vos creés que Carina podría tener algo que ver con los secuestros y las muertes? —consultó Gabriel.

—No lo sé. Por eso estoy acá, para que vos me lo digas.

—Mmm ¿Esa es la causa por la cual tanto insistías en saber cuán adelantados estábamos en la pesquisas?

—En parte... porque es verdad lo que te dije respecto a que me apasiona la investigación criminal. Pero comencé a preocuparme más cuando me enteré de las muertes de esas chicas y su relación con Carina. A mi ex no le quería preguntar nada por las circunstancias... vos entenderás... esa debilidad o inclinación mía, así le podría llamar, fue determinante en nuestro divorcio... ¿y ahora le voy a venir con esto?

—Entiendo —expresó el joven y prosiguió consultándole.

—Volviendo a Carina... ¿tenés algún dato más que pudiera vincularla con los homicidios?

—Creo que sí —reflexionó la mujer asintiendo con su cabeza. —Cuando me enteré de las chicas muertas en el subte y que una de ellas era nuestra amiga en común, se lo comenté a Carina. En ese momento me pareció que no le sorprendió demasiado la noticia. Pero cuando le dije que habían sido asesinadas se comenzó a interesar. Después de lamentarse por el destino trágico de nuestra

amiga, me bombardeó a preguntas... ¿Cómo saben que fueron asesinadas?... ¿le preguntaste a tu ex marido?... ¿tienen idea de quién fue? Creo, o me pareció, que en un momento se dio cuenta de que se estaba mostrando demasiado ansiosa y desvió todo a nuestra pasión... detectivesca.

Mientras hablaba parecía estar viviendo ese momento, entonces una duda pareció asaltarla.

—Claro que puedo estar equivocada... Tal vez sólo sea fruto de mi imaginación —finalizó un tanto decepcionada. Ahora que volvía a revivir lo que tanto la venía preocupando, se dio cuenta que quizá exageraba.

—No, no es tu imaginación... Es más, creo que podés tener razón— La animó Gabriel.

—¿Te parece?

—Sí. Hace unos días... —Estaba por comentarle lo del túnel y la mujer con guardapolvo blanco empujando la camilla, pero se contuvo cuando advirtió que se apuraba, pensó que aún no era el momento de develarle esa información.

—¿Qué me ibas a decir?...

—Nada... nada importante. —La mujer se dio cuenta que algo le ocultaba y no quiso presionarlo.

—Está bien... seguramente algún día confiarás en mí. En definitiva, lo que quiero saber es si Carina está de alguna manera involucrada en estos crímenes. —La mujer se quedó por un momento en silencio, apoyó su suave y cálida mano sobre la de Gabriel y mirándolo a los ojos expresó:

—Sé que estás obligado a contarle todo a mi ex. Y me parece bien, es lo que corresponde... Pero por favor, te ruego omitas decirle lo que te confesé respecto a mi vida privada... a mi intimidad. Creo que no es necesario que se entere, conociéndolo sé que lo avergonzaría —concluyó.

Gabriel asintió con su cabeza sin dejar de mirarla. El joven estaba acostumbrado a hacer rápidas evaluaciones sobre personalidades y carácter, pero la de Mabel se le resistía.

La oficial Paula Rivera se movía inquieta en su silla. El cabo Miranda, como en días anteriores, se retiró antes porque debía resolver algunos problemas de índole personal. Hasta ahora todo era muy normal y rutinario en el bar de la facultad, es por ello que decidieron no informar a nadie del problema de Miranda, en unos pocos días todo se normalizaría. Sin embargo ese día en particular algo le preocupaba, la propietaria del local, Marcela Viola, la estaba poco más que interrogando en cuanto a sus hábitos, cuando la conversación se vio interrumpida por las obligaciones de ella con la caja. La mujer policía aprovechó ese momento para pedir la cuenta y retirarse, es así que extrajo con prontitud la billetera de su cartera y miró en dirección hacia donde había visto por última vez a la camarera, pero ésta ya no se encontraba allí, paseó una rápida mirada por el lugar tratando de ubicarla, pero fue en vano, la camarera no estaba a la vista, miró hacia la caja y Marcela tampoco estaba en su lugar. Si bien le molestó la manera en que la mujer le preguntaba por algunas cosas personales, no era motivo suficiente para estar tan alarmada e incómoda. Volvió a contemplar detenidamente el salón, le llamó la atención la poca gente que había, decidió no perder tiempo y pagar directamente en la caja. Se levantó, tomó la cartera que colgaba del respaldo de la silla y con la billetera en la mano se dirigió a la caja, mientras caminaba sentía sus pasos retumbando en el piso de madera, esto la puso aún más nerviosa porque se dio cuenta que tampoco sonaba la música que era habitual en el lugar, necesitaba salir lo antes posible de ahí.

—¿Qué te pasa Paula?... todo está bien, no hay motivos para que estés tan intranquila —se decía a sí misma mientras parada frente a la caja buscaba con su mirada a alguien que le pudiera cobrar lo que había consumido. Pero no podía ver a nadie, sólo escuchaba un susurro que provenía de detrás de dos gruesas cortinas de color bordó que separaban la cocina del mostrador, se corrió un poco a su derecha y escudriñó con su mirada por la abertura que había quedado entre las dos cortinas, Marcela Viola se paseaba, hablando por teléfono y gesticulando ostentosamente de un lado a otro en el interior de la cocina. Cada vez que Paula la veía pasar por la abertura entre las

cortinas, levantaba su mano para llamar la atención de la mujer, pero ésta se hallaba sumida en su conversación telefónica y no la veía. Estaba en eso cuando, desde atrás, alguien le tocó el brazo. Sobresaltada giró bruscamente y se encontró con la mirada atónita de la camarera, que al darse cuenta lo que había provocado se disculpó.

—¡Perdonáme Martina, no quise asustarte!

—No... no, está bien ¿Qué te debo? —preguntó Paula mientras hurgaba nerviosamente en su billetera.

—Cuarenta pesos.

La joven policía extrajo un billete y se lo dio.

—Quedate con el cambio —dijo, e inmediatamente se dirigió presurosa a la salida. Antes de llegar a la puerta escuchó que Marcela la llamaba desde el mostrador, se dio vuelta y con una sonrisa forzada le hizo un gesto con la mano como que estaba apurada.

Caminó de prisa por la vereda, su intención era llegar rápido a la esquina y girar a la derecha, no quería que desde el bar la vieran ascendiendo a un taxi. Una vez en la esquina y antes de doblar hacia la avenida, miró atrás para ver si alguien la estaba observando, pero no vio a nadie, lo cual la tranquilizó, aflojando el paso. Ya a la vuelta del bar giró nuevamente para ver si veía algún taxi desocupado. El tránsito era lento, los molestos bocinazos solían ser un aditamento casi natural en la zona. No se molestó demasiado, cuando no pudo ver ningún taxi libre, pensó que desde donde se encontraba llegaría más rápido a la avenida caminando que en un auto, entonces volvió a apretar el paso.

Ya llegaba a la avenida cuando una camioneta de color blanco frenó bruscamente a su lado al tiempo que la puerta lateral corrediza se abrió. Todo sucedió demasiado rápido, cuando quiso ver qué estaba pasando con la camioneta, desde atrás una mano la sujetó con firmeza de su hombro obligándola a darse vuelta; al hacerlo, un espray roció su rostro, trató de reaccionar pero ya era demasiado tarde, sintió que se desmayaba, no podía gritar, sus piernas se aflojaron, era consciente de lo que le estaba ocurriendo pero estaba paralizada. Escuchó gritos al tiempo que alguien la sujetaba de las axilas. En cuestión de segundos se hallaba en el interior de la camioneta acostada sobre lo que parecía ser una camilla. Cada tanto perdía el conocimiento para volverlo a recuperar, aturdida, paralizada y sin poder ver, se daba cuenta de que estaban circulando por una calle empedrada por como saltaba y se sacudía el vehículo. Sabía que no tenía otra opción más que relajarse y tratar de escuchar todo lo que ocurría a su alrededor. Pese a la difícil situación en la que estaba, sintió cierta tranquilidad al recordar que en su cartera no llevaba ningún tipo de documentación, nada que la pudiera identificar.

Comenzó a recuperar paulatinamente la vista; aunque difusas, las personas empezaban a tomar forma a su alrededor, también recuperó algo de movilidad en sus manos, con sus dedos acarició lo que parecía ser la baranda de metal de la camilla, entonces se dio cuenta que sus muñecas estaban atadas a la baranda.

—¡Ojo que se está despertando! —chilló un hombre a su lado.

Como fantasma danzando en las tinieblas, las difusas figuras se activaron en derredor suyo.

Alguien la había despojado de sus zapatos y sujetado con fuerza de los tobillos —¡Ya está! — escuchó. Luego sobrevino un doloroso pinchazo entre los dedos de los pies y todo se oscureció. Cuando recuperó la conciencia estaba aturdida y con un fuerte dolor de cabeza. Abrió los ojos y todo era penumbras, se quedó inmóvil tratando de recordar lo que le estaba ocurriendo, entonces los cerró, no quería que la volvieran a drogar.

Luego de unos segundos notó que seguía sobre la camilla bamboleándose suavemente. Advirtió que la estaban trasladando a mano hacia algún lugar. Abrió los ojos y de nuevo las penumbras,

pese al riesgo que esto implicaba decidió dejarlos abiertos para tratar de ver algo. Casi de inmediato se fue acostumbrando a la oscuridad del lugar y difusamente comenzó a distinguir una figura delante suyo a la altura de sus pies que caminaba de espaldas cargando la camilla en su parte delantera. No podía ver nada con claridad, pero pudo reparar en que esta persona tenía puesto un guardapolvo blanco. Se quedó mirando el rústico techo apenas iluminado por algunas esporádicas luces fluorescentes y percibiendo el vaho rancio mezclado con olor a grasa. Ya no le cabía ninguna duda del lugar donde se encontraba y lo que le esperaba. Era como que había perdido completamente la voluntad, apenas podía mover sus dedos. Cerró los ojos y dijo una plegaria para sus adentros pensando en su padre (policía ya retirado) que tanto se preocupaba por su bienestar. Sus ojos se estaban humedeciendo cuando escuchó una voz agitada de mujer a un costado y un tanto alejada. —¡Apuremos que viene un tren!

Quien se encontraba detrás de ella, seguramente cargando la camilla del otro extremo, dijo con voz tajante —Tapále la cabeza. —El movimiento fue rápido, una fina y fría sabana le cubrió la cara, ahora los sacudones se intensificaron, sus muñecas atadas a la baranda de la camilla, con sunchos plásticos, le dolían tremendamente.

Se dio cuenta que ingresaron a algún lugar cuando escuchó una puerta cerrándose a sus espaldas y el clásico ruido a cerrojos accionándose, seguidamente el ruido metálico de las ruedas de la camilla que se desplegaban... y la quietud, el silencio que parecía no terminar jamás.

Pensaba si la habían dejado sola cuando advirtió algún movimiento sigiloso en derredor suyo, luego algún susurro cercano y posteriormente notó que le destapaban las piernas, alguien se las sujetó con fuerza contra la camilla y de nuevo el molesto pinchazo entre los dedos de los pies... y otra vez la nada.

Despertó sobre la cama de una suntuosa habitación. Pese a una muy sutil luz, podía ver todo dentro del lujoso dormitorio. Ahora estaba completamente consiente pero no tenía ni idea del tiempo transcurrido, ni si era de día o de noche. Intentó moverse, sin embargo apenas pudo levantar un poco la cabeza, sentía como que le habían quitado todas sus fuerzas.

Cuando comenzó a examinarse físicamente advirtió que se encontraba prácticamente desnuda, tan sólo un diminuto babydoll cubría su blanco y delicado cuerpo. Desolada se quedó pensando en quien la habría desnudado cuando escuchó una puerta que se abría. Miró de reojo, un hombre que lucía como atuendo tan sólo un calzoncillo blanco se le acercaba tímidamente. Se detuvo junto a la cama y se quedó mirándola por unos segundos, la joven, impotente, trataba en vano de recobrar sus fuerzas, pero cuanto más luchaba peor era. Pudo distinguir rasgos orientales en el hombre que ahora se hallaba arrodillado en la cama junto a ella. Trató de no pensar en nada, se limitó a rezar mientras el hombre comenzaba a manosear sus partes íntimas y no tardó demasiado en excitarse; sin perder tiempo se colocó encima del cuerpo que yacía en la cama prácticamente inerte, la muchacha debió soportar resignada el peso del hombre sobre ella y el fétido olor a transpiración. Asqueada, comenzó a padecer en su tersa piel la tibia secreción que emanaba del cuerpo sudado del hombre y se iba adhiriendo al suyo mientras éste se refregaba sobre ella tratando de acomodarse.

Luego con horror comenzó a sentir cómo era abusada brutalmente una y otra vez, mientras escuchaba el grotesco jadeo.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando giró su cabeza en dirección a la puerta al escuchar un ruido. Otro hombre completamente desnudo estaba a pocos metros y visiblemente excitado. No hablaban, se hacían gestos entre ellos y lanzaban risitas nerviosas cada tanto, que se

intensificaron cuando uno de ellos decidió darla vuelta en la cama, dejándola boca abajo. Se fueron turnando para violarla despiadadamente. El dolor físico era terrible, pero el del alma se hacía insoportable. Sentía sus ojos hinchados de tanto llorar, sus partes íntimas adoloridas y muchas ganas de vomitar cuando los dos hombres abandonaron el cuarto.

Todo quedó a oscuras por un corto tiempo, inmediatamente la puerta se volvió a abrir y alguien se dirigió rápidamente hacia ella, encandilándola con una linterna. Para entonces ya tenía más control sobre sus miembros y podía hablar.

—¡Por favor!... ¿por qué me hacen esto? —dijo sollozando.

Pero nadie le respondió. La tomaron con fuerza desde atrás, por sus hombros, y la recostaron en la cama, en todo momento alguien la seguía encandilando con la linterna. Ella había recuperado gran parte de sus fuerzas y comenzó a ofrecerles resistencia, entonces un fuerte golpe de puño en la cabeza la dejó aturdida, en seguida sobrevino el pinchazo entre los dedos de los pies... y la oscuridad... el vacío.

Hacía tres días que la ayudante Paula Riviera se hallaba desaparecida.

El comisario García soportaba impasible las desmedidas demandas y reproches del padre de la joven. Mientras con el juzgado trataban de armar algún tipo de estrategia que seguramente se demoraría en el tiempo.

El cabo Miranda, consternado, sólo se limitaba a pedir disculpas a cuanto policía se le acercara. Sin dar aviso al comisario, Gabriel decidió seguir la sugerencia del veterano Manuel, es así que cuando la noche cubrió la ciudad con una densa oscuridad, acompañado por el veterano, vestidos con ropas oscuras y antes de que cerrara el subterráneo, se ocultaron en un recoveco del túnel en la estación Plaza Miserere, descartaron por ahora Pueyrredón.

Eran muchos los riesgos que se corrían, sabían que se trataba de un manotazo desesperado para tratar de rescatar a una compañera... Pero consideraban que realmente valía la pena.

Tuvieron en cuenta lo que en su momento les indicara Susana Robito, que todo ocurría abajo, en el subte, que se armaban habitaciones de lujo por unos días, para luego desarmarlas y armarlas en otro lugar.

La idea era tratar de encontrarla esa misma noche y lo más rápidamente posible, cuanto más se demoraran, más tiempo de calvario pasaría su compañera, además del riesgo inminente de vida.

—Primero vamos a recorrer esta zona prestando atención a todos los recovecos y puertas, tampoco descartemos los vagones abandonados. Importante, asegurémonos de que nuestros celulares estén en vibrador —dijo un muy agitado Manuel mientras observaba todo a su alrededor. La noche se presentaba calurosa, la luz escasa y el silencio casi absoluto a no ser por el sonido esporádico de los vehículos pasando por sobre las rejillas de ventilación.

—Tenemos que estar atentos a cualquier ruido o movimiento y ser extremadamente sigilosos. Para no perder tiempo yo me quedo a chequear todo por acá, vos pasá del otro lado de la estación y hacé un reconocimiento minucioso.

Gabriel, asintiendo con la cabeza, agregó:

—cualquier cosa nos llamamos por celular.

—Bien. Pero tengamos paciencia, esta es una de las pocas estaciones que posee una importante cantidad de recovecos, oficinas y galpones. Recordá que las cosas nunca son lo que parecen, así que examiná dos veces todo... tengo una corazonada con este lugar —agregó Manuel.

Los trenes ya no circulaban, pero aún quedaban algunos empleados dando vueltas por el iluminado andén.

Gabriel no quería perder más tiempo, miró a Manuel que se encontraba apoyado contra la sucia pared del túnel, visiblemente agitado —¿Está bien maestro?

—Sí... sí, sólo un poco cansado, hace mucho que no hago ejercicios ¡y éste cigarrillo de porquería!... andá tranquilo.

Se quedó por un momento observándolo para comprobar que se estaba reponiendo. Cuando consideró que estaría bien, comenzó a caminar apresurado por la angosta veredita de cemento. A no más de veinte metros visualizó la escalera que accedía al andén, a medida que se fue acercando se dio cuenta que se estaba exponiendo demasiado, desde el andén de enfrente lo podrían ver. Se agazapó y prácticamente a la carrera llegó a la base de la escalera, ahí se acurrucó en el rincón formado entre la corta escalera y la pared, de esta manera permaneció inmóvil observando el andén opuesto.

Escudriñó con su mirada por un instante el interior de las boleterías y no vio movimientos de personas, luego inspeccionó las escaleras advirtiendo que la mecánica había dejado de funcionar. Elevó su cabeza por sobre el último escalón para echar una ojeada en el andén de su lado. Estimó que ese era el momento, ambos andenes estaban desiertos.

Caminó agazapado un par de metros hasta ubicarse con un pie a cada lado del riel, el más cercano al andén de su lado, de esta manera, caminando agachado, evitaría ser visto desde las boleterías de ese sector, pero no así desde el andén de enfrente.

Calculó que eran cien metros hasta el otro lado, echó un vistazo a las vías, sabía que no le iba a resultar fácil caminar rápido por sobre el pedregullo.

Comenzó a experimentar el placentero cosquilleo en su estómago al momento de emprender la marcha.

Encorvado se desplazaba raudamente mientras sentía bajo sus pies las molestas piedras que se deslizaban a cada paso produciendo un chasquido al golpearse entre sí.

Cuando estimó que se encontraba a mitad del camino se detuvo, apoyó una rodilla en el piso y miró de reojo hacia el andén opuesto, que seguía desolado. Se quedó contemplando por un momento el interior de las boleterías y no vio actividad en su interior, entonces continuó decidido su recorrido.

Cuando llegó al final no se detuvo, avanzó varios metros más hasta llegar a una zona muy poco iluminada donde aprovechó para salirse de las vías y dirigirse a la vereda de cemento. Una vez ahí se apoyó de espaldas contra la pared y giró para ver si su travesía había sido observada desde alguno de los andenes, pero ambos seguían desiertos.

Producto de la vertiginosa caminata cargada de adrenalina, jadeante, se encorvó y apoyó las manos en sus rodillas. Mientras trataba de recobrarse miró hacia el interior del túnel que a unos metros iniciaba un prolongado giro a la izquierda. Gabriel sabía que cien o ciento veinte metros más adelante, al finalizar la curva, había una bifurcación donde confluyen algunos ramales, normal considerando que en esta estación convergen dos líneas, la A y la H.

Debido a la intensa caminata, la humedad y el calor del lugar, la camisa del joven se adhería caprichosa a su cuerpo transpirado, ésta situación no le incomodaba, contrariamente lo motivaba aún más, notaba que todos sus sentidos se encontraban alertas.

Echó una última ojeada a los iluminados andenes para verificar que permanecían desiertos, comprobado esto dio media vuelta y comenzó a trotar por la muy deteriorada y angosta vereda adentrándose al solitario túnel. En menos de un minuto llegó al final de la curva.

El sector era considerablemente amplio, a pesar de la escasa iluminación se podía distinguir a la perfección toda la zona, el joven policía aprovechó esa circunstancia para permanecer por unos minutos observándolo todo a la distancia. Le llamó la atención una edificación semicircular que se encontraba a unos treinta o cuarenta metros de distancia, semejante a una vieja estación ferroviaria, poseía una importante puerta principal de dos hojas, una pequeña lamparita colgando

de un alero la iluminaba. Esta robusta puerta estaba franqueada por otras dos más pequeñas, separadas entre sí por no más de cuatro metros.

Cruzó deprisa saltando los rieles de las vías que había en su camino hasta acceder con un ágil salto al antiguo andén. Una vez ahí, fue sigilosamente hacia las puertas. Todo era suciedad, polvo y telas de araña. Observó de reojo las vías que se dirigían en distintas direcciones advirtiendo dos vagones detenidos en lo que parecían ser vías muertas.

Volvió a prestar atención a las puertas deteniéndose en la del medio, la principal. Casi no fue necesario ponerse en puntas de pie para aflojar la lamparita que colgaba en el alero y apagar la luz. Espió detenidamente por la cerradura, luego apoyó su oído en ella permaneciendo de esta manera un largo rato tratando de escuchar algo detrás de la vieja y robusta madera.

Hizo esto en cada una de las puertas, incluso en el portón. También revisó exhaustivamente los vagones, hasta que finalmente decidió acurrucarse junto a la puerta principal y permanecer en silencio intentado captar el menor movimiento.

No tenía ni idea del tiempo transcurrido cuando su celular comenzó a vibrar en el bolsillo sobresaltándolo. Lo extrajo, miró la pantalla para ver de quien se trataba e inmediatamente, casi susurrando, preguntó: —Maestro... ¿todo bien?

—Sí... bien. Hasta ahora nada por acá, ni una sombra, nada... ¿te diste cuenta de qué hora es?

Las dos y veinte de la madrugada marcaba el reloj de Gabriel cuando lo miró.

—¡Qué bárbaro... se pasó volando el tiempo! —reflexionó el muchacho para luego agregar: —En este lugar no se escucha ni el vuelo de una mosca.

—Me acordé de algo muy interesante... ¿Te dije que tengo una corazonada con este lugar, no? —y sin esperar respuesta Manuel prosiguió. —Vení que te explico... o mejor dicho te cuento una historia.

Intrigado por lo que le dijera el veterano comenzó a desandar el camino, pero esta vez lo hizo lentamente, sin confiarse, con todos sus sentidos alertas.

A medida que caminaba cautelosamente entre los dos rieles, sobre el pedregal, girando paulatinamente hacia su derecha, notaba cómo la luz aumentaba dentro del túnel, clara señal de que se estaba acercando a la estación Miserere.

Observó detenidamente los aún iluminados andenes comprobando que se encontraban solitarios. Puso un pie en cada lado del riel, de la misma forma que lo hizo en su primera incursión, se agachó y sin detenerse en ningún momento caminó sin apuro hasta el otro lado.

Manuel lo estaba aguardando unos diez metros dentro del túnel, cuando lo vio llegar levantó un brazo y lo agitó en el aire para que lo viera.

Una vez reunidos, por precaución tomaron un poco más de distancia de los andenes y se sentaron en la trocha central de cemento donde se apoyan algunas columnas del mismo material.

Un entusiasta Manuel en seguida inició su relato. —A principio del siglo veinte se construyó esta línea a cielo abierto. Cuando estaban levantando la estación Alberti, por un problema... creo que de suelo, se derrumbó y dos obreros murieron sepultados. La estación quedó en su lugar pero fue abandonada. Posteriormente se construyeron dos medias estaciones. A unos cuantos metros de la abandonada se encuentra la actual Alberti, y doscientos metros más adelante Pasco. Hoy existe una leyenda urbana con respecto a esa estación, se dice que los fantasmas de los obreros vagan por el andén, mucha gente asegura haber visto sombras al pasar por ahí.

Lo interesante, es que a esta estación se accede únicamente por las vías o por una estrecha escalera de cemento que asciende a la superficie hasta una puerta trampa de metal que se

encuentra sobre la vereda de la avenida Rivadavia —miró al joven con una sonrisa. Pero, se dio cuenta de que éste no terminaba de entender completamente su presunción, entonces decidió desarrollarla.

—Generalmente nadie anda por esa estación, raramente, supongo, lo harán para reparar algo. Este mito está tan arraigado entre los empleados del subte, que al último lugar de este mundo subterráneo donde un empleado de Metrovías quisiera ir, es a esta estación.

—¡¡Lugar perfecto para armar todo el circo sin que nadie los moleste!! —Agregó eufórico Gabriel.

—¡Precisamente muchacho!

—¿Podemos ir?... No debemos de estar lejos —consideró Gabriel.

—Más o menos entre trecientos y cuatrocientos metros —calculó Manuel mientras acariciaba pensativo su mentón. —Quién sabe, por ahí tenemos suerte, aunque me parece demasiado tarde... estos tipos se deben manejar durante el día aprovechando el movimiento de gente y el ruido. Pero vamos así reconocemos el lugar y chequeamos todo para mañana.

Emprendieron el escabroso trayecto andando lentamente sobre la angosta y estropeada vereda de cemento, a veces lo tenían que hacer sobre el pedregal. Por las dificultades que presentaba el trayecto a recorrer, sumado a la poca visibilidad, había que ser muy cuidadosos. Manuel no era precisamente un jovencito atlético, una pisada en falso o una caída podían provocar una lesión y todo se complicaría.

La oficial ayudante Paula Rivera recuperaba nuevamente el conocimiento en la lujosa habitación.

Cuando intentó abrir sus ojos, una fuerte luz le produjo un punzante dolor encegueciéndola y obligándola a cerrarlos. La luz se apagó pero ella no volvió a abrir sus ojos, se quedó inmóvil escuchando el ligero movimiento que se producía a su alrededor. Percibió una agradable fragancia cuando alguien se le acercó para tomarla con fuerza de los cabellos, luego notó la aproximación de una suave respiración con aroma a menta hasta que unos delicados labios se posaron suavemente por unos segundos en los suyos, luego se apartaron y una voz femenina le murmuró al oído:

—Podés abrir los ojos, muñeca... ¡miráme por favor!

Muy asustada se dio cuenta de que si los abría estaría perdida, entonces se resistió mientras balbuceaba una súplica.

—¡¡Por favor!!... ¡¡no... no quiero ver a nadie, hagan lo que quieran pero déjenme vivir!! —finalizó sollozando. Un violento tirón de cabellos acompañado de una fuerte bofetada la obligó a abrirlos.

Una mujer la observaba desde arriba, a corta distancia, pero no podía distinguir con claridad su rostro. Sentía náuseas, le dolía la cabeza y estaba muy asustada. Cerró los ojos y los volvió a abrir, pero el rostro frente a ella se veía aún difuso. Mientras acariciaba sus cabellos, la mujer volvió a murmurarle al oído.

—¿Se creían más inteligentes que nosotros?... ¡mocosa maleducada! —Otra bofetada sacudió su cabeza y la luz enceguecedora lastimó nuevamente sus ojos.

Cuando todo quedó en silencio y la habitación en penumbras, angustiada notó que se había orinado, pero ese incidente no fue un impedimento para los tres asiáticos que la ultrajaron por espacio de dos horas entre gemidos y risitas divertidas.

Finalizado el tremendo martirio se quedó sola en la habitación más tiempo del habitual, es por

ello que comenzó a reponerse paulatinamente, aunque sin fuerzas.

Podía mover con relativa facilidad todos sus miembros y levantar su cuerpo hasta quedar prácticamente sentada. Tanteó con su mano derecha una sábana que había quedado arrollada a su costado y la asió sin esfuerzo. Lentamente mientras lloriqueaba, frotó su rostro, luego sus desnudos pechos y posteriormente sus partes íntimas, limpiaba con repugnancia la traspiración y saliva que los hombres habían dejado en ella. Pero era consciente que si sobrevivía, la suciedad que dejaron en su alma jamás la podría limpiar.

Luego de la muy lenta y penosa higienización se reincorporó trabajosamente, miró todo en rededor y aguzó el oído, el silencio era absoluto. Cuando estaba intentando bajarse de la cama se abrió la puerta y las luces de varias linternas volvieron a lastimar sus ojos, escuchó pasos apurados que se dirigían hacia ella, la tomaron de los brazos y la acostaron sobre la cama sin violencia, luego, mientras la sujetaban de los brazos y de las piernas, sobrevino el molesto pinchazo entre los dedos de los pies.

Esta vez la droga demoró más de lo acostumbrado en hacerle efecto, tal es así que en un determinado momento, fuera de la habitación, a lo lejos y como en un sueño, llegó a sus oídos claramente la voz preocupada de un hombre: —¡¡Hay que parar con esto por un tiempo!! Lo de esta piba es una locura, vamos a tener quilombo.

Por más que se esforzó por permanecer despierta, sobrevino inmediatamente la nada... la oscuridad más absoluta.

La tenue y amarillenta luz le daba a la abandonada estación un brillo sobrenatural. Manuel llegó agotado, se encorvó hacia adelante y apoyó sus manos en los escalones que ascendían al andén, en esa posición permaneció por unos segundos tratando de recuperar el aliento, luego se sentó en la escalera sin importarle lo sucia que estaba. Gabriel lo observaba preocupado, el veterano se dio cuenta de ello y le sonrió —Quedáte tranquilo muchacho... ¡Esta vieja máquina en cinco minutos estará como nueva!

Mientras Manuel se reponía, Gabriel accedió al sórdido andén y se quedó observando la considerable cortina metálica color gris que se encontraba cerrada —seguramente sería el lugar de acceso de la calle a la estación— pensaba cuando lo sobresaltó la voz de Manuel detrás de él, murmurándole a su oído.

—Jamás se hizo la salida a la calle, sería bueno saber qué hay detrás de esta cortina. —Apoyó su mano en el hombro del joven y le señaló el final del corto andén, tuvieron que retroceder unos pasos y forzar la vista para distinguir una puerta que se encontraba en penumbras.

Mientras el joven apoyaba su oído en la cortina metálica tratando de escuchar algo, Manuel paulatinamente se fue acercando a la puerta sin dejar de observar todo su entorno.

Permanecieron un tiempo considerable en absoluto silencio escuchando a través de la cortina metálica y de la puerta.

Cuando Gabriel consideró que ya era suficiente tiempo le hizo una seña a Manuel como de decepción, abriendo sus brazos y negando con su cabeza. Manuel le gesticuló con su mano llamándolo. Cuando éste llegó a su lado el veterano le susurró nuevamente al oído:

—¿Qué pasa?... ¿decepcionado por no haber escuchado nada?

—Más que decepcionado preocupado y desorientado.

—¿Por qué, no te alegra saber que estamos en el lugar correcto? —Gabriel lo miró molesto por el clima de intriga que éste imponía... pero, inevitablemente le tuvo que preguntar.

—¿Cómo puede saber que éste es el lugar?

—Porque yo no miro, observo... ¿vos observaste todo? Paredes, cortina, puerta, techo, piso... todo.

—Sí... bueno, creo que sí.

—¿Y nada te llamó la atención? —Manuel no quiso seguir fastidiándolo, consideró que no era el momento ni el lugar para jugar a los acertijos.

—Mirá el piso ¿hay pisadas por todos lados y de todo tipo de calzado, no? Ahora observá esas líneas paralelas entre las pisadas... ¿qué te dicen? —Toda esta conversación se desarrollaba prácticamente murmurando. El veterano, dignamente erguido, le señaló al joven con su mano el polvoriento piso para que reparase en las huellas.

Con una rodilla en el piso siguió con su mirada las marcas que iban y venían entre las distintas pisadas, desde la escalera del andén hasta la puerta. No demoró demasiado el perspicaz joven en intuir de qué se trataba.

—Son las huellas de las rueditas de una camilla... ¿no?

—Exacto... mirá, éstas son recientes. —Se ubicó en cuclillas junto a Gabriel para indicarle un claro surco.

Luego se incorporó y se acercó a la puerta seguido de cerca por Gabriel.

—Es muy posible que la chica este aquí —dijo apoyando su mano en la vieja y sucia puerta de madera.

—El corazón nos dice que entremos a rescatarla, pero la lógica no. Mejor esperar a mañana, durante el día por ahí podemos dibujar de alguna manera el hecho de haber entrado sin una orden... una persecución desde miserere... no sé, algo podríamos armar para justificarnos. Por otro lado yo no te sirvo de mucho, necesitás a alguien de confianza, audaz, que se la quiera jugar con vos.

—Quédese tranquilo, Tengo a la persona indicada. Pero si tenemos que esperar a mañana le aviso al comisario, es posible que se pueda conseguir una orden de allanamiento si fuera necesaria en este caso —opinó Gabriel.

—¿Una orden de allanamiento?... ¿Te olvidaste del excesivo interés del fiscal, de su saludo con Godoy? ¿Te pusiste a pensar si cuando agarró la causa, o antes de hacerlo, fue visitado por el director de Metrovías, o recibió la llamada de algún legislador?... ¿Qué crees que pasaría si le pedimos una orden de allanamiento? Ojo, no digo que sea corrupto, pero como te dije antes, todos responden al poder político... algunos con cojones se resisten, pero otros se someten.

El joven no supo qué responder, entonces Manuel prosiguió. —Si querés informarle a tu comisario lo que estamos haciendo, es tu decisión, pero el riesgo de perder todo es grande, te aseguro que tu comisario se va a querer cuidar el culo comunicándole la novedad al fiscal, que por otro lado es lógico. —Apoyó una mano en el hombro de Gabriel para llamar aún más su atención y prosiguió

—. Vos sabés que es muy posible que los captores sepan que la chica que tienen secuestrada es policía. —Luego de decir esto se quedó cavilando unos segundos y preguntó:

—¿El fiscal sabía que ella estaba infiltrada en el bar?

—Que yo sepa no, aunque por ahí el comisario se lo pudo haber comentado, realmente no estoy tan seguro, pero creo que no.

—Vamos a hacer una cosa. Vos te vas a buscar las herramientas necesarias para poder abrir las puertas que nos encontremos en el camino y regresas con el compañero que elegiste... a propósito, tenés que estar más que seguro del hombre que te va a acompañar.

—Es el hombre que debería haber estado cubriendo a Paula cuando la secuestraron, ésta es su oportunidad para redimirse... ¿Y usted qué va a hacer?

—Yo no puedo entrar y salir tan fácilmente de este maldito túnel. Me quedo escondido en algún lugar por acá mirando la puerta en el andén y en comunicación por celular con vos.

En un principio el joven dudó, pero luego de pensarlo fríamente estuvo de acuerdo.

—Bien, de cualquier manera me quedo con usted hasta que empiece a amanecer. —Miró su reloj y repuso: —Son casi las cuatro, tipo seis o seis y media salgo.

Cuando la luz del amanecer comenzó a penetrar tímidamente por entre el enrejado de las ventilaciones del techo y el martilleo metálico de los rodados al pasar por sobre ellas se intensificaron, Gabriel se puso de pie decidido.

—Éste es el momento —dijo.

El anciano policía asintió con su cabeza y se quedó contemplando cómo el joven se alejaba raudamente hasta desaparecer de su vista en el frío y húmedo túnel, era como si la sombría caverna lo hubiera devorado.

Una vez solo, decidió ir al otro extremo de la espectral estación, en busca de un lugar donde aguardar lo más oculto posible, distante de la puerta pero sin perderla de vista y evitando a los trenes que prontamente comenzarían a pasar.

Había cubierto la mitad del trayecto por sobre la explanada polvorienta del andén cuando la débil luz comenzó a titilar y unos pasos tras de sí lo sobresaltaron. Alarmado giró retrocediendo impulsivamente entre tanto con su mano derecha manoteaba su brownig 9mm, con inesperada destreza logró equilibrarse. La vieja pistola apuntaba en todas direcciones en las diestras manos del veterano, pero no había nadie detrás de él. Respiró hondo, apoyó una rodilla en el piso y miró todo en rededor sin bajar en ningún momento su arma. El silencio era absoluto, parecía como que los vehículos habían dejado de pasar por sobre las rejillas de ventilación. Se incorporó, guardó el arma en su cintura y se acercó sigilosamente a la cortina metálica, apoyó su oído en la fría chapa por unos segundos pensando que tal vez los pasos provenían de detrás de esta y por las condiciones atmosféricas del lugar retumbaron detrás suyo.

Al no escuchar nada no quiso pensar más y sin perder tiempo tragó saliva y continuó caminando hacia el final del andén.

Le costó encontrar un lugar apropiado donde ocultarse, tuvo que cruzar del otro lado de las vías y alejarse varios metros para evitar el reflejo de la frágil pero delatora luz que provenía de la estación. Dos pilares contra la pared que se encontraban separados entre ellos por no más de sesenta centímetros, aunque muy cerca de las vías, sería el lugar ideal para mantenerse oculto. Se encogió entre las sucias paredes detrás de unos gruesos cables que apoyados en la pared recorrían toda la extensión del túnel, estos le servían de relativa cobertura.

En ese incómodo sitio permaneció aguardando a Gabriel atento a lo que pudiera ocurrir en la fantasmagórica estación.

Aún no habían comenzado a circular los trenes cuando escuchó unos pasos que retumbaban en el interior del túnel, estos provenían de la estación Alberti y se acercaban con rapidez a la estación abandonada. No demoró demasiado en aparecer corriendo por la angosta vereda un hombre aparentemente joven con una pequeña mochila en su espalda. Llegó trotando hasta los escalones y aprovechó el impulso para, de un ágil salto, acceder al andén. Se detuvo por un instante y miró para todos lados, parecía estar nervioso, como intranquilo. Sacó la mochila de su espalda y sosteniéndola con una mano, con la otra hurgó torpemente en ella hasta extraer un llavero. Se aproximó a la puerta de madera y mientras la abría volvió a observar solapadamente para los costados. Ingresó, cerró la puerta suavemente y le echó llave.

Por espacio de una larga hora no se vio ni escuchó nada en la vieja estación.

Los trenes ya habían comenzado a circular, posterior al paso de uno frente a Manuel en dirección al centro de la ciudad, éste divisó a la distancia dos siluetas que provenían desde la estación Miserere moviéndose rápido por sobre la estrecha vereda. Sabía que en segundos estarían pasando junto a él y lo podrían ver, respiró profundamente y se apretó cuanto pudo contra la sucia y húmeda pared rogando que quienes se acercaban fueran sus camaradas. A menos de treinta metros las figuras comenzaron a tomar forma, Gabriel venía adelante cargando un bolso en su hombro, tras él lo hacía otro hombre llevando consigo otro bolso de menores dimensiones. Manuel salió trabajosamente de su escondite para que lo pudieran ver. De pie sobre el pedregal trató trabajosamente de enderezarse, estaba entumecido y adolorido por el largo tiempo en que permaneció prácticamente inmóvil en una incómoda posición; su entereza y amor propio pudieron con su gastado cuerpo. Cuando los policías de homicidios estuvieron a su lado, el anciano se encontraba perfectamente erguido.

—¿Todo bien maestro?

—Sí, bien... Diez o veinte minutos después de que te fuiste un tipo llegó trotando por las vías, abrió la puerta y entró, todavía no salió, salvo que lo haya hecho por la puerta que da a la vereda. Fernando Miranda se acercó a ellos, Gabriel se dio cuenta que no los había presentado.

—Maestro, él es Fernando, el compañero de confianza del que le hablé.

Se saludaron con un apretón de manos mientras Manuel les decía: —Bueno, apuremos que no tenemos todo el día.

Accedieron con mucha cautela al andén. Miranda fue hacia la cortina metálica con la intención de avisar en caso de escuchar algo tras ella, Manuel y Gabriel se dirigieron a la puerta.

El joven observó por un momento la cerradura, luego apoyó el bolso en el piso, lo abrió y extrajo una palanca de hierro, antes de disponerse a hacer lo que tenía en mente miró de reojo al veterano como para tener su aprobación, pero éste apretaba sus labios y menaba su cabeza desaprobándolo. Pese a ello Gabriel comenzó suavemente a hacer palanca a la altura de la cerradura entre la puerta y el marco, la vieja puerta crujió, Manuel lo tomó de un brazo para que se detuviera e inmediatamente se le arrimó para murmurarle al oído: —Esperemos a que pase un tren, el ruido ahogará los crujidos de la puerta... por acá los trenes vienen frenando porque la estación Pasco está cerca, esto nos da siete u ocho segundos para trabajar. —Instintivamente ambos voltearon hacia la estación Miserere, a la distancia las luces de una formación les decía que en menos de un minuto estaría pasando por el lugar. Le hicieron una seña a Miranda para que se ocultara, ellos bajaron y se quedaron agazapados contra la escalera de acceso al andén. La cuestión era no ser vistos por el maquinista. Deberían aguardar a que pasara el primer coche, subir deprisa los escalones y llegar lo más rápido posible a la puerta para intentar abrirla en los pocos segundos que demoraba en pasar la formación.

El último vagón comenzaba a alejarse cuando el raído marco de madera se rindió ante la precisa presión de la palanca. Ingresaron cautelosos a un galpón repleto de cerámicas, una lamparita colgando del techo alumbraba ligeramente el lugar, en un costado, a unos cuatro o cinco metros se podía apreciar una puerta de madera, hasta allí se dirigieron caminando cuidadosamente entre las polvorientas cerámicas.

Gabriel puso una rodilla en el piso y espió por el agujero de la cerradura, seguidamente lo hicieron Miranda y Manuel, del otro lado de la endeble puerta se veía, prácticamente en penumbras, un ancho pasillo que viraba hacia izquierda y una escalera de cemento en el fondo. Miranda permaneció observando por el agujero de la cerradura mientras Gabriel, palanca en mano, se disponía a forzar la puerta en cuanto pasara el primer tren.

Esta vez la puerta no ofreció resistencia, aunque Gabriel la mantuvo cerrada esperando a que terminara de pasar el tren, el aumento del sonido en el interior los podría delatar.

Retornado el silencio ingresaron al pasillo, cuando llegaron al pie de la escalera notaron que el pasillo continuaba por varios metros más, en mitad de éste, sobre la pared derecha había una puerta de metal del tipo corrediza de dos hojas. Mientras el veterano y Miranda fueron hacia ella, Gabriel subió varios escalones por la escalera hasta llegar a un codo, ahí se detuvo y extrajo una pequeña linterna de su bolsillo con la que iluminó hacia arriba verificando que se trataba de la escalera que conduce a la superficie, seguramente a la puerta trampa en la vereda de la avenida, pensó.

Una vez comprobada la otra salida, bajó con suma precaución y se sumó a sus camaradas quienes trataban infructuosamente de hallar en la puerta corrediza algún resquicio por donde poder husmear lo que había del otro lado. Es así que la palanca volvió a ser una herramienta fundamental. Primero Gabriel introdujo trabajosamente un fino destornillador en la hendidura donde se unen las dos puertas, la idea era apartarlas un poco para que la palanca pudiera hacer su tarea. Una vez hecho esto le pidió a Miranda que sostuviera el destornillador haciéndole presión hacia un costado mientras él fue metiendo cuidadosamente la punta de la palanca tratando de hacer el menor ruido posible. Cuando la palanca quedó ubicada en el lugar apropiado, comenzó a imprimirle presión hasta lograr una separación entre las hojas de más de un centímetro. Un agradable aroma a café recién preparado los invadió al momento de acercarse a la abertura para observar lo que había detrás de la puerta.

El amplio e iluminado cuarto se encontraba rodeado de estanterías metálicas cargadas de lo que parecían ser repuestos eléctricos, al fondo en el lateral izquierdo junto a una puerta que se hallaba cerrada había una mesa con una cafetera humeante sobre ella. A los costados era imposible poder ver, no cabía otra cosa más que arriesgarse. Gabriel se afirmó a la palanca mientras le susurraba a sus camaradas:

—Si hacemos mucho ruido tenemos que entrar a la carrera y abrir esa puerta como sea... si nos demoramos demasiado y a Paula la tienen por acá le podrían hacer algún daño antes de que llegáramos a ella.

—Sí, también la podrían sacar si existiera otra salida al túnel, o algún camino interno hacia la próxima estación... el problema es que realmente no sabemos cuántas puertas más debemos abrir —repuso Manuel.

La pesada puerta ofreció bastante resistencia, pero finalmente se abrió prácticamente sin hacer ruido. El espeso calor los invadió cuando los tres ingresaron raudamente al cuarto; como Manuel fue el último en entrar giró para cerrar la puerta, entonces entendió por qué hubo muy poco ruido cuando ésta se abrió violentamente. Toda la pared, incluida la puerta, se encontraban revestidas con el material acústico esponjoso que comúnmente es usado en los locales nocturnos para evitar que saliera el ruido al exterior. Tan sólo un gancho de hierro en una hoja, con un aro en la otra, mantenía cerrada la puerta por dentro, lo que significa que siempre debería quedar alguien de guardia en el lugar.

Si bien no se hizo demasiado ruido, el ligero sonido metálico del gancho de hierro al doblarse y salir violentamente del aro llamó la atención de alguien que se encontraba detrás de la única puerta a la vista.

Esto obligó a Gabriel y a Fernando Miranda a correr hasta colocarse a los costados de la puerta con sus espalda contra la pared, Manuel se ocultó tras de una estantería.

Todo sucedió muy rápido, cuando la puerta comenzó a abrirse Gabriel la empujó e ingresó seguido por Miranda. Irrumpieron en una lujosa y bien aclimatada habitación que se encontraba en

penumbras, atropellaron en su investida a una robusta mujer que no se dejó doblegar fácilmente, entre tanto Miranda se trababa en lucha con ésta, Gabriel corrió tras un hombre con guardapolvo blanco que al momento de ingresar se hallaba parado en mitad de la habitación y ante la sorpresiva irrupción corrió en dirección de las dos puertas que se veían en el otro extremo del cuarto, pero no logró su objetivo, antes de llegar a asir el picaporte de una de ellas, fue tomado violentamente de atrás por su perseguidor y arrojado de espaldas a la mullida alfombra. Inmediatamente Gabriel se colocó sobre él para inmovilizarlo, fue en ese momento en que estuvieron cara a cara, que la sorpresa desconcertó por un instante al joven policía.

Fernando Miranda, luego de aplicarle un puñetazo en la frente a la batalladora mujer, la dejó aturdida sentada en el piso y custodiada por Manuel, mientras él se dirigió velozmente a comprobar lo que había detrás de las puertas. En la primera se encontró con un fastuoso baño que incluía una bañera circular con hidromasaje, luego de verificar que en el baño no había nadie, salió deprisa y abrió la otra puerta. Se trataba de un amplio salón muy iluminado y con muy poco mobiliario, lo que le permitió con una rápida ojeada comprobar que no había nadie en su interior.

Afrojada un poco la tensión del primer momento ingresó cauteloso unos metros dentro de la sala, se detuvo y paseó una mirada más exigente, advirtiendo al fondo del lado izquierdo y contra la pared, una larga mesa de acero inoxidable. Se quedó por un momento mirando sorprendido la cantidad de frascos y blíster de medicamentos esparcidos sobre ella, también había guantes descartables, algunas bolsas de suero y jeringas de distintos tamaños. Luego dirigió su atención al sector derecho donde había dos camas superpuestas de madera del tipo cuchetas, una cartera de mujer color negra se encontraba apoyada en la cama de arriba. Detuvo por un momento su mirada en la cama de abajo que estaba revuelta como si alguien hubiera estado acostado recientemente. Varias sillas dispersas y una camilla detrás de la puerta de ingreso completaban el mobiliario de la sala. Intrigado por lo que veía sobre la mesa de acero comenzó a caminar en esa dirección cuando llamó su atención un zumbido entrecortado que luego se terminó transformando en el típico campanilleo de un teléfono clamando. Buscó con su mirada el lugar de donde provenía el molesto sonido pudiéndolo identificar inmediatamente sobre una silla junto a la revuelta cama, miró para todos lados como si alguien pudiera estar observándolo y se fue acercando retraídamente a la silla que tenía sobre su respaldo un guardapolvo blanco. Ni bien estuvo junto a ella tomó el moderno teléfono celular entre sus manos y observó detenidamente su display donde se leía la palabra “cari”. Volvió a apoyarlo en la silla y revisó el guardapolvo blanco, calculó que por sus dimensiones pertenecería a una mujer. Luego se detuvo por unos segundos a observar el moderno equipo de aire acondicionado que mantenía la temperatura ideal del lugar, seguramente en el dormitorio hay uno similar, pensó.

Finalmente se dispuso a salir no sin antes volver a hacer un examen visual minucioso en busca de alguna posible salida que bien podría encontrarse oculta.

Verificado esto, transpuso la puerta e ingresó nuevamente a la ostentosa habitación, recién en ese momento se dio cuenta del pequeño bulto sobre la cama que se encontraba cubierto completamente con una sábana. Con premura se le acercó y lo descubrió. El cuerpo de la oficial Ayudante Paula Rivera se encontraba despojado de ropas y en posición fetal, respetuosamente volvió a cubrirla, dejando destapada solo su cabeza y una mano que sostenía una prenda de vestir, delicadamente la fue sacando de entre sus delgados dedos comprobando que se trataba de un diminuto baby doll transparente de color blanco. En el momento en que Miranda se encontraba constatando si la joven

aún respiraba, escuchó un silbido a un costado que lo obligó a voltear, Gabriel estaba de pie oprimiendo con una mano el cuello del hombre del guardapolvo blanco y apretándolo contra la esponjosa pared.

—¿Saben quién es este hijo de puta?... ¡Se llama Roberto Spada y es amigo y compañero de facultad de Micaela! —Terminado el comentario le consultó a su compañero. —¿Es Paula?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Por lo menos respira.

—¿Qué hay en esa habitación? —preguntó Gabriel señalándole el lugar de donde segundos antes había escuchado el campanileo de un celular.

—Una sala con una mesa llena de medicamentos, tipo laboratorio, unas cuquetas, una camilla y varias sillas... nada más.

—¿Hay alguna salida para otro lado?

—No... no hay nada.

—¿Si no hay salida para que corría este boludo?

—Qué se yo... a lo mejor para avisar a alguien por teléfono.

—Puede ser... Bueno, lleven a la grandota a esa sala, vos quédate vigilándola y que Manuel venga conmigo.

Con gran esfuerzo llevaron a la robusta señora sujetándola de los brazos y la recostaron en la cama desordenada. Miranda tomó el celular que estaba apoyado en la silla, lo puso en la cama de arriba y se sentó al lado de la mujer que balbuceaba incoherencias. El veterano salió rápido de la sala y se acercó a Gabriel, éste seguía oprimiendo el cuello del hombre y apretándolo contra la pared.

—Vamos a atarle las manos y sentémoslo —sugirió el veterano.

Una vez hecho esto tomó del brazo al muchacho alejándolo unos pasos del hombre que sollozaba sentado en el piso. —Creo que es momento de avisarle a tu comisario... ¿No? —Sí... sí, vigílelo que salgo y lo llamo.

—Ojo con lo que le vas a decir, no te olvides que los teléfonos seguramente estarán intervenidos. El comisario te entenderá... Jamás forzaron una puerta, entraron sin violencia persiguiendo a un sospechoso...

El joven asintió con su cabeza y se encaminó hacia la puerta corrediza, cuando la transpuso notó el brusco cambio de temperatura al pasar de un ambiente al otro. Se sentó en la mesa junto a la humeante cafetera y aguardó a que el comisario García le respondiera.

—¿Qué pasa nene?... ¿Dónde estás?

—Estoy con Miranda en la vieja estación Alberti... la que está abandonada.

—¿Que están haciendo ahí?!

—Hoy temprano fuimos con Fernando a la estación Miserere para ver si encontrábamos algo... no sé, cualquier cosa. Cuando entramos en la estación no había casi gente, entonces caminamos despacio hasta que llegamos al final del andén, cuando nos dimos vuelta para volver, vimos que en el otro extremo un tipo con una mochila en su espalda bajaba rápido a las vías. —Se quedó un momento en silencio, pero como el comisario no hizo ningún comentario prosiguió.

—Corrimos hasta llegar al final del andén y bajamos a las vías para seguirlo. El tipo iría unos treinta metros delante de nosotros, caminaba rapidísimo. Lo seguimos a la distancia pegados a la pared por si se daba vuelta, pero en todo el trayecto nunca lo hizo. Cuando llegó a la estación

abandonada, de un salto subió al andén, tuvimos que correr para no perderlo de vista, llegamos a la estación pero no accedimos al andén, caminamos agachados por las vías hasta llegar a la altura donde él se encontraba de espaldas, parado frente a una puerta tratando de sacar unas llaves de su mochila. En ese momento subimos, tratamos de no hacer ruido, pero había mucho silencio y no sé cómo, pero el tipo nos escuchó, se dio vuelta, nos miró y se desesperó para abrir la puerta, le gritamos el consabido ¡alto policía! Pero como siempre pasa no hizo caso y siguió tratando de abrirla. Nos abalanzamos con Fernando y con el impulso golpeamos los tres con fuerza contra la puerta y ésta se abrió, creo que se rompió la cerradura. El tipo siguió forcejeando un poco más pero luego se calmó... a pesar de la oscuridad y de la cara de pánico que tenía lo reconocí. — Nuevamente hizo una pausa obligando al comisario a preguntar.

—¿Y quién era?

—Se llama Roberto Spada. Esta basura es compañero de Micaela en la facultad y vivía en el mismo pueblo que ella, en ese momento vino a mi memoria la duda que le planteé respecto a que Micaela no iba al bar de la facultad, entonces recordé sus palabras cuando me dijo que podría haber tenido alguna vinculación con algunos de ellos sin saberlo.

—¿Y?... ¿Cómo siguió la cosa?

—Como la puerta ya estaba abierta, entramos con él. ¡Adentro hay un par de salas y un dormitorio lujoso donde encontramos a Paula!

—¡¡¿La encontraron... por qué diste tantas vueltas para decírmelo?!... ¿Cómo está ella?

—Creo que bien... durmiendo, seguramente drogada.

—¡¿Qué más tenés?!

—A una mujer corpulenta y a nadie más, ahora voy a interrogar al hijo de puta a ver qué me dice.

—¡Ojo, que no se te vaya la mano! Y manténganse atentos por si alguien más aparece por ahí... ¿te mando una brigada?

—No, por ahora lo podemos manejar.

—Bien, ya me comunico con el Churruca... ¿adónde tendría que ir la ambulancia por Paulita?

—Por la avenida Rivadavia, viniendo para el centro desde la estación Miserere, más o menos a unos doscientos metros hay una puerta trampa de metal en el piso, sobre la vereda, esa es la entrada directa.

—Ya mando a un par de hombres para que la ubiquen y guíen a la ambulancia. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y continuó.

—Ahora viene lo más complicado, llamar al fiscal y explicarle tu historia, ruego que él y el juez... ¡sean más crédulos que yo! Dijo socarronamente y luego de una pequeña pausa prosiguió.

—¿Estás seguro de no querer una brigada de apoyo? —Gabriel analizó la propuesta nuevamente y creyó razonable contar con algún refuerzo en las inmediaciones.

—Bueno... sí, mándela, pero no a este lugar... que se queden cerca por si ocurre algún imponderable y necesitamos apoyo.

Cuando entró nuevamente a la habitación encontró a Manuel sentado en el piso junto al temeroso estudiante que seguía gimoteando con la cabeza gacha mientras el veterano le hablaba. Se acercó y se ubicó en cuclillas frente a ellos, el veterano miró al apesadumbrado joven y lo codeó como incitándolo a hablar. Pero como éste no respondió lo hizo él.

—Me dijo que sabían que Paula era policía y que hoy la iban a sacar a dar un paseo en subte... ¿entendés?

—¿Le preguntó cómo se enteraron que Paula era poli?

—Sí y dice no saber... Pero bueno, lo importante es que su compañera está por venir, la llamada que escuchaste era un aviso para que le destrabaran la puerta que está acá arriba, tiene un cerrojo

interno, me dijo que generalmente la manda veinte minutos antes de llegar, tenemos que subir a destrabarla y estar atentos.

Gabriel se reincorporó y velozmente salió al pasillo, subió las escaleras y corrió el cerrojo liberando la puerta. Cuando volvió se situó otra vez frente a ellos y le preguntó a un visiblemente asustado estudiante:

—¿Quién está detrás de todo esto? —como no le respondió, lo tomó con violencia del cuello gritándole— ¡Contéstame! —El joven lanzó un alarido de pánico, parecía estar temblando cuando un compasivo Manuel intervino sugiriéndole.

—Tranquilo muchacho que no te va a pasar nada, pero por favor contestale, haceme caso, sé por qué te lo digo. —Aunque vacilante comenzó a hablar.

—Yo sabía que esto terminaba mal... se los dije pero no me hicieron caso.

—¿Quién maneja todo esto?! —insistió Gabriel.

—¡No lo sé!... ¡yo me presté por una cuestión de necesidad y no sabía que iban a llegar tan lejos! ... Sólo conozco a la dominicana que está en el otro cuarto y a su compañero que es el que maneja la ambulancia... Hay otro dominicano que es quien trae a los clientes y nos paga... está mi compañera y también suele andar por acá un sindicalista del subte que se llama Julio... ¡les juro que no se de nadie más!

—¿Quién es tu compañera? —preguntó el veterano.

—Él la conoce —respondió Roberto Spada, mirando a Gabriel. —Bueno pero ¿quién es?... ¿cómo se llama?

—Carina Braco... ella fue quien me metió en esto. —¿Qué bárbaro!... ¡Ustedes pedazos de basura fueron quienes mandaron a secuestrar a su propia amiga!

Manuel tuvo que intervenir para evitar que el joven policía lo golpeará.

—¡Yo no tuve nada que ver!... ¡Eso fue cosa de Carina que estaba enferma de celos!

—¿Por qué mataron a esas chicas? Lo sondeó amablemente Manuel.

—¡Yo no tengo nada que ver!... Con la primera a alguien se le fue la mano con la droga y la piba quedó como descerebrada... Las otras, según Carina, se quedaron cortos con la droga y la reconocieron... yo no creo que haya sido por eso... para mi hubo un tema personal.

—¿Qué tiene que ver en esto Mabel Ruiz?! Lo interpelló Gabriel.

—¿La doctora?... Nada... que yo sepa nada. Tuvo una extraña relación con Carina, compartieron algunas cosa juntas... De última Carina la usaba para sacarle información y recetas.

—¿Qué me podés decir de Marcela Viola? —volvió a preguntar amablemente Manuel.

—No sé quién es.

—La dueña del bar que está frente a la facultad —le aclaró Gabriel.

—Ah, sí... sí, pero no, no tiene nada que ver. Esa vieja está siempre drogada, se vive empastillando y Carina se las consigue a cambio de información y de algunos trabajitos.

—¿Y el doctor Sáenz?

—¿Qué?... ¿Sáenz?... ¡No, nada que ver!

Gabriel y el veterano cruzaron una mirada, sabían que el joven no mentía.

Salieron de la habitación llevando prácticamente a los empujones a Roberto Spada e ingresaron a la sala donde Miranda no le sacaba la vista de encima a la mujer que sentada en la cama le demandaba, de muy malos modos, un vaso de agua. Gabriel fue hasta la larga mesa de acero inoxidable donde había visto una botella de agua mineral junto a algunos vasos plásticos. Tomó la botella y mientras llenaba uno observaba los medicamentos sobre la mesa, estaba tan absorto pensando que seguramente entre esos frascos y blíster estaría la droga mortal, que se le derramó el vaso y el agua se desparramó rápidamente por el aseado acero inoxidable. Sin darle importancia a

lo ocurrido giró y se dirigió hacia donde estaba la mujer, cuando le alcanzó el vaso con agua ésta lo agarró con desesperación y bebió ávidamente, mientras lo hacía Manuel tocó con su codo a Gabriel, como éste no se dio por aludido se le acercó y le murmuró al oído. —Fijáte con qué mano tomó el vaso. —La mujer lo tenía en su mano izquierda.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó Gabriel.

—María.

—¿Qué más?

—María Altagracia Sánchez-Hernández, nacida en la República Dominicana... ¿Conforme señor?

—respondió sarcásticamente.

—¿Vos sos zurda?

—¿Qué?

—Si sos zurda... si hacés todo con tu mano izquierda.

—Sí... ¿por qué me preguntas?...¿Tú también lo eres?

El tono que usaba era arrogante, insolente, es por ello que Gabriel no le contestó, echó una ojeada a su reloj, tomó del brazo a Manuel y lo apartó del grupo.

—Debe de estar por llegar Carina, yo la voy a esperar en la escalera, ustedes quédense vigilando a estos dos y aten a la mujer.

Cuando atravesaba por la habitación contigua volteó hacia su compañera comprobando que permanecía inmóvil y en la misma posición, al verla en ese estado sintió aumentar su ira, pero no se detuvo en ningún momento, pasó junto a la mesa donde la cafetera seguía humeante, cruzó la puerta corrediza y se detuvo al pie de la escalera que ascendía a la superficie. Sacó su teléfono celular y llamó al comisario García.

— ¡Me vas a matar de un infarto, nene! Acabo de comunicar la novedad a la jefatura y no les gustó cómo se manejó todo esto... ¡Y el fiscal ni te cuento! Aunque lo veo difícil espero que salga todo bien.

—Yo también lo espero, jefe.

—¿Para qué me llamaste?

—Fíjese si puede demorar la llegada de la ambulancia y que nadie se acerque a la puerta de la vereda hasta que yo le avise, está por llegar una de las mujeres de la banda y no quiero que se nos escape.

—Está bien, quedáte tranquilo... ¿Pudiste sacar algo de información?

—Algo... no mucha —respondió en voz baja al escuchar un ruido que provenía del exterior—.

Tengo que cortar... me parece que alguien viene.

Se aseguró de apagar el teléfono, luego lo guardó en el bolsillo y subió algunos escalones hasta llegar al recodo, apoyó la espalda contra la pared y permaneció alerta experimentando el agradable cosquilleo en su estómago motivado por la adrenalina que le generaba la situación.

Se escuchó el chirrido metálico de las bisagras al abrirse la puerta trampa e inmediatamente la intensa luz del día ingresó desde arriba como un rayo iluminándolo todo por unos segundos hasta que la puerta se volvió a cerrar con un fuerte chasquido seguido del sonido característico al accionarse el cerrojo y trabar la puerta. Se tensaron los músculos del joven policía al escuchar los pasos bajando la escalera y la voz de un hombre que conversaba con una mujer, esto lo desconcertó, no esperaba que Carina viniera acompañada. Desenfundaba su pistola justo cuando apareció de frente el rostro sorprendido de Carina Braco. El policía se movió rápido como una serpiente manoteándola con ferocidad de los cabellos, atrayéndola con violencia hacia sí. La estupefacta mujer apenas pudo lanzar un ahogado gemido cuando Gabriel ya le estaba oprimiendo con su brazo el cuello al punto de no permitirle respirar. Levantó su mano derecha apuntando con

su arma al hombre que apareció tras Carina al grito de: —¡Tiráte al piso que te mato!... ¡¡Al piso te dije!! —El hombre que tenía enfrente vestía una remera negra y pantalón azul, tendría alrededor de cuarenta años de edad, de estatura media, corpulento, de cabellos cortos y renegridos al igual que sus anchas cejas. Su mirada fría y calculadora no denotaba temor ni sorpresa alguna, en ningún momento se dejó amedrentar y lejos de acatar la orden volvió sobre sus pasos buscando salir por donde segundos antes había entrado.

Al ver que el hombre se le escapaba comenzó a llamar a su compañero a los gritos sin soltar el cuello de la mujer, entre tanto ella gritaba con la voz ahogada por la presión del brazo del policía: —¡Te metiste con la gente equivocada policía estúpido!... —Fernando Miranda había escuchado los gritos anteriores y ya estaba a sus espaldas. Ni bien Gabriel lo vio prácticamente le arrojó la mujer encima. —¡Llévala con los otros que voy a seguir al tipo que venía con ella! —y subió de a dos los escalones.

Al levantar la puerta de metal la luz del día lastimó sus ojos, tuvo que cerrarlos por unos segundos mientras salía a la calle, de pie en la vereda pestañeó forzando la vista mientras observaba en todas las direcciones, entonces distinguió a unos veinte metros al hombre que corría por la vereda en la misma dirección del tránsito esquivando a los peatones que se cruzaban en su camino. El policía se lanzó en su persecución notando que el hombre llevaba su mano derecha apoyada en su oído, evidentemente le estaba advirtiendo a alguien lo que estaba ocurriendo. Apuró su carrera e hizo lo propio llamando al comisario García para avisarle de la persecución. Lo hizo a los gritos debido a la agitación propia de la carrera y al bullicio de la avenida. Le indicó el lugar en que se encontraban y adónde se dirigían, también le aportó la vestimenta del desconocido.

Llegando a la plaza Miserere Gabriel había acertado mucho la distancia entre ambos. Sin disminuir la intensidad de la carrera el hombre se dispuso a cruzar la avenida Pueyrredón, pero un patrullero no identificable de homicidios, alertado por la división central radioeléctrica, se interpuso en su camino. Bajaron dos hombres e inmovilizaron en el piso rápidamente al fugitivo, quien posteriormente fue identificado como Francisco Ramón Reyes-Mejía, dominicano, de 42 años de edad y poseedor de un frondoso prontuario en su país. Este hombre era quien pagaba a los integrantes de la banda y traía a los clientes al lugar.

Entre tanto el jefe de la brigada se disponía a labrar el acta de detención en presencia de dos testigos, Gabriel, satisfecho por cómo estaban saliendo las cosas hasta ahora, regresó caminando enérgicamente hacia la estación abandonada. A la distancia observó que una ambulancia se encontraba detenida a algunos metros de la puerta trampa, apuró su paso para indicarles el camino. Pero cuando estaba a menos de diez metros se dio cuenta que algo no andaba bien con esa ambulancia. Advirtiendo al hombre considerablemente grande sentado al volante, cruzó la avenida para observar el lateral del vehículo desde la vereda de enfrente comprobando que la supuesta ambulancia no poseía ninguna inscripción, tan sólo las balizas verdes sobre su techo la identificaba como tal. Sabía que básicamente todas las ambulancias llevan algún epígrafe, más aún las del Hospital Churruca. Cruzó otra vez la avenida quedando a algunos cuantos metros detrás de la ambulancia. Mientras caminaba lentamente hacia ella se dio cuenta que estaba estacionada de frente a la puerta trampa a menos de diez metros, lo que le permitía a su conductor tener una vista preferencial de la misma. Se sentó en la saliente de una marquesina en diagonal a la ambulancia para tener a la vista a su conductor. Extrajo su celular y se comunicó con García. —Jefe ¿la ambulancia del Churruca por dónde anda?

—Estoy con ella a la vuelta, ya salimos para allá.

—No, espere. Acá hay una ambulancia, creo que falsa, con un tipo haciéndose el distraído pero vigilando la puerta que está en el piso... ¡Ahora está hablando por teléfono... gesticula mientras

mira para todos lados!

—¡Quédate ahí y no hagas nada que ya te mando una brigada para identificarlo!

—Mire que Manuel y Fernando están solos abajo con los tres detenidos y no sabemos si alguien puede llegar por las vías... ¡además Paula necesita urgente atención!

—¡Sí ya lo sé!... Quedáte tranquilo que hay otra brigada cerca, ni bien llegue ahí avísame que yo voy con la ambulancia.

Y así fue, todo muy rápido y bien calculado. El chofer de la falsa ambulancia resultó llamarse Rafael Peña-Jiménez, de 50 años de edad, también oriundo de la Republica Dominicana y con un pedido de captura de su país por homicidio. Este hombre además de oficiar de chofer en los traslados, también acompañaba y colaboraba con su coterránea María Altagracia Sánchez-Hernández, en todos los secuestros. También lo hizo en las macabras excursiones en los subtes.

García compulsó la última llamada registrada en el celular secuestrado al chofer de la ambulancia y las mismas eran coincidentes con la última hecha por el otro hombre detenido unas cuadras más adelante. Es decir que ambos llamaron a un mismo y desconocido teléfono.

Mientras un oficial Principal de la división homicidios, hombre de confianza de García, labraba el acta de detención y secuestro en la vieja estación abandonada, la ambulancia del Hospital Churruca aguardaba junto a la puerta trampa por la Ayudante Paula Rivera. Gabriel conversaba animadamente con el chofer cuando la puerta metálica se abrió y dos hombres emergieron transportando la camilla con la joven mujer policía que se hallaba relativamente consiente, Gabriel se le acercó inmediatamente y tomó su mano. La joven lo miró con los ojos rojos e hinchados y apenas balbuceó: —No sé si valió la pena que me rescaten... ¿Ahora cómo sigo...? —Y rompió en llanto. Gabriel, conmovido, besó su frente antes de que la subieran a la ambulancia. El Director General de Metrovías, Julio Lombardi salió apurado de una reunión en la zona de Puerto Madero seguido de cerca por el sindicalista Godoy, que extrañamente vestía saco y corbata. Bajaron por la amplia rampa de las cocheras subterráneas en busca de su vehículo. Durante el trayecto Lombardi conversaba airadamente con alguien por teléfono. —¡¡Están allanando te digo!!... ¡Si vos no sabes quién pudo haber librado esa orden me pregunto quién podría saberlo! —Hizo una pausa mientras visiblemente nervioso escuchaba a su interlocutor. Ya habían llegado junto al lujoso Audi color negro cuando la voz del Director General denotó cierta preocupación:

—Mandé a Rafael a la avenida para que espíe un poco y ahora no me contesta... algo está pasando y vos deberías saberlo... ¿No? —Y dio por finalizada la conversación.

Ascendieron al vehículo y salieron raudamente haciendo rechinar los neumáticos. Tomaron por la avenida Córdoba a una velocidad endemoniada, estaban llegando a la intersección con Paraná cuando se les cruzó una moto, al intentar esquivarla haciendo una maniobra brusca, perdió el control del rodado que impactó de frente con tremenda violencia en la parte trasera de un camión recolector de residuos.

Lombardi murió en el acto. El sindicalista Godoy permaneció internado en estado de coma durante una semana hasta que finalmente falleció.

El día se presentaba agobiante en la Capital Federal. El reloj en la pared de la oficina del

comisario Jesús García marcaba las diez de la mañana. Habían pasado tres semanas del heroico rescate de la Ayudante Paula Rivera y de las detenciones en la estación abandonada. Por problemas energéticos cortaron la luz en la zona, debido a esta contingencia no funcionaba el aire acondicionado en la revuelta oficina del jefe policial, quien sofocado, con la camisa pegada al cuerpo empapada en sudor, guardaba sus pertenencias en las distintas cajas de cartón diseminadas en el piso y sobre el escritorio. Cada tanto se detenía a mirar con nostalgia algunos objetos o fotos que le traían gratos recuerdos, para luego guardarlos cuidadosamente en las cajas, a otros directamente los descartaba en bolsas de residuos. Mientras iba seleccionando los distintos elementos, pensaba en la cantidad de cosas que se pueden acumular en unos pocos años.

Por todo lo ocurrido, días atrás el comisario García había sido informado, extraoficialmente, que no sería ascendido al grado de Comisario Inspector, y oficialmente notificado de su traslado a una delegación en el interior del país, donde luego de un mes de haber asumido el cargo solicitó el retiro voluntario de la institución.

Una importante cantidad de policías experimentados, la mayoría de confianza de García, hombres con años de trayectoria en la división homicidios, también fueron trasladados a distintos destinos. Cuando ocurren estos, podríamos decir, incidentes laborales, se suelen producir algunos cambios indiscriminados.

Hacen falta muchos años de arduo trabajo para formar profesionales de excelencia en el campo de investigaciones...

Realmente un desperdicio incomprensible. —Me pregunto quiénes estarán ahora investigando homicidios. —Pensaba un solitario y desocupado García mientras disfrutaba de un whisky sentado en un cómodo sillón en el living de su domicilio.

La ayudante Paula Rivera, a la que también se le asignó un nuevo destino, con un adecuado tratamiento psicológico y la supervisión constante de su padre, se reponía muy lentamente. Carina Braco y Roberto Spada declararon haber sido golpeados por los policías, por lo cual Gabriel Tomasini y Fernando Miranda fueron indagados y posteriormente procesados por los delitos de apremios ilegales y privación ilegal de la libertad. Este proceso motivó que la Policía Federal los pasara a disponibilidad, (quedando cesantes en sus funciones, percibiendo la mitad de sus haberes), hasta bien se resolviera su situación procesal.

Con respecto al destino de los integrantes de la banda de secuestradores y homicidas detenidos en la vieja estación del subterráneo de la línea A, queda supeditado a la lógica intuición de los señores lectores. Siempre teniéndose en cuenta los vericuetos legales que los códigos ofrecen, sumado esto a las extrañas decisiones que a veces suele tomar la justicia, que en muchos casos resultan difíciles de entender.

Transcurrieron dos largos años hasta que finalmente Gabriel y Fernando fueron citados al juicio oral y público.

Luego de más de cinco horas de debate los tres jueces arribaron a una sensata resolución en virtud de que en el transcurso del mismo fueron quedando en evidencia las inconsistentes pruebas, a pesar que el muy competente y predispuerto fiscal intentó plasmarlas utilizando toda su astucia. La versión de los imputados, fortalecida por la declaración de algún testigo, daba por tierra las endeble acusaciones que el juzgado de instrucción oportunamente impulsara para procesar a los dos policías. Es así que el tribunal oral resolvió absolverlos de culpa y cargo sin que el proceso hubiera afectado su buen nombre y honor.

La Policía Federal los reintegró al servicio activo asignándolos a distintas comisarías, donde,

uniformados, deberían cumplir servicio en alguna esquina, custodiar la casa de algún personaje importante, o recorrer en patrullero la jurisdicción. Ahora, ya muy lejos de investigaciones y de su tan soñada y querida división homicidios, el joven policía seguramente sabrá llevar con dignidad y orgullo el uniforme azul que alguna vez vistió su padre... aunque jamás perderá la esperanza de volver algún día a investigar homicidios.

Una noche tibia de primavera Micaela y Gabriel se casaron en una pequeña capilla del barrio de Almagro. Al poco tiempo ella retomó con vigor y entusiasmo sus estudios de medicina.

El veterano Manuel, ahora bien afeitado y con el cabello corto y prolijo, volvió a frecuentar en horas de la mañana el viejo bar de la calle Corrientes, y algunos días por la tarde colaboraba con Micaela y Gabriel en el cuidado de Franco, su ahijado.

Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, Gabriel necesitaba volver al lugar de los acontecimientos.

Todo sucedió muy rápido... De pronto comenzó a sentir el placentero hormigueo en su estómago mientras caminaba por el túnel del subterráneo en dirección a la estación abandonada. No sabía qué buscaba, pero algo en su interior le decía que debía ir.

Cuando llegó se sorprendió al ver la estación totalmente a oscuras, pero eso no lo amilanó, se acercó decidido a las escaleras y subió con cautela al lúgubre y sucio andén, caminó lentamente entre penumbras hasta llegar a la puerta que aún se encontraba abierta y con su cerradura rota. En el interior la oscuridad y el silencio eran absolutos, debió usar su teléfono celular para iluminar el lugar por donde debería caminar.

Mientras lentamente se adentraba en el siniestro lugar, escuchó unos pasos a sus espaldas, instintivamente accionó el teléfono para apagar su luz y se agazapó, luego de unos segundos volvió a escuchar los pasos, pero esta vez provenían del interior, por donde se encontraba la escalera que lleva a la superficie.

Trató de recordar el camino y se dirigió sigilosamente. Cuando calculó que estaba llegando volvió a encender su celular y lo primero que vio fue a Carina Braco mirándolo desde el descanso de la escalera con una sonrisa maliciosa en su rostro. Desconcertado no atinó a hacer nada, la mujer parecía no estar sorprendida, levantó su mano y apuntándole con su dedo índice le dijo —¡Al final a nadie metiste preso!... ¡Te lo dije policía estúpido, te entrometiste con la gente equivocada, ahora vendrán por vos y la vas a tener que pagar! —Luego lo sobresaltó la escalofriante carcajada de la mujer y una mano que le oprimió con fuerza el hombro desde atrás.

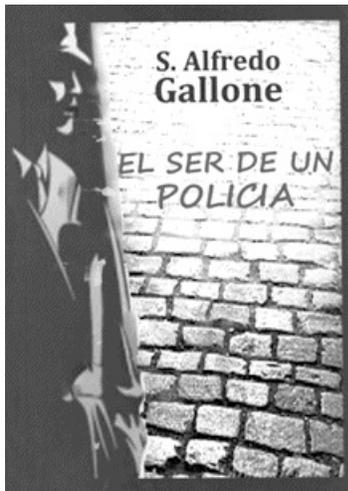
Despertó espantado y bañado en sudor, una tenue luz que ingresaba por una hendidura de la ventana de su dormitorio le permitía ver todo el interior del ordenado cuarto. Observó a su derecha y su impecable uniforme estaba como lo había dejado la noche anterior. Había despertado, se encontraba en su dormitorio, pero se sentía extraño. Miró a Micaela que descansaba plácidamente a su lado. Seguía confundido y agitado, entonces, dejó pasar algunos segundos e intentó sentarse en la cama. Cuando con mucho esfuerzo logró apoyar los pies en el piso, se estremeció al sentir la fuerte mano oprimiéndole nuevamente el hombro desde atrás, alarmado se dio vuelta y vio la cara rubicunda del sindicalista Godoy diciéndole:

—¡Te van a buscar, y cuando te encuentren te cazarán como a una rata!

—¡No si antes los encuentro yo! —susurró Gabriel a la imagen fantasmal de Julio Godoy que se fue desvaneciendo al igual que la extraña y vívida pesadilla. Mientras sentía como las gotas de transpiración recorrían su cuerpo, no tenía la certeza de estar completamente despierto. Aun cautivo del pavor, que se mezclaba con la bronca, trató de sobreponerse, se puso de pie y

lentamente caminó en dirección a la cocina. Cuando llegó encendió la luz y abrió la puerta de la heladera. Ya repuesto y mientras bebía agua de una pequeña botella de plástico, pensaba que cuando la balanza de la justicia se desequilibra para el lado equivocado y la verdad comienza a alejarse dándole paso a la impunidad, las opciones son pocas, ignoramos nuestra más básicas obligaciones dándoles la espalda a quienes esperan desesperadamente nuestra ayuda, acomodándonos cobardemente en un sitio, no muy digno, pero seguro, o, comenzamos a transitar por otros carriles, a caminar por otros caminos, aunque los costos puedan llegar a ser altos... proteger, salvar una vida, e intentar hacer justicia... ¡realmente vale la pena! Convencido de ello, dejó la botella en un estante de la heladera, apagó la luz de la cocina y se dirigió entre penumbras a la habitación de su pequeño hijo para asegurarse de que se encontrara bien. Al verlo dormido lo invadió la ternura, se acercó a la camita y en cuclillas permaneció unos minutos observándolo y escuchando su respiración. Besó su frente y sigilosamente caminó hasta el baño. Luego de una rápida ducha se metió nuevamente en su cama. Le quedaban un par de horas de sueño antes de que el despertador anuncie la hora de levantarse y comenzar otro día incierto y riesgoso, como suelen ser los días de un policía. Acurrucado detrás de su mujer se sintió seguro, protegido. Percibió el suave y agradable aroma de los sedosos cabellos de Micaela y se apretó más a ella entretanto la escuchaba ronronear placenteramente. Llevó su mano al terso vientre de la joven y lo acarició suavemente mientras experimentaba un agradable y profundo sentimiento de felicidad que intentó prolongar en el tiempo, aunque al cerrar los ojos... inevitablemente el sueño lo venció.

#### DEL AUTOR



Buena parte de lo que voy a expresar



corresponde a mi propio desarrollo profesional, y está basado en hechos reales. La mayoría de los nombres de los distintos

personajes y algunos lugares descriptos son ficticios.

Esta historia relata sintéticamente la vida simple, sencilla, de un Suboficial de la Policía Federal, desde sus inicios, su

crecimiento en una institución que en ese momento, (según se decía), estaba hecha sólo para los Oficiales. Sus ganas de aprender permanentes, el compromiso con la sociedad, las

injusticias vividas, los dramas propios de esta abnegada profesión, la desconfianza, los miedos, los impedimentos para crecer y hacer lo que corresponde, la forzada decadencia, hasta su alejamiento definitivo de la fuerza. Se muestra cómo se desgasta el hombre, cómo el sistema termina de a poco con el policía vocacional y lo va menoscabando con el aporte de aquellos que ostentan el poder sin el coraje ni el conocimiento mínimo e indispensable para hacerlo, priorizándose en muchos casos el egoísta interés personal y/o político, en lugar de las condiciones humanas y profesionales de un buen policía.

Un viejo Policía Federal, ya retirado, junto a otros camaradas, frecuenta un bar de la calle Corrientes, donde los recuerdos y las historias policiales están a la orden del día. Década del ochenta, miserias naciendo en las instituciones... Y un hom

bre cargado de culpas que se confiesa.

Crimen, drama, intriga, suspenso, son el componente básico de este policial que no olvidarás.



Compuesto, impreso y encuadernado, en los talleres de **Gráfica Sur Editora S.R.L.**, México 1448 C1097ABD Buenos Aires, Argentina Julio de 2015

**jóvenes mujeres, en tiempos diferentes, aparecen muertas dentro de un vagón del subterráneo de la Ciudad de Buenos Aires. Todo indicaría que los decesos se produjeron por causas naturales. Pero, un joven policía de la división homicidios descubre un detalle escalofriante. A partir de ese instante comienza una precaria investigación que deriva en lo que pareciera ser un importante negocio de trata de blanca. En algún momento nos encontraremos sumergidos en la ternura del romance, en la angustia del drama, en el resquemor de lo siniestro, en el estupor de lo arbitrario, en la desazón de lo inevitablemente inconcluso...**



**Una despiadada novela policial arrancada de la imaginación del autor, que bien podría ser**



**parte de una realidad poco expuesta.**